PREMIO HEBE UHART NOVELA 2025

Edificios Por Virasoro T

Edificios

Capítulo 1 Torre Del Plata

"El cuerpo es un edificio si una célula se quiebra, toda la estructura caerá."

Nunca supe el nombre del comerciante que cayó primero. Desde la ventana del Piso 17 de la Torre Del Plata, lo vi desplomarse en silencio un cuerpo que se rendía a la ley de la gravedad con un mutismo casi solemne. Fue a las 08:11 cuando esa bala delgada, precisa le segó la vida y con ella la ilusión de que el código seguiría intacto.

Durante los segundos que siguieron, el aire pareció ponerse denso, casi irrespirable, como si un vidrio invisible nos separara de la

realidad que se estaba desangrando en la calle. A esa hora, la luz que se filtraba por los cristales tenía un matiz pálido, de hospital, de cuarto clausurado. Pero lo que presencié no era una operación quirúrgica ni un accidente, sino un acto de transgresión. Y, a la vez, de liberación.

En la Torre Del Plata no creemos en dioses ni demonios creemos en mutaciones. Cada piso, en esta mole gris que se alza sobre la devastación, está dedicado a una especialidad biomédica distinta. El nuestro, el Piso 17, se consagra al desciframiento de neurocódigos escudriñamos las redes sinápticas, las microlesiones del alma, esa maleabilidad que indica si el ser humano puede, al fin, transformarse en "Hombre Nuevo".

Ese es nuestro credo. No rezamos, secuenciamos. No suplicamos, analizamos. Donde otros ven un caos moral, nosotros vemos un patrón genético. Donde alguien escucha plegarias o consignas políticas, nosotros percibimos la melodía inaudible de las sinapsis. Pensar que la religión, el fascismo, el comunismo, o cualquier otra ideología, puedan salvar lo que queda de la especie, nos resulta tan absurdo como creer que una fractura de cráneo puede curarse con un rezo.

Aquel día, mientras el cuerpo del comerciante yacía en el asfalto roto, me pregunté si estábamos presenciando el inicio de algo inevitable. Una suerte de "revolución biológica" cuando el sistema inmune de la humanidad decide eliminar a una célula enferma.

Podría ser un ajuste de cuentas un tiro proveniente de la Torre Roja, o tal vez de las Gemelas del Oeste, o un gesto deliberado de quien quisiera derribar la última ley que nos sostenía unidos "Todo puede destruirse, menos los pilares del refugio."

El Clan del Comercio, sin embargo, era un pilar. Un tótem de intercambios que conectaba torre con torre, más allá de las diferencias. Alguien, con una simple bala, rompió ese tabú. Y en ese instante, todos fuimos cómplices, testigos, víctimas o verdugos.

El efecto dominó de la bala

A las 08:12, con el comerciante todavía vivo en el suelo aunque ya muy poco vivo, nuestras alarmas internas se dispararon. Los sensores del piso registraron un aumento de cortisona y adrenalina entre nosotros, los médicos, los técnicos de laboratorio, los archivistas de muestras de ADN. Hasta ese momento, cada uno estaba absorto en su rutina inyecciones de nanopartículas, cultivos celulares, disecciones cerebrales de ratas mutadas. Pero ante el primer disparo, la torre entera contuvo la respiración.

Me quedé pegado a la ventana, mirando cómo la sangre dibujaba en la calle una estela de vida que se escapaba. Era roja, densa, una llamarada casi poética si uno tiene la sangre fría para apreciarlo. Me recordó, no sé por qué, a un pasaje de Nietzsche donde se habla del eterno retorno de lo trágico. A veces pienso que el superhombre que él imaginó no es más que el producto de una mutación que aún no ocurrió, y que tal vez debamos forzarla.

—Doctor —me dijo un asistente con voz temblorosa—. ¿Llamamos a la brigada de ayuda?

—No —respondí, girándome con un gesto calmo—. Nadie mueve un dedo. Esto no es un accidente.

No quería que nadie interpretara un gesto nuestro como un apoyo o una declaración de guerra. En el nuevo mundo, la neutralidad es un biombo frágil, y un simple movimiento puede hacer que nos acusen de traición. Además, la ciencia no asiste a quien rompe el pacto sin un motivo. Nosotros, en este piso, entendemos mejor que nadie que las crisis son ocasiones de estudio que la herida abierta puede revelar la anatomía de algo más profundo.

Un disparo contra la civilización

El Código de Supervivencia, esa especie de contrato social que se instauró tras El Gran Fin, nos prohíbe destruir edificios. El edificio es símbolo y refugio, el último muro contra el caos climático, las guerras bioquímicas que arrasaron con todo, las fallas energéticas que convirtieron a la noche en un abismo asfixiante. Nadie en su sano juicio se atrevería a detonar una torre sería extinguir el hogar que nos protege de la disolución total.

Pero matar a un comerciante eso era distinto. Era como envenenar la sangre que circula entre las venas de cada torre. No había protocolo para semejante sacrilegio.

Pensé en Cioran, en su idea de que el hombre no puede escapar a la tentación del suicidio colectivo. ¿Y si este fuera el primer paso hacia la autodestrucción definitiva? ¿O era una purga necesaria para dar un salto evolutivo?

A las 08:20, los pasillos comenzaron a llenarse de murmullos. Las persianas metálicas se cerraron con un estruendo mecánico. Los niveles superiores, donde se investigan las mutaciones radicales, sellaron sus puertas. Nadie sabía de dónde había provenido el disparo, pero las sospechas se repartían en todas direcciones, como un veneno que se filtra en el torrente sanguíneo.

Un estudiante de biogenética me confesó entre susurros que "tal vez" la bala venía de aquí, del Piso 17. Lo callé con una mirada. No somos asesinos, somos observadores de la decadencia y del potencial humano. Quizá un día tengamos que tomar partido. Pero no aún.

En la distancia, el Hotel Majestic, con sus ventanas quebradas y sus murales oníricos, parecía un teatro en ruinas. Más allá, la Catedral del Sur elevaba su pararrayos, esperando recibir a un dios inexistente. Y yo me preguntaba si a lo largo de esos muros se estaba urdiendo un complot, si había una mano invisible que anhelaba vernos caer en la guerra final.

En el archivo del piso 5, revisé datos sueltos del comerciante. Una huella genética escaneada hace meses, un nombre tachado, una foto borrosa. Nada más. Un fantasma con licencia para llevar bienes

entre torres. Irónicamente, su muerte lo convirtió en noticia, en historia, en catalizador de lo desconocido.

Leí un pasaje anotado en una esquina del documento:

"Nunca lamentes la mutación, solo el estancamiento."

Era parte de nuestras máximas. Me estremecí al recordar la última vez que habíamos citado eso cuando empezó la fiebre de la carne de insecto en Edificio Aconcagua y algunos de nosotros fuimos a analizar a los infectados. Todavía se veían, en sus pupilas, rastros de un terror antiguo. El hombre cree que puede adaptarse a todo hasta que se enfrenta a su propio límite.

08:39 La ciudad respira amenazas

Mientras subía al Piso 17 de nuevo, sentía el ruido de las turbinas de emergencia, ese zumbido perpetuo que mantiene las luces encendidas. Pensé en todos esos siglos de cultura que se derretían en el aire. En las bibliotecas ahora consumidas por la humedad y la soledad. En la música callada de un piano imposible. Tchaikovsky, Chopin, Vivaldi ecos de un mundo anterior donde la belleza no era un privilegio sino un derecho.

Ahora la belleza se ha vuelto un recurso escaso, y la violencia, un lenguaje común.

Pero no es una violencia salvaje, es una violencia quirúrgica, como el disparo que he visto un toque letal en la vértebra central de nuestro tejido social.

08:44 Los vidrios del ventanal, si uno los mira con atención, reflejan no solo la calle sino mis ojos cansados, la silueta de los colegas, el vapor invernal que asciende desde las tuberías. El cuerpo del comerciante ha sido retirado. O eso creo ya no veo la mancha roja sobre el asfalto. Un equipo del Clan del Comercio lo arrastró y lo envolvió en una tela gris, con una mezcla de rabia y desconsuelo.

Las sirenas suenan a lo lejos. Pero no son de rescate, son el ulular de la desconfianza.

No vendrá un médico de campo ni un sacerdote. Tampoco un juez. Nadie sabe quién va a ser culpado ni quién será exonerado. Nadie se atreve a condenar a otra torre sin pruebas, porque la guerra vendría de inmediato. Y el pacto, aunque frágil, se sostiene sobre el miedo a la destrucción total.

09:00 El día avanza, pero acá, en la Torre Del Plata, el tiempo parece suspendido. Los pasillos se han oscurecido con las luces de emergencia. Mis compañeros trabajan en silencio, como cirujanos que temen mover mal el bisturí. En mi mente solo resuena una pregunta que me carcome ¿quién disparó la bala?

Si fuimos nosotros, lo sabría o quizá no. Tal vez algún iluminado del Piso 20 decidió que la mutación debe acelerarse por la vía más

drástica aniquilar el corazón del trueque entre las torres, provocar la reacción en cadena, desatar la evolución forzada.

O quizás fue una facción religiosa o fanática, convencida de que la purificación se escribe con pólvora.

En medio de esas dudas, percibo un estremecimiento en el aire. Es como si la ciudad entera se preparara para un derrumbe inminente, no solo físico, sino moral. Me acuerdo de Camus, de su Sísifo condenado a alzar la piedra en la colina. Así estamos, empujando la roca de la civilización hacia la cumbre de la supervivencia, aunque un solo disparo pueda hacernos rodar de vuelta al abismo.

En este mundo, el edificio es el último refugio de la especie, un caparazón que ampara las llamas moribundas de nuestra civilización. Pero ahora que alguien se atrevió a tocar el símbolo sagrado del comercio, todas las torres tiemblan. La lógica de la supervivencia corre el riesgo de mutar en la lógica de la destrucción.

Y en la Torre Del Plata, seguimos observando… preparados para diseccionar la nueva forma que tome el caos.

No rezamos. No imploramos. Solo analizamos. Quizás, de estas ruinas, emerja por fin un Hombre Nuevo. O quizás sea la señal inequívoca de que el código ya estaba muerto antes del disparo.

Yo, mientras tanto, me quedo junto al ventanal, escrutando la ciudad a mis pies, con la vista puesta en la mancha de sangre que aún late en mi memoria. Y, en un balbuceo que nadie más oye, predigo

"La caída de un solo cuerpo puede ser el anticipo de la caída de todos."

Capítulo 2 Edificio Aconcagua

"La vida es carroña que se adapta."

Dicen que afuera alguien disparó.

Que un comerciante cayó como una polilla en la llama.

Yo lo supe antes de que lo anunciaran por los ductos de voz mis bichos me lo contaron.

El Edificio Aconcagua huele a tierra mojada. A veces, mientras camino por los corredores, me detengo para oír cómo el agua gotea sobre los paneles de cultivo, formando un ruido constante, casi maternal. Acá cultivamos insectos de todas las clases, tamaños y naturalezas. Los grillos, las cucarachas, los escarabajos, las larvas translúcidas que brillan cuando se les roza con la linterna. Todo lo que se arrastra o aletea es parte de nuestra familia, parte de nuestro alimento, y a veces, parte de nuestras armas.

Mi madre dice que cada piso es un ecosistema, un pequeño jardín andante. "Sobrevivimos porque la carne de mamífero se volvió un lujo inalcanzable, y nosotros aprendimos a comer lo que antes el mundo despreciaba." Ella me enseña con paciencia si la piel del grillo se agrieta, hay que hidratarlo si la cucaracha muda su exoesqueleto, se recoge y se muele para hacer harina proteica si un escarabajo muere, su caparazón se transforma en un pequeño fragmento de armadura para cuando salgamos a las calles. Nada se desperdicia en esta torre.

Yo tengo nueve años, pero en Edificio Aconcagua eso significa que ya dejé de ser una niña ignorante. Acá, a mi edad, se asume que entendemos la cadena de la vida como quien revive. Si no nos adaptamos, morimos. Por eso nuestro dogma brilla en las paredes con letras pintadas con un tinte verde cucaracha

"La vida es carroña que se adapta."

Hoy mis bichos me lo anunciaron antes que nadie. Noté que los grillos dejaron de cantar al alba, como si presintieran un acontecimiento. Las cucarachas errantes del piso 4, las que suelo entrenar para buscar migas en los rincones, se amontonaron repentinamente en el hueco de la escalera, formando un nido improvisado. Fue entonces cuando escuché la vibración un estallido lejano. Parecía un golpe en la puerta de la realidad. Algo se quebró en el aire, y supe que no había sido un trueno, ni un derrumbe, ni un

fallo en los generadores. Fue un disparo. Un sonido seco, como la rabia de un gigante de metal.

Dicen que ocurrió a las 08:11. A esa hora yo estaba lavando las alas de mi última mariposa de combate, que aún no eclosionó. Mi madre asegura que ninguna de mis bestias es un arma mortal ella no cree en la guerra abierta, pero en cada antena, en cada mandíbula, yo percibo la posibilidad de defendernos. Mis bichos también sienten la urgencia de la supervivencia.

Cuando el piso 10 envió un comunicado una voz metálica que resonó por los ductos de ventilación, ya sabíamos la noticia

"El Clan del Comercio fue atacado. Un comerciante ha caído."

Hubo silencio. Todos nos miramos con el mismo desconcierto, como si alguien hubiera arrancado un pedazo del viejo pacto que nos mantenía en paz forzada. No destruir edificios, no tocar al Clan del Comercio. Eran las dos columnas sagradas que evitaban que todo se fuera a la ruina. Pero alguien, en alguna otra torre, decidió romper la segunda columna.

¿Se atreverán pronto con la primera?

Mi padre solía decirme que, antes del Gran Fin, la gente despreciaba a las cucarachas las aplastaban sin pensar. Ahora, en cambio, las crían, las usan para alimentarse y hasta para diseñar armas biodegradables que no contaminen demasiado el aire viciado. Yo me pregunto si la humanidad entera no se parecerá a mis cucarachas

nos arrastramos por el colapso, buscando grietas donde sobrevivir. Y a la primera oportunidad, nos devoramos unos a otros.

Pienso en el comerciante. Imagino su cuerpo tendido, con una herida que chorrea sangre. Los bichos lo habrían rodeado, sin juicio ni moral, simplemente haciendo lo que la naturaleza les dicta reciclar.

¿Somos diferentes? me pregunto en voz alta. No obtengo respuesta, solo el retumbar de mis pasos entre los paneles.

A veces, me escabullo hasta la azotea del edificio. Ahí está el "cultivo de aire", como le llaman algunos adultos un espacio con redes y trampas donde atrapamos nubes de polen y esporas para obtener nuevas cepas de hongos que se convierten en alimento. Desde la azotea, se ve todo el horizonte de Buenos Aires en su versión post clima. Salvo por los edificios, la ciudad parece un cementerio de agua y concreto reseco, donde las calles serpentean y a veces se inundan. Es un laberinto que cambia según la estación errática del año.

Hoy, subí ahí justo después de escuchar el disparo. Sopla un viento que huele a óxido y a larvas. Mis bichos trepan por mi brazo, como si quisieran recordarme que nunca camino sola. Veo el humo en la distancia un humo difuso, pardo, que emerge cerca de la Torre Del Plata. Me estremezco allá sucedió todo, o muy cerca.

Ellos, los de Del Plata, son fríos. Hablan de genes y secuencias, de mutaciones calculadas. Nosotros, en cambio, creemos en mutaciones espontáneas, en la interacción natural de las especies. Podría decir

que somos dos ramas de un mismo árbol, separadas por la ideología de la manipulación versus la aceptación. Nunca cooperamos mucho, ni siquiera en los buenos tiempos.

08:30. Empieza a cundir el rumor de que quizás alguien desde Edificio Aconcagua disparó. Algunos no nos perdonan que usemos insectos venenosos para marcar territorio en las calles. Otros piensan que nuestras "armas biodegradables" son una amenaza a todo el pacto.

Mi madre se altera cuando lo oye.

¿Cómo creerían eso? protesta, agitando las manos llenas de fermento larval. "Nosotros no matamos a nadie. Solo probamos que la vida puede renacer incluso de la descomposición."

Quiero creerle. Pero siento un cosquilleo en mi espalda. Una parte de mí sabe que, si alguien en este edificio estuviera lo bastante loco como para desatar el caos, lo haría, y luego dejaría la culpa danzando en el aire, sin nombre. Somos tan capaces de crear como de destruir. ¿Acaso no toda vida se asienta sobre la muerte de otra forma de vida?

Cuando tenía cinco años, presencié un experimento. Un escarabajo del tamaño de mi mano fue expuesto a un químico que derivó en mutaciones rápidas. Se transformó en un ser brillante y monstruoso, con alas más gruesas, capaz de picar a través de metal fino. Pero no vivió mucho su propio cambio lo consumió. Sin embargo, aquel día

entendí algo la vida, para sobrevivir, está dispuesta a devorarse a sí misma.

Ahora temo que la humanidad haga lo mismo.

09:00. Bajo al Piso 3, donde están las incubadoras de larvas y los laboratorios de polinización inversa. Ahí encuentro a un grupo de científicos y guardias discutiendo en voz baja.

Hablan de la posibilidad de que el Clan del Comercio culpe a Edificio Aconcagua, y la consecuencia sea un bloqueo o incluso un ataque en zonas neutrales. Alguien menciona un decir "Hay caníbales que buscan agua en las calles del sur. Hay francotiradoras en los puentes. Nadie está seguro"

Pero yo no creo en los rumores. Creo en mis bichos. Y ellos me dicen que la ciudad está tensa, como la telaraña de una araña hambrienta que espera a su presa.

Miro mis manos manchadas de restos de quitina. Acaricio con cuidado a una cucaracha albina que logré entrenar para llevar mensajes entre pisos. Le susurro

¿Quién disparó, cucarachita?

Por supuesto, no me responde con palabras. Pero sus antenas vibran con un movimiento extraño, como si quisiera advertirme de algo. Siento un escalofrío, casi un presagio.

En los altavoces, una voz retumba de nuevo

"Prohibido salir a las calles. Eviten provocaciones. El Clan del Comercio exige explicaciones."

Son los jefes del piso 11, donde diseñan las armas biológicas. Siempre han sido cautos, pero ahora su tono suena a miedo reprimido. Significa que no sabemos nada, y eso nos vuelve vulnerables.

¿Quién disparó?

¿Fue un ataque premeditado para iniciar una guerra a la que nosotros, aquí, no estemos dispuestos?

O quizás es un movimiento táctico para romper de golpe un equilibrio podrido. Una de mis cucarachas se acerca a mi cuello y me hace cosquillas. Le balbuceo

La vida es carroña que se adapta.

Repito esa frase como un mantra, recordando la voz firme de mi padre. Él murió hace dos años durante una expedición al margen inundado de la ciudad. Ni siquiera su cadáver pudimos recuperar probablemente fue pasto de algún hongo que, a su vez, alimentó a nuevas formas de vida.

Ahora, pienso en el cuerpo del comerciante tirado en la calle. En la sangre que debe haber teñido el pavimento. En la posibilidad de que,

en el futuro, esa sangre sirva de nutriente para semillas o criaturas que nazcan en las fisuras del asfalto. ¿No es así como se regenera el mundo? Nacemos sobre las ruinas y la muerte de quienes vinieron antes.

Lo que me asusta no es la muerte del comerciante he visto a muchos seres perecer, sino la semilla de desconfianza que un solo disparo siembra. Porque si el Clan del Comercio deja de ser intocable, nada garantiza que se respete el resto del pacto. ¿Cuánto tardará alguien en apuntar a los cimientos de un edificio? ¿Cuántas balas más deberán silbar antes de que estalle la ciudad entera?

Mi madre dice que no habrá guerra total, que todavía somos racionales. Pero a veces, cuando doy de comer a mis larvas, pienso en la naturaleza insaciable del hambre. El hambre no entiende pactos ni códigos. Sabe lo que quiere y lo toma. Puede que la humanidad, igual que mis insectos, termine devorando todo lo que puede la paz, los acuerdos, los cuerpos.

09:12. Antes de subir al invernadero para revisar mis crisálidas, decido asomarme a un ventanal con vista a la calle. Veo el humo en el horizonte y me imagino la Torre Del Plata observando, analizando, diseccionando cada movimiento. Me pregunto si ellos creen tener la respuesta. Me pregunto si los religiosos de la Catedral del Sur interpretarán esto como un juicio de Dios. O si los caníbales, en su Torre Roja II, olerán la sangre como invitación a un banquete.

Yo, en mi inocencia a medias, solo veo un enjambre de preguntas revoloteando.

Me acerco más al cristal. Alcanzo a distinguir, a lo lejos, una silueta borrosa que parece mover algo en el suelo quizás otro comerciante herido, o un bandido, o simplemente un guardia retirando el cuerpo.

Me percato de que no tengo miedo. Tengo curiosidad. Me fascina cómo un simple disparo puede colapsar un sistema entero. Eso es una mutación. Un error que, de pronto, redefine la especie.

Acaricio mis bichos con la mano izquierda y aprieto los labios, intentando escuchar lo que me cuentan sus patas inquietas y sus antenas vibrantes. Siento que me transmiten un mensaje primordial "El orden no es eterno. La vida se alimenta del caos."

Tal vez somos tan frágiles como esas alas de mariposa que estoy esperando eclosionar. Tal vez, en el fondo, la humanidad no sea más que una colonia de larvas, ciega ante el cuchillo que se cierne sobre nuestra cabeza. Pero mientras tanto, en el Edificio Aconcagua, seguiremos cultivando, seguiremos devorando y transformando, esperando a ver quién o qué emerge de esta nueva crisálida de desconfianza.

09:15. Bajo la voz

—Quien disparó…

—¿Lo hizo para matarnos a todos?

—¿O para darnos una nueva forma de vida?

Mis cucarachas no responden. Agitan sus antenas, se posan sobre mi hombro y luego saltan al piso, dispersándose por el quebradizo concreto. Yo tomo aire, seco mis manos húmedas en el delantal manchado de exoesqueletos y doy el siguiente paso, rumbo al invernadero.

En Edificio Aconcagua, el tiempo no se detiene ni para llorar. Siempre hay algo que muere, algo que nace, algo que se transforma. Pero ahora sé que el mundo exterior quizá esté a punto de hacer lo mismo. La vida se alimenta de la muerte. Y quizá este disparo, esta sangre derramada, sea el inicio de un banquete mayor.

En ese instante, empiezo a sentir un sonido nuevo, los grillos cantan con un tono distinto, más agudo, más frenético. Como si estuvieran llamando a todas las criaturas a unirse en una sinfonía de presagio. Cierro los ojos. Imagino a todos los edificios escuchando esa música, sin comprenderla, temiendo lo que vendrá.

En algún lugar, la ciudad entera sostiene el aliento, y mis bichos mis maestros diminutos me enseñan:

"Todo cambia, niña. Y de la herida, surgen alas."

Capítulo 3 La Catedral del Sur

“El relámpago es la voz del cielo quien quiera oír, que suba.”

Soy Hermano Elías, guardián del pararrayos y lector de los cielos rotos. Mi celda está en el piso 33, en lo más alto de la Catedral del Sur, donde la ciudad se extiende como un cementerio de luz difusa. Acá, en esta torre neogótica hecha de ladrillos rescatados y vitrales recompuestos, aguardamos el regreso de Dios. Creemos que bajará por el relámpago, que su fuego atravesará el metal sagrado y, en un destello, purificará la tierra.

Cuando escuché el disparo, pensé que el trueno había llegado antes de la tormenta. Eran las 08:11 registré la hora con la minuciosidad de un clérigo que escruta cada segundo, y los vientos en lo alto de la aguja parecían anunciar una ráfaga cargada de presagios. Pero no se trataba de un fenómeno meteorológico. Fue otra clase de rayo, uno nacido de la pólvora humana y dirigido a ese comerciante que, según cuentan, llevaba consigo el símbolo de la balanza tallada en hueso.

Nunca pude ver directamente la escena desde mi celda la niebla del amanecer enturbia el horizonte y los muros de otros edificios se interponen. Sin embargo, en esta catedral estamos seguros de que nada ocurre sin que el cielo lo consienta. Sea un relámpago o una bala, la señal viene de lo alto, o de lo profundo del pecado.

Aquella mañana, el aire olía a ozono y a tormenta futura. Me apresuré a descender unos pisos para comunicar la novedad a mis hermanos.

Desde la gran nave central ahora habitada por bancos astillados y un altar con un crucifijo de metal oxidado, se alzaron cuchicheos cuando mencioné el suceso. Los laicos que trabajan en el piso 10 (conocido como el “claustro de la doctrina”) se persignaron en silencio, mientras algunos monjes intercambiaban miradas inquietas. Hacía décadas que nadie osaba derramar sangre del Clan del Comercio. ¿Cómo interpretar este hecho, sino como una señal de la inminente purificación?

—Hermano Elías —inquirió uno de los más ancianos—, ¿crees que el disparo proviene de la gracia o del maligno?

Miré el ventanal roto, dejando pasar una brisa casi helada que agitaba las velas.

—No lo sé, Padre. El cielo habla, pero a veces lo hace en clave.

En la Catedral del Sur creemos que la verticalidad no es un capricho de supervivencia, sino el camino a la redención. Cuanto más alto ascendemos, más cerca estamos de la voz divina. Por eso hemos elevado torres, apuntales y un pararrayos inmenso, que no es mero metal, sino un canal por donde, en nuestra fe, Dios mismo descenderá cuando llegue la hora.

Muchos nos llaman locos. Dicen que esperamos a un fantasma en medio de un mundo yerto. Pero nosotros leemos las Escrituras Rescatadas mezcla de biblias, evangelios rotos y textos litúrgicos recompuestos tras el Gran Fin, y encontramos profecías que anuncian que “el ruido retumbará como trueno, y serán juzgados aquellos que quiebren el pacto”.

¿Cuántos disparos más se necesitarán para que suene la Trompeta Final?

08:20. Recorrí los pasillos de la catedral, observando a los fieles. Se reunían para debatir si esta bala era el primer golpe de la guerra total o si era una prueba más de la soberbia humana. En el coro, algunas voces entonaban un canto funerario, improvisado, como si la ciudad entera estuviera de luto por un pecado irreparable.

—Ese disparo viene a recordarnos que el hombre no respeta nada —dijo el Prior Rafael, en un tono bronco—. Ni el Código de Supervivencia ni la ley de Dios. ¿Qué más se necesita para que baje el relámpago justiciero?

Lo escuché en silencio. Me sentía inquieto, como si mis costillas resonaran con una vibración ajena. El disparo parecía haber derribado mucho más que un comerciante había quebrado el aire, había dañado algo intangible que mantenía unidas a las torres.

En el Piso 14, un grupo de monjas se dedica a la “meteorología sagrada”. Observaron el barómetro y los mapas de viento y afirmaron que se aproximaba una tormenta eléctrica. ¿Sería la gran

tormenta, aquella que aguardan con ansiedad para que el rayo corra a través de la aguja? En la catedral lo llaman el Eón del Relámpago.

A veces sueño con ese momento veo una tempestad cegadora, escucho la explosión del trueno en los vitrales, y en medio del fogonazo una silueta desciende hasta el altar. Mi corazón late con la fuerza de un tambor, y la fe se me mezcla con el terror. ¿Estamos listos para ese encuentro?

08:45. Un laico que fue a la calle a buscar víveres volvió con el rostro desencajado. Decía haber visto el cuerpo del comerciante envuelto en un paño gris, rodeado por unos pocos guardianes del Clan. Escuché su relato

Lo recogieron con rabia, Hermano Elías… y con miedo. Parecían no entender por qué se atrevieron a derramar esa sangre que consideraban sagrada.

Un miedo recorrió mi cuerpo. En nuestra fe, la sangre derramada injustamente clama al cielo. Pero, ¿y si ese era el llamado final? ¿Si la bala había sido un relámpago invertido, no nacido de la nube sino de la soberbia humana que, irónicamente, apura la venida divina?

La Catedral del Sur no participa directamente en guerras pactadas. Creemos que el verdadero combate es espiritual liberar el mundo del pecado. Sin embargo, respetamos el Código de Supervivencia no destruir edificios, no asesinar comerciantes, porque en su caminar reconocemos un anhelo de comunión, una imagen pálida de la fraternidad que tuvimos antes del colapso.

Pero este disparo —insisto— lo cambia todo. Me acerqué a la gran campana oxidada que, colgada en el campanario, suena solo en momentos críticos. Los monjes me miraron con expectación, listos para la orden.

—Tocad la campana, dije. Que la ciudad sepa que algo retumba en el cielo, y ahora también en la tierra.

Cuando la campana lanzó su primer tañido, sentí que las gárgolas de cemento que decoran el exterior de la catedral cobraban vida en la penumbra. Cada golpe de metal resonaba como un lamento antiguo, avisando a todas las torres que el pacto estaba mortalmente herido.

A las 09:00, ascendí de nuevo hasta mi celda en el piso 33. Ahí, sentado junto al gran ventanal resquebrajado, contemplé el pararrayos que se erguía hacia un cielo turbio, sin sol claro. La brisa me traía un olor a incendio lejano, a expectativa y ceniza. Por la radio antigua que tenemos en la catedral, supe que la Torre Del Plata había permanecido en silencio que desde Edificio Aconcagua llegaban sonidos de grillos deformes y rumores de conspiración que el Hotel Majestic callaba en su extravagancia.

En lo alto de mi torre, recé. No a un dios lejano, sino a esa fuerza que se agita en las nubes, en los vientos, en los relámpagos. Esperaba que si iba a venir el juicio, viniera pronto. Que la descarga limpiara de raíz todo el lodo que los humanos hemos ido acumulando.

Me arrodillé, con la mirada fija en el horizonte, recordando que en nuestra iglesia creemos firmemente que la verticalidad es el único camino subimos hacia Él, o Él baja hacia nosotros. Y cuando ocurre un disparo físico o metafísico, tal vez sea Dios sacudiendo la campana de la existencia para comprobar si algo de fe todavía vibra.

La última vez que el pararrayos cobró vida fue hace doce lunas, durante una tormenta que destruyó varias antenas de la zona. Nos quedamos sin luz y sin certeza. Mas la descarga no trajo a Dios. Solo dejó un quejido eléctrico en las paredes, como un fantasma que acechara las noches.

Ahora, un disparo humano, seco y blasfemo, atraviesa el silencio. ¿Será ese el preludio de la gran tormenta?

Permanezco en lo alto, con la frente apoyada en los cristales sucios, contemplando la urbe moribunda. Pienso que cada edificio es una torre de Babel, un intento de llegar a alguna verdad última. Y en la Catedral del Sur creemos que la Verdad descenderá un día por el haz del rayo.

El comerciante sangró en la calle, mancillando el pacto sagrado. Hay quienes dicen que la bala fue obra del Demonio otros sugieren que fue un designio del Cielo para sacudirnos de nuestra tibieza. Yo, Hermano Elías, no lo sé con certeza. Pero sí estoy seguro de algo el cielo está inquieto, y en cualquier momento puede desatarse la tormenta de la que ya nadie regresará igual.

Tal vez sea ese el momento en que el rayo baje por la aguja. Tal vez la ciudad entera se ilumine con fuego divino, y los edificios se sacudan como pecadores arrepentidos. Tal vez, por fin, la voz de Dios retumbe en nuestra catedral. Y cuando suceda, aquellos que dispararon contra lo sagrado verán su propia arma volverse en su contra, devorada por la luz.

Hasta entonces, no nos resta más que orar. Y esperar que el trueno que oímos hace unas horas no sea solo una bala de hombre sino el anuncio de que el cielo ha abierto sus puertas para juzgarnos a todos.

Capítulo 4 Las Torres Gemelas del Oeste

“La noche nos ampara, el día nos condena.”

Mi nombre es Valquiria y pertenezco a las Vigilantes Nocturnas. Nuestros enemigos cuando quieren insultarnos nos llaman “las brujas del Oeste”, pero a nosotras nos halaga. Si han de temernos, que lo hagan con toda la contundencia de la palabra.

Vivo en la torre sur de las Gemelas del Oeste, un par de edificios enlazados por puentes metálicos en los pisos superiores, construidos con ingenio y audacia antes del Gran Fin. Se alzan como dos hermanas siamesas contra el cielo variable de la ciudad unidas por pasarelas que se mesan con el viento, sostenidas por vigas que se niegan a ceder ante el tiempo. Cada torre tiene su propia estructura, pero nosotras, las vigilantes, nos movemos sin distinción por ambas, pues somos la fuerza que las mantiene en pie.

Nuestra sociedad es matriarcal. Aquí, las mujeres lideran, vigilan y disparan si es necesario. Los hombres no están excluidos, pero han aprendido a acatar nuestras normasnse encargan de tareas de soporte, logística, crianza y cuidados. No es esclavitud, ni imposición arbitraria es un orden nacido tras la guerra bioquímica que diezmó a casi todos los varones capaces de blandir un arma. Así, por pura adaptación, nosotras asumimos la defensa y el mando.

Cuando llegó la noticia del disparo contra el Clan del Comercio, fue como un dolor que recorrió nuestros puentes elevados. Nosotras, las Vigilantes Nocturnas, estábamos durmiendo o intentándolo, porque la mañana es nuestro tiempo de reposo. Pasamos las noches oteando la ciudad con rifles de largo alcance, asegurándonos de que nadie viole la frágil paz que todavía cuelga de un hilo. Pero esa mañana, a las 08:11, todo cambió.

El primer presagio vino de la Torre Marrón decían que habían visto un destello en alguna de nuestras ventanas, como si uno de nuestros

rifles hubiera disparado. Para muchos, era lógico culpar a quienes vivimos con el dedo en el gatillo, sobre todo si somos mujeres que no temen pulsarlo.

Sin embargo, yo estaba despierta a esa hora, en mi guardia de relevo. El sol empezaba a trepar por el horizonte, y yo sentía ese leve mareo de quien ha pasado toda la noche en vela. Tenía los párpados pesados, la garganta seca, el cuerpo ansioso por una cama. No escuché ningún disparo procedente de nuestras torres el retumbo vino de lejos, desde otra dirección, tal vez del extremo sur o el centro.

No fuimos nosotras repetí, cansada, a mis compañeras. Pero la ciudad entera se alimenta de presunciones. Y en un mundo de ventanas cerradas y rifles apuntando a la nada, las mujeres con miras telescópicas siempre seremos las primeras culpadas.

En las Gemelas del Oeste, todo está organizado para vivir en un ciclo invertido la mayor parte de la acción ocurre al anochecer. Desde la caída del sol hasta la madrugada, nos turnamos en las azoteas, en las pasarelas, en las garitas situadas en los pisos más altos. Observamos con lentes nocturnos, con prismáticos ensuciados por la suciedad, con los oídos agudizados por la costumbre.

No atacamos a menos que alguien viole un paso neutral o amenace la estructura de la torre. La guerra es pactada, dicen. Pero nosotras sabemos que, si no apuntamos nuestros rifles a ciertos

merodeadores, pronto ellos pondrían un pie en nuestro territorio. Y en las Gemelas, la intrusión se paga con plomo.

Aun así, cuidamos con esmero el Pacto de No Destrucción de Edificios. Lo consideramos sagrado, porque sin estos rascacielos nos tragaría el mundo desolado que yace allá abajo, con su clima rabioso y sus calles plagadas de trampas.

08:30 Surgió un mensaje en la radio de onda corta que usamos para comunicarnos con algunos aliados circunstanciales (a veces, con la Torre Roja, a veces, con la Torre Del Plata).

“Atención. El Clan del Comercio fue baleado en zona neutral. Se sospecha intervención de francotirador desde altura.”

La palabra francotirador nos apuntaba directamente, como un dedo acusador. Me acerqué a Laila, la líder de nuestra escuadra, que revisaba un mapa con las coordenadas de las calles cercanas al lugar del ataque.

—Valquiria, ¿viste algo en tu guardia? —inquirió con severidad.

—Nada. Solo el amanecer. No hubo fogonazos desde nuestras ventanas.

Laila respiró hondo, dejando escapar un suspiro que parecía contener la rabia ancestral de nuestro linaje.

—Seremos las primeras en ser señaladas, lo sabes, ¿no?

Lo sabía. Nadie en la ciudad cree que tengamos un código moral, porque no tememos al gatillo. Pero nuestra moral existe, y es clara disparamos para defender, jamás para imponer una guerra que no nos conviene.

Muchas otras torres nos ven como una mancha de violencia femenina, una especie de matriarcado salvaje que actúa de noche. Quizá lo somos. No pedimos permiso para existir; lo hacemos por supervivencia. Eso nos ha valido el rencor de los que aún creen en una jerarquía masculina, o los que no conciben que se pueda vivir sin plegarse a sus modelos.

Por eso, cuando supe que el Clan del Comercio sangraba en la calle, sentí una punzada de dolor y orgullo herido a la vez dolor, porque a pesar de nuestra fama, respetamos la santidad del comercio orgullo, porque sabía que no habíamos sido nosotras. Podríamos alardear de muchos tiros certeros, pero no de aquel.

09:00 La asamblea improvisada

En un salón amplio del piso 27 de la torre sur, se reunieron nuestras veteranas y las jóvenes que acaban de unirse a la guardia. Alrededor de una vieja mesa de madera, empezaron a discutir, nerviosas. Oía frases sueltas: “¿Quién fue la francotiradora?”, “¿O fue un dron?”,

“¿Tendremos que demostrar nuestra inocencia?”, “¿Y qué pasará si nos atacan?”.

Las más veteranas, con cicatrices en los brazos y miradas endurecidas por mil guardias nocturnas, mantenían la calma. Sabían que la ciudad se fractura a cada rumor, que lo peor que podíamos hacer era caer en pánico. Laila alzó la voz:

—Nosotras no empuñamos el rifle a la luz del día, y mucho menos contra el Clan del Comercio. Quien dude, que venga a pisar nuestras pasarelas y revise nuestros cartuchos.

Era un desafío. Un modo de gritarle a la ciudad que si nos acusan, vengan a demostrarnos la culpa si se atreven a cruzar nuestros puentes.

En lo alto de la torre norte, hay un corredor con ventanas que dan al oeste. Ahí practicamos tiro con armas de corto alcance y revisamos nuestras ópticas de largo alcance. Entre balas y objetivos pintados, a menudo compartimos nuestras reflexiones sobre la vida. Puede sonar extraño, pero somos guerreras que meditan. Sabemos que un disparo no es solo un acto físico, sino moral la bala es una sentencia, un punto final a un argumento.

Por eso, cuando un disparo fantasma sacude la ciudad, nos sentimos violadas en nuestro código alguien está usando nuestras tácticas y atribuyéndonos la autoría. El disparo contra el comerciante no solo mató al hombre y derramó la sangre sagrada de la balanza, sino que puso en duda nuestra ética.

A fin de cuentas, si somos las “francotiradoras del Oeste”, cualquiera creerá que fuimos nosotras.

Recuerdo la primera vez que asesinamos a un intruso un saqueador que subió hasta el piso 11 y quiso violar a una de nuestras compañeras. Desde entonces, algunos vecinos de torres cercanas, que no aceptaban nuestro modo de vida, corrieron la voz de que éramos “brujas homicidas”. Sin embargo, muchos otros comprendieron que gracias a nuestra guardia nocturna, ningún edificio en la zona era atacado por bandas errantes.

Pero ahora, con un comerciante muerto, todas esas viejas disputas vuelven a arder. ¿Quién enciende la mecha? ¿Quién busca enfrentarnos a las otras torres? No lo sé, pero me arde el pecho de pensar que nos usen de chivo expiatorio.

Subo al último piso de la torre sur el piso 33, donde se eleva nuestra antena principal de radio. El viento es gélido, y la mañana deslumbra con un sol que hiere mis ojos, acostumbrados a la noche. Miro hacia el sudeste, intentando ver algún resplandor que delate al verdadero francotirador. Solo capto siluetas grises de edificios imponentes.

El disparo debió venir de otro nido de águilas, alguien con la pericia suficiente para abatir a un hombre de un solo tiro y desaparecer sin dejar rastros. Podría ser un traidor en la Torre Marrón, un enloquecido en la Torre Roja, un rebelde escondido en los subterráneos Incluso algún fanático de la Catedral del Sur, aunque allí sus armas suelen ser los rezos y la energía divina.

Nada me garantiza la respuesta. Pero el sol me quema la retina y me siento vulnerable, como una criatura nocturna atrapada en la luz. A estas horas, mi mente reclama descanso, pero sé que no puedo dormir mientras el rumor nos apunte con su dedo invisible.

09:10 El zumbido del puente

Regreso al corredor que conecta ambas torres. El puente metálico vibra con cada ráfaga de viento. Me detengo en el centro y miro hacia abajo un abismo de pisos y muros. La ciudad no es más que un puzzle destrozado. Pienso en el comerciante, en su cuerpo y en la sangre que tiñó el asfalto. Lo imagino como si fuera una pequeña sombra entre ruinas.

¿Podríamos haberlo salvado si hubiéramos intuido el disparo antes de que ocurriera? Tal vez. Pero ahora es tarde para hipótesis. Lo que queda es un cadáver, una promesa rota, un dedo acusador.

Me pregunto si este es el preludio de algo peor si un día descubriré que sí fuimos nosotras, que alguna compañera resentida decidió disparar por su cuenta, cansada de la falsa paz. No quiero creerlo, pero la noche trae sus secretos, y cada vigilante carga sus propios demonios.

Desde estas torres gemelas, desde nuestros puentes viejos, miro el horizonte con la urgencia de quien presiente un colapso mayor. Cada edificio que se alza contra el cielo es un reino en sí mismo, un bastión de creencias, odios y rituales. Un disparo quiebra la frágil diplomacia otro, podría desatar la tormenta final.

Pero en las Gemelas del Oeste no retrocederemos. Defendemos lo nuestro con garras y balas, y mantenemos la mirada firme. No pretendemos aniquilar a nadie, pero si alguien sube por nuestras escaleras con intención de acusarnos injustamente o tomar nuestra torre, sentirá el rugido de nuestras armas.

Eso no es violencia gratuita. Es la ley nocturna de la supervivencia la bala solo se dispara para proteger la vida que hemos construido acá arriba, una comunidad de mujeres que se negaron a caer en manos de nadie.

Al final, la mañana avanza, y el sol me obliga a entrecerrar los ojos hasta casi cerrarlos. Intento descansar un poco, sabiendo que la próxima noche será larga, y que tendremos que afinar la puntería más que nunca no para disparar primero, sino para descubrir a quien quiera hacer de nosotras un blanco fácil.

Porque, si algo sabemos, es que la luna ve más allá de la oscuridad, y nosotras sus hijas estamos dispuestas a mirar con ella hasta que la verdad aparezca en la mira de nuestros rifles.

09:15. El viento arrecia, el puente oscila. Me quedo ahí, sintiendo la oscilación del metal bajo mis pies, recordando que cada torre es un mundo más en esta ciudad moribunda. Y mientras contemplo el panorama, me digo a mí misma:

“La noche nos ampara, el día nos condena.”

No sé quién disparó. Pero aseguro que no fuimos nosotras. Y si el mundo necesita sangre para creerlo, la noche sabrá exigirle esa deuda al culpable.

Capítulo 5 El Hotel Majestic

“El arte es la forma por donde la realidad se desangra.”

Cuando la bala alcanzó al comerciante, una parte de la ciudad quedó muda de espanto. Acá, en el Hotel Majestic, el silencio nunca ha sido nuestra virtud somos artistas, exiliados, traficantes de emociones. La tragedia llegó a nosotros como un murmullo ahogado que, lejos de amedrentarnos, encendió una chispa de curiosidad oscura.

Soy Saúl, un poeta ciego. Me dicen que antes del Gran Fin yo tenía buena vista, pero apenas retengo imágenes de aquel tiempo mis pupilas se oscurecieron y aprendí a ver con el oído, el tacto y la imaginación. Vivo en el piso 12 del Majestic, donde cada habitación es un lienzo en blanco para la desesperación o la belleza.

El Hotel, un viejo edificio señorial venido a menos, se yergue en el centro de la ciudad, cerquita de los antiguos teatros y librerías. Sus

pasillos laberínticos rezuman humedad y nostalgia. Los vidrios de las ventanas están estallados, y algunas lámparas parpadean con luz mortecina, como intentando emular la grandeza de tiempos que ya no volverán. Pero la gente que se refugia aquí pintores malditos, bailarinas fugitivas, músicos sin audiencia y toda suerte de exiliados ve en estas paredes un lienzo para el arte, un oasis para la locura.

Dicen que ocurrió a las 08:11, como un trueno que no provenía del cielo sino del rencor humano. Alguien mató a un comerciante, manchando el símbolo sagrado de la balanza. Para nosotros, el Clan del Comercio era el último velo que mantenía a las torres unidas, un cable invisible que transmitía más que mercancías transmitía la ilusión de que seguíamos siendo una civilización.

La mayoría de los habitantes del Majestic recibió la noticia con una mezcla de conmoción y fascinación. Cada uno lo interpretó según su sensibilidad:

La pianista ensimismada del piso 7 improvisó acordes disonantes, diciendo que “el disparo es la nota ausente en la partitura de nuestro derrumbe”.

El pintor de pesadillas expresó que la sangre del comerciante podría ser un pigmento único, capaz de capturar la angustia de la época.

Una actriz del sótano monologaba ante un espejo roto, fingiendo ser la bala misma, como si ella fuera la protagonista de una escena fatal.

A mí, ciego como soy, me bastó escuchar ese eco lejano para sentir que algo se había resquebrajado en la urdimbre del silencio. La bala fue el compás que anunció un caos mayor.

La sacralidad del ocio

En el Majestic no hay líderes formales, pero existe una reina tácita la señora Evelina, una antigua cantante de ópera. Ella mora en la suite principal, rodeada de cortinas de terciopelo raído y espejos que devuelven su imagen envejecida. Con sus modales altivos, domina las conversaciones en el gran salón del lobby, que convertimos en una especie de café literario improvisado.

Me acerqué con mi bastón, tanteando cada paso, y le pregunté:

—¿Qué dice nuestro hotel acerca de la muerte del comerciante?

Ella soltó una risa suave, llena de matices teatrales:

—El hotel no dice nada, Saúl. El hotel escucha. Y las paredes retumban con el ruido de un crimen que nadie se atreve a confesar.

Evelina cree que la belleza surge del contraste entre la luz y la sombra. Tal vez por eso ama las tragedias, y tal vez por eso me permite quedarme acá a cambio de que componga versos que nunca he de leer con mis ojos, pero que resuenan en los pasillos, susurrados por mis labios o por quienes los copian para mí.

Un mapa de escombros y violinistas

Cuentan que, antes de colapsar, este lugar fue un hotel lujoso, con huéspedes ilustres, un salón de baile esplendoroso y un restaurante de cocina mundial. Ahora, sin embargo, los candelabros están rotos, los muros descascarados, y solo queda la magia espectral de un pasado convertido en ruina.

Cada piso está habitado por gentes de oficios inciertos: contrabandistas de vino clandestino, pintoras que intercambian cuadros por latas de comida, ex soldados que tocan violín para exorcizar la memoria. En el sótano, se dice que hay un teatro subterráneo donde los más osados representan piezas de Shakespeare mezcladas con retazos de Beckett, Kafka o Cioran. ¿Teatro del absurdo? Tal vez. O quizá la desesperada manía de darle forma al sinsentido.

Aquí no hay un dogma oficial como en otras torres, pero sí un lema tácito: “El arte es el último refugio.” No creemos que nos salve de la violencia, pero al menos hace que la sombra sea más llevadera.

08:30 La noticia se extendió rápido por los pasillos del Majestic el Clan del Comercio, baleado la sangre de la balanza corriendo por el asfalto. Dicen que un disparo fue suficiente para devastar la fe en ese único puente que unía a los edificios. En vez de pánico, aquí se respiraba un aire de excitación trágica, como si presintiéramos que la gran función está a punto de comenzar.

Una bailarina, con el rostro pintado de blanco, se me acercó:

—Saúl, ¿qué sientes cuando escuchas la palabra “disparo”?

—Siento una molestia que retumba en mi cabeza —respondí—, una punzada de lucidez en medio de la niebla.

Ella giró sobre sí misma como un espectro, y luego se marchó sin añadir nada más.

Ese es el idioma del Majestic: cada uno lanza una frase que es un enigma, una metáfora, una herida abierta. Nadie espera una respuesta absoluta.

Existe un hombre, Dionisio, que se hace pasar por adivino en el piso 9. Baraja un mazo de tarot improvisado con recortes de viejas revistas, y en cada carta dibuja escenas del cataclismo. A cambio de un poco de alimento o un cigarrillo, te lee el porvenir con solemnidad burlona. Esa mañana, cuando subí a consultarle, me extendió tres cartas sin pedirme nada.

La primera representaba a un comerciante con la balanza hecha pedazos.

La segunda mostraba una bala surcando el aire, como un cometa.

La tercera enseñaba una ciudad en ruinas, con un único edificio en pie.

—¿Qué significa todo esto, Dionisio? —inquirí, presintiendo alguna revelación.

Él sonrió con malicia:

—Significa que la tragedia empieza con un disparo, pero nadie sabe cómo terminará. Podría ser la primera piedra de un derrumbe colectivo… o la chispa de una transformación más profunda.

Lo miré con mis ojos ciegos, sintiendo que su voz temblaba de un modo que no era broma. Dionisio, a veces, ve más de lo que aparenta. No me atreví a seguir preguntando.

09:00 Bajé al lobby principal. Ahí, Evelina y varios residentes se habían congregado. Algunos portaban instrumentos musicales, otros pinceles, otros botellas de licor de dudosa procedencia. Un violinista, de rostro demacrado, entonó un lamento que se fundía con la acústica rota del lugar. En ese instante, alguien propuso un brindis por la memoria del comerciante.

—¿Por qué brindamos por un desconocido? —protestó un exiliado que vivió en la Torre Roja antes de ser expulsado.

—Porque esa bala ha abierto un abismo —respondió Evelina—, y en el abismo, el arte encuentra su espejo.

Alzaron las copas, escasas y desiguales, y bebieron. No sé bien qué, pero el olor a alcohol casero me revolvió el estómago. Se notaba el nerviosismo: cada uno interpretaba el suceso según su paranoia o su anhelo de ver el mundo convertirse en un gran escenario sangriento. Quizá así duela menos, si lo vemos como un acto teatral.

Aunque yo no conocía al comerciante asesinado, una punzada de tristeza me golpeaba el pecho. ¿Por qué me importaba tanto un

hombre al que jamás vi con mis propios ojos? Tal vez, porque en su silencio, él era un puente. Nos traía noticias de otras torres, y al Majestic nos gustaba imaginar que, en otra vida, fuimos parte de una sola ciudad, no de estos feudos dispersos.

El arte florece en los bordes de la catástrofe, pero si el Clan del Comercio deja de funcionar, ¿quién traerá los pigmentos, los cuadernos, las cuerdas de violín, las partituras antiguas que aún quedaban en algún depósito? Tal vez la muerte del comerciante es también la muerte del intercambio simbólico, la caída final de la gran ilusión que mantenía en vilo nuestra cultura desgarrada.

09:10 Sentado en una silla coja, me puse a recitar en voz alta un poema que me venía molestando en la garganta desde que supe del disparo:

“El arma suena

Y con ella, el silencio de un pacto roto.

La sangre riega el asfalto,

Como savia roja de un árbol extinguido.

¿Quién disparó?

¿La mano o el odio?

¿La bala o el vacío?

En el Hotel Majestic,

Bebemos la nostalgia de un arte sin frontera.

Mientras, la ciudad se inclina hacia un abismo

Que tal vez llamemos

Destino.”

Cuando acabé, nadie aplaudió. El silencio se sintió como una sábana húmeda que nos cubría a todos. De pronto, oí un sollozo: la bailarina blanca, la misma que me preguntó antes por el disparo, lloraba con la cara entre las manos. Fue un instante de humanidad desnuda, sin espectáculo.

¿Quién disparó? ¿Fue la Torre Del Plata, con su obsesión científica? ¿Edificio Aconcagua, con sus insectos mutantes? ¿Las Torres Gemelas, expertas en francotiradores? ¿Alguna secta religiosa que cree en el Apocalipsis? ¿O un loco anónimo que quiso iniciar la llama de la destrucción total?

Nadie lo sabe. Pero el disparo ya ocurrió. Sus consecuencias viajan como un réquiem por el aire de cada edificio. En el Majestic, lo sentimos como un instante que incita la creación, aunque sea a costa de un cadáver.

—Saúl —me dijo Evelina en voz baja, acercándose para que la oyeran solo mis oídos—, si la guerra llega, ¿qué haremos nosotros?

—Seguir cantando, respondí. Seguir pintando, seguir recitando. No sabemos hacer otra cosa.

Ella asintió con un gesto triste, consciente de que, en un mundo que se quiebra, el arte a veces es un lujo que nadie se puede permitir. Pero también supo que, sin él, la humanidad quedaría vacía de espíritu.

El disparo que mató al comerciante resuena aquí con la acústica rota del Hotel Majestic. Somos exiliados de la cordura, traficantes de anhelos imposibles, artistas sin escenario salvo el derrumbe que nos rodea. Sin el Clan del Comercio, tal vez la torre se convierta en un claustro sin insumos. Sin la ilusión de intercambio, el arte se volverá un murmullo en un laberinto de tinieblas.

Pero, aun así, seguimos aferrados a un escenario improvisado la vida misma. La sangre en la calle es un recordatorio de que el tiempo se está agotando, que el pacto pende de un hilo, y que cada uno de nosotros deberá decidir si canta mientras la ciudad arde, o si aprende a disparar para no arder con ella.

Son las 09:15 cuando escucho un violín quejumbroso en algún piso superior. Suena a lamento, a réquiem, a bruma. Imposible saber si llora por el comerciante caído o por el mundo que se estremece. Acá, en el Hotel Majestic, incluso la muerte puede ser interpretada como un arte efímero.

Con mi bastón, tanteo el pasillo. No veo la luz, pero sí percibo la sombra de la tragedia envolviéndonos. Recuerdo aquella frase que me obsesiona:

“El arte es la forma por donde la realidad se desangra.”

Y pienso que quizá sea hora de que la sangre se convierta en tinta, o en música, o en danza. Porque si no lo hace, ¿qué nos queda? Solo el ruido sordo de la bala, repitiéndose en la memoria colectiva hasta que el último acorde humano se quiebre en un silencio eterno.

Capítulo 6 El Palacio de Agua

“Hay un solo tirano invencible: la sed.”

Soy Atalía, comandante del Ejército Azul en el Palacio de Agua. Nuestra torre antiguo edificio de tratamiento y distribución hídrica se erige como un coloso en la orilla mortecina del Riachuelo, reconvertido en pantano químico tras las catástrofes. Acá, en medio de conductos oxidados y depósitos que rezuman vapor, se custodia el líquido más sagrado de la civilización el agua potable.

El Clan del Comercio, con su balanza tallada en hueso, solía venir a nuestras puertas cada semana, pidiendo barriles y bidones para llevar a otras torres. Nosotros somos el Banco del Agua. Un sorbo de nuestra provisión compra favores, disipa sospechas, traza alianzas. Nadie atenta contra el Palacio de Agua o eso creíamos, hasta que la bala del amanecer rasgó el código no escrito que sostenía a la ciudad.

Ahora, un comerciante yace muerto en alguna calle. Y en las tuberías de mi torre, siento un cuchicheó distinto el del pánico goteando por cada poro, mezclándose con la humedad perpetua de estas paredes.

El Palacio de Agua, antes conocido como un edificio de Aysa, conserva su esplendor arquitectónico muros de estilo europeo, un frontispicio con relieves que evocan ninfas y tritones, ventanales altos que se abren a vistas desoladas. Pero ese lustre se pudrió en el olvido tras El Gran Fin. Hoy, los pasillos huelen a cloro y a metal oxidado. Las bóvedas de almacenamiento se convirtieron en un laberinto de tuberías que canalizan la vida misma hacia quienes pueden pagarla o negociar por ella.

Nuestro edificio es tanto un templo como una fortaleza. A diario, combatimos la corrosión y el asedio de los sedientos, esos que no pertenecen a una torre y vagan por las calles inundadas con la garganta seca. Por eso, formamos el Ejército Azul, una milicia que patrulla cada nivel para defender los depósitos y mantener la purificación en marcha.

08:11 Cuando el estruendo se oyó, yo me hallaba en el piso 4, revisando el panel de control de bombas. Nuestros indicadores de presión eran inestables esa mañana la sucia agua del Riachuelo necesita un proceso enrevesado para volverla bebible, y cada día es más difícil. En esa tensión técnica, escuché un quejido metálico, un sonar que no se parecía a las vibraciones de nuestras máquinas.

—¿Oíste eso? —le pregunté a uno de mis tenientes.

—Sí, comandante. Fue un disparo.

Había un matiz de certidumbre y terror en su voz: ¿quién osaría tirar del gatillo contra el Clan del Comercio?

08:20 Uno de nuestros vigías —un muchacho flaco, con ojos que recuerdan a un pez atrapado— vino corriendo. Decía que, por la radio, se supo del comerciante caído. Un disparo certero, un crimen inesperado. Me palpitó el corazón con la fuerza de una bomba hidráulica. La cadena de suministro de agua a otras torres a menudo dependía de esos intercambios. Y si el pacto sagrado de “No tocar a los comerciantes” se había roto, nada era seguro.

Ordené que se reforzaran las compuertas de seguridad. No sabíamos si habría represalias, bloqueos o acusaciones cruzadas. Alguien podría señalarnos a nosotros, o intentar asaltar el Palacio para acaparar agua y chantajear al resto de edificios. La sed es un arma más implacable que una bala.

En el Palacio de Agua mantenemos un ritual diario: a cada amanecer, el capellán laico del piso 10 entona un salmo hidrológico, recordándonos que sin H2O, no hay civilización que valga. Es una plegaria a medias entre la ciencia y el misticismo una letanía que suena cuando los primeros rayos de luz atraviesan las vidrieras manchadas de sarro. Esta mañana, la plegaria salió rota, interrumpida por la noticia del disparo. Y ese corte abrupto en la liturgia nos dejó malestar.

“Si pueden profanar la balanza, tarde o temprano intentarán profanar nuestro estanque.”

Nadie lo dijo en voz alta, pero todos lo sentimos.

08:45 En el piso 7, donde se conserva lo poco que queda del mobiliario original, nos juntamos los líderes del Ejército Azul. El capitán Merino, la oficial Ragusa, tres técnicos senior de purificación y yo, Atalía, a cargo de coordinar la seguridad. Había tensión en nuestras miradas.

—Comandante, habló Merino con su tono monótono, “se dice que el disparo pudo venir de las Torres Gemelas, o de la Torre Del Plata. Pero algunos sostienen que la bala viajó desde un punto más bajo, incluso desde el subterráneo. No hay certeza.”

—Lo sé —respondí—. ¿Alguna idea de cómo nos afectará este caos?

—Si el Clan del Comercio culpa a una torre en particular, podría estallar una guerra pactada en zonas neutrales. Tarde o temprano, nos pedirán lealtad o agua.

—Nadie toca nuestro estanque sin un pago justo —enfatizó la oficial Ragusa—. Somos neutrales abastecemos a quien respete nuestro territorio.

—La neutralidad muere cuando la paranoia nace —sentencié.

Nos miramos con la misma pregunta sin respuesta: ¿cómo seguir vendiendo agua al mundo si el pacto que mantenía cierta paz se desmorona?

09:00 Deambulé por el corredor principal, en cuyas paredes se alzan murales desconchados que antaño celebraban la abundancia del agua corriente. Escuché el gorgoteo de los conductos, cada burbujeo me sonaba a un recuerdo cavernario. Sentí la presencia de algo más que H2O en esas cañerías. Sentí el miedo colectivo de la ciudad fluyendo a través de cada gota, como si la sangre del comerciante hubiese contaminado simbólicamente toda el agua que compartimos.

Pasé junto a una habitación con un ventanal que daba hacia la avenida anegada. Ahí, entre la neblina, vi los restos de lo que fue un refugio de vehículos y algunas barcazas varadas. El cielo estaba gris, y el sol luchaba por abrirse paso entre las nubes envenenadas. Me pregunté si, en su última fuerza, el comerciante rogó un sorbo de agua, o si murió sin siquiera tiempo de pedir ayuda.

Acá, en el Palacio de Agua, la verdad se ve reflejada en un vaso. Si está medio lleno o medio vacío, depende de la voluntad de quien lo sostenga. Así hemos sobrevivido en este mundo fracturado regalando un sorbo al desesperado, vendiendo un barril a la torre que pueda costearlo, y realizando trueques con aquellos capaces de ofrecernos tecnología o protección.

Pero la bala del amanecer amenaza con cambiar las reglas. Si el Clan del Comercio deja de conectar a las torres, nosotros tendremos que decidir a quién dejamos morir de sed. Puede que se forme un eje de poder en torno a nuestro edificio, o que nos convirtamos en el blanco de todos los resentimientos. Porque cuando la sed aprieta, la compasión se evapora.

09:10 Me crucé con un joven recluta que portaba un fusil demasiado grande para él. Temblaba, no solo por el peso, sino por la incertidumbre. Lo invité a sentarse en un banco de hierro oxidado, bajo un viejo letrero que decía “Sala de Espera”.

—Tranquilo, le dije, nadie va a asaltar el Palacio hoy.

Él bajó la mirada, deshecho:

—Si han roto el pacto con el Clan del Comercio, ¿quién nos protege a nosotros?

Respondí, con la firmeza que aprendí en estos años:

—El agua nos protege. Mientras seamos los únicos que puedan purificar la podredumbre, todos nos necesitan. Pero no olvides que esa misma necesidad nos hace un botín codiciado.

Lo dejé allí, reflexionando sobre el peso de un fusil y la maldición de la sed que drena la cordura.

09:15 –Subí a la azotea, donde se ve gran parte de la ciudad derruida. Observé edificios grises, chimeneas moribundas, charcos de agua estancada en las calles, fracciones de puentes que colgaban como miembros amputados. La bala contra el comerciante era una gota de sangre en un océano de rabia contenida. ¿Sería la chispa que encienda la hoguera definitiva?

El viento me trajo un olor acre a productos químicos, recordándome que incluso el agua que purificamos es un simulacro de pureza. Sonreí con amargura: en un mundo donde lo sagrado se ha despedazado, nosotros somos la nueva deidad —el dios líquido—, y nadie, por devoto que sea, puede omitir un trago de agua si quiere sobrevivir.

Sin embargo, la sed es tirana, pero no clemente. Cuantos más mueran, menos bocas tendremos que saciar. Ese pensamiento me heló la sangre: ¿qué clase de monstruos seríamos si nos beneficiamos de la muerte de otros?

El comerciante, con su balanza, yace bajo tierra o en una morgue improvisada. Su sangre no llegará hasta aquí en términos reales, pero su ausencia sí. Nosotros, en el Palacio de Agua, escuchamos la

ciudad con cada insinuación de venganza. Sabemos que, si el flujo de comercio se detiene, cada torre se replegará a sus muros, y el siguiente blanco podría ser nuestro depósito, nuestra llave de vida.

Cuando desciendo de la azotea, me invade la certeza de que el agua que purificamos no está realmente limpia arrastra las culpas, las ambiciones y los miedos de todos. Aun así, en cada vaso que ofrezcamos, existirá la esperanza de calmar la sed, de enfriar la ira, de contener la anarquía.

Pero si la guerra llama a nuestras puertas, si alguien apunta sus rifles hacia este templo líquido, habremos de defenderlo. El Ejército Azul no tomará la iniciativa, pero tampoco se dejará doblegar.

Mientras recorro el pasillo final, escucho de nuevo el devenir de las tuberías, como si la propia torre se lamentara por la pérdida del comerciante y por el destino incierto de la ciudad. Afuera, el sol asciende su luz atraviesa los cristales sucios y se refleja en el agua contenida en un tanque de acero. Cientos de litros esperan, silenciosos, a quienes puedan llegar en son de paz o en son de saqueo.

La sed manda. La bala que asesinó al comerciante es una prueba de que no hay pacto inviolable. Me detengo y, desde la duda de mis pensamientos, me digo

“Que la sed no se convierta en arma.”

Pero ni siquiera estoy segura de que sea posible. Porque en esta ciudad enferma, quien domina el agua, domina la última esperanza. Y ahora que el pacto se fractura, cada gota puede volverse moneda de cambio o preludio de un nuevo disparo.

Capítulo 7 La Torre Roja

“Soñamos con un mundo sin amos ni dioses. Pero a veces, el fusil se adelanta al sueño.”

Me llamo Lenín. Es un nombre que heredé como legado revolucionario, no escogí llevarlo. Aca, en la Torre Roja, la política es más que un dogma es una forma de vida que empapa cada rincón, un aire denso con olor a promesa y resentimiento. Crecimos con la noción de que la injusticia es el verdadero enemigo, y que las armas, si se emplean, deben apuntar hacia la liberación, nunca hacia la traición.

Cuando me enteré de que un comerciante había caído esa mañana baleado en plena calle, con la balanza en hueso manchada de sangre,

me entró una punzada de euforia y miedo al mismo tiempo. Euforia, porque en la Torre Roja muchos anhelan agitar las aguas del orden establecido miedo, porque el Código de Supervivencia proscribe matar al Clan del Comercio. Y romper ese tabú, si no es parte de un plan, puede precipitar una reacción en cadena que arrase con todo, incluso con nuestras utopías.

08:11 El estruendo nos llegó como un ruido lejano que atravesó las láminas de metal y el concreto de la torre. Yo estaba en el piso 12, junto a otros jóvenes militantes, etiquetando provisiones colectivas bolsas de avena, legumbres, agua racionada que el Clan del Comercio nos había traído la semana pasada. Sí, irónico dependemos de ellos para sostener parte de nuestro sustento.

—¿Oíste eso, Lenín? —me preguntó Camila, con la cara preocupada.

—Claro que sí —dije, intentando no delatar el nudo en mi estómago —. Pareció un disparo y cerca.

La Torre Roja es un laberinto de pasillos pintados con consignas marxistas, banderas rojas que cuelgan del techo y murales desgastados que representan obreros alzando el puño en lo que alguna vez fue una gloriosa promesa de igualdad. Tras el Gran Fin, nos tomamos muy en serio la idea de reconstituir un “nuevo orden comunal” acadentro cada piso se especializa en un tipo de trabajo, y los escalones se decoran con citas de Marx, Lenin y otros teóricos.

Pero, al fondo de esta gran fraternidad, siempre yace el impulso revolucionario que algunos interpretan con fervor ciego. Me

pregunto si uno de ellos tal vez un camarada radicalizado se atrevió a disparar contra el comerciante, queriendo encender la mecha de un cambio violento y total.

08:20 Poco después, confirmaron la noticia: “Un comerciante ha sido abatido en la calle. Nadie reivindica el ataque.”

Algunos en la Torre Roja reaccionaron con júbilo reprimido, otros con estupefacción. Más de uno gritó:

—¡Ya era hora!

—¿De qué? —replicó un viejo veterano—. ¿De que nos culpen a todos y nos caigan encima?

Me invitaron a subir al piso 15, donde se congrega el Consejo Revolucionario. Ahí, entre retratos de viejos líderes pintados con rojos descascarados, se discutía si este disparo era fruto de un plan auténtico o de una movida irresponsable. El camarada Artemio, que lidera la asamblea con voz ronca, golpeó la mesa y exigió explicaciones.

—¡Necesitamos saber si ha sido uno de los nuestros! —exclamó, encendiendo una pequeña radio para buscar noticias de otras torres. Se oían interferencias y palabras inconexas, nombres de posibles sospechosos.

Nadie confesó nada.

En secreto, temo que alguien de nuestro edificio haya planeado este golpe sin consultarlo con la mayoría. Podría ser Carla la Férrea, una

compañera de armas que no tolera la diplomacia con el Clan del Comercio. O tal vez Sergio el Incendiario, que habla de dinamitar el pacto y forjar uno nuevo “sin mercaderes”. O quizá fue un solitario, un francotirador rebelde que quiso desencadenar la revolución por su cuenta.

—Lenín, me susurró Camila cuando bajamos las escaleras. “¿Creés que fuimos nosotros?”

—No sé, respondí con el corazón estrujado. “Espero que no. Esto podría arrastrarnos al desastre.”

Por más fervor ideológico que tengamos, todavía creemos en el pacto de no destruir edificios. Y tocar al Clan del Comercio es un sacrilegio casi igual de grave. Si hemos de cambiar el mundo, que sea a través de la organización colectiva, no de un disparo suelto.

09:00 La Torre Roja hierve de discusiones. En la cocina comunal, donde se reparten las raciones matutinas, veo que nadie toca su taza la tensión está en el aire. En el patio interior del piso 5, un grupo debate a gritos si debemos reivindicar el ataque para “asumir la vanguardia”. Otros los acusan de imprudentes y temerarios.

—¡Si no reclamamos la autoría, otros nos la atribuirán igualmente! — grita uno, exaltado.

—¿No entendes que esto podría aislar a la Torre Roja de toda la ciudad? —responde otro, intentando calmar los ánimos.

Ese es el espejo que nos muestra nuestra paradoja queremos derribar el viejo orden, pero no a costa de perder lo poco que nos mantiene vivos. Y en este mundo colapsado, las torres no pueden sostenerse solas sin intercambio básico, sin un mínimo de paz.

Veo a camaradas con la mirada cansada, ansiosos de creer que este disparo es el comienzo que encenderá la llama de la revolución. Sus pupilas brillan con la misma intensidad con que se ven brillar los murales rojos a la luz tenue de los generadores. Alguno se atreve a gritar

—¡El Clan del Comercio es solo una burguesía disfrazada!

—Sí, pienso, pero si su cuerpo es la burguesía, su sangre nutre el último hilo de trueque que tenemos con otras torres.

Me zambulle un sinsabor amargo: ¿Es este el momento de saltar al vacío o de fortificar nuestras alianzas? No tengo respuesta clara. Para unos, la bala es la hoz que siega la cabeza del capitalismo en su forma más pura. Para otros, es la peor violación del código que nos mantenía a salvo de un caos mayor.

09:10 Subo solo al balcón del piso 18, donde nadie me ve. Necesito aire. Miro hacia la ciudad columnas de humo y antenas rotas. El sol perfora la niebla tóxica, iluminando techos que parecen un pasado glorioso. Me pregunto qué hubiera dicho Marx si viera esta distopía, si entendería que aquí la lucha de clases se mezcla con el instinto de supervivencia más crudo.

Más abajo, en la calle, alcanzo a distinguir el movimiento de gente que se agolpa en torno al cuerpo del comerciante o lo que queda de él. No tengo una mira telescópica, pero imagino la sangre seca y el símbolo de la balanza caído en el asfalto. ¿Fue la Torre Roja? ¿Otra torre que nos quiere incriminar? ¿O un loco sin bandera?

El viento me trae el olor agrio de basura quemada. Me cubro la boca con un pañuelo. De fondo, suenan sirenas que no sé de dónde provienen quizás un aviso de otras torres que cierran sus compuertas.

En la Torre Roja decimos creer en la hermandad de todos los oprimidos. Sin embargo, también hemos promovido, en otros tiempos, “acciones directas” contra quienes consideramos parte del viejo orden. ¿En qué momento se quiebra la línea entre la liberación y la masacre? ¿Cuándo un disparo es justa o un crimen que merma la esperanza de construir algo nuevo?

No sé si me aterra más la culpa de que seamos responsables, o la posibilidad de que alguien esté urdiendo un plan para culparnos y luego aplastarnos. A fin de cuentas, somos una torre que vive con pasión revolucionaria somos el blanco ideal para un golpe bajo.

09:15 Vuelvo al piso 15. Artemio, el líder, habla con verdades:

—Compañeros, no vamos a asumir una autoría que no nos pertenece. Pero si alguien quiso romper el pacto para hundirnos, haremos frente con todos nuestros medios.

La asamblea escucha con tensión contenida. Camila me observa, buscando en mi rostro una señal de que todo estará bien. No la encuentro.

Me quedo en silencio, mientras se discute si enviaremos emisarios a las otras torres para desmentir la acusación. Pienso en la fragilidad de las revoluciones en este mundo devastado la bala no discriminó al comerciante, y podría no discriminar a ninguno de nosotros si el resto de las torres decide castigarnos sin pruebas.

El eco de consignas revolucionarias resuena en los pasillos, pero hay algo roto en su tonalidad. Como si la muerte del comerciante hubiese desenmascarado la dualidad de nuestros ideales anhelamos un nuevo orden, sí, pero no a cualquier costo.

Mientras la asamblea se alarga, siento que cada segundo tiende una noción entre la ilusión y el abismo. La Torre Roja se llena de emociones, planes de contingencia, proclamas de dignidad. Y yo, Lenín, me pregunto si este disparo no es el preludio de una guerra pactada que nos arrancará la poca libertad que tenemos.

Hoy, la ciudad entera se estremece. Un solo tiro bastó para hacer caer los cimientos de nuestra fe en el código. Acá, rodeado de banderas rojas y frases revolucionarias, me doy cuenta de que ningún ideal resiste la sed de sangre si se pierde el rumbo.

¿Quién disparó? El vacío responde con silencio.

¿Seremos nosotros los próximos en caer? La duda corroe mi conciencia.

Entre estas paredes pintadas de esperanza y rabia, solo sé que este día es la primera herida de nuestra utopía. Y que si no la curamos con sabiduría y solidaridad, podría abrirse una brecha que devore la torre entera.

Capítulo 8 La Torre Marrón

“El orden es la materia prima de la supervivencia.”

Me llamo Oficial Gálvez. En la Torre Marrón, los nombres propios no importan demasiado lo que vale es el rango y la eficacia. Ocupo un puesto medio en la jerarquía, pero aspiro a ascender, porque acá ese verbo ascender no solo significa subir de piso, sino escalar en la pirámide de mando.

Nuestra torre, antaño un ministerio gubernamental, se presenta como un coloso de concreto y vidrio ambarino. Las ventanas, herméticas, filtran la luz pálida del exterior y permiten controlar la temperatura, la ventilación e incluso, según cuentan los viejos

manuales, la moral de quienes habitan dentro. Para la mayoría de los edificios somos “fascistas tecnocráticos”, un término que a nosotros no nos ofende. Creemos que la humanidad se mantiene en pie cuando la disciplina supera al caos, y cuando la tecnología se pone al servicio de la obediencia.

08:11 Cuando ese proyectil rompió la calle, clavándose en el comerciante, yo estaba en el Piso 14, revisando unos reportes de vigilancia sobre la Torre Roja. Acá se multiplican las tareas de “Control y Estadística”: nos orgullecemos de poseer un sistema de archivo impecable que registra cada entrada y salida de personas, cada movimiento de bienes y cada conversación relevante interceptada por nuestros paneles de escucha.

No pude oír el disparo directamente nuestras paredes están reforzadas, y los corredores recubiertos con aislamiento acústico, pero a los pocos minutos me llegó un comunicado encriptado desde el “departamento de Observación Exterior” (Piso 20). Decía

“Confirma explosión sónica identificada a las 08:11. Posible disparo. Reportan comerciante herido o caído.”

Lo leí con la misma expresión impasible con que leo cualquier noticia de disturbios ajenos. Sin embargo, algo en mi estómago se tensó. Tocar al Clan del Comercio estaba prohibido por el pacto tácito que

todos, incluso nosotros, habíamos aceptado para no precipitar la barbarie. Infringirlo suponía reabrir las puertas de una guerra que nuestra torre se ha preparado a librar, aunque siempre hemos preferido la victoria limpia, sin que se nos manche el nombre.

08:20 La información llegó como un vendaval. Subí en el ascensor blindado hasta el Piso 25, donde se emplaza la “Sala de Mandos.” Una voz metálica recitó mi rango y mi permiso de ingreso antes de abrir la compuerta. Dentro, un recinto con paneles de control, pantallas de monitoreo y un puñado de oficiales, todos vestidos con uniformes marrones de corte militar.

—Oficial Gálvez, ¿qué sabe del suceso? —interrogó el Comandante Sáez, un hombre de mandíbula rígida y una mirada que no pestañea.

—Solo la información preliminar, comandante. Un disparo, un comerciante caído. Sin confirmación de autoría.

—¿Podría ser la Torre Roja? —preguntó él, con un dejo de esperanza oscura, casi ansioso de culpar a su enemigo ideológico.

—Posible, señor. Pero también hay indicios de que las Torres Gemelas son expertas en tiros de largo alcance —Me contuve de proseguir cuando noté su malumor.

Acá, la cadena de mando exige precisión. No se toleran especulaciones gratuitas. Sin embargo, toda la Torre Marrón ha soñado, en sus pasillos más oscuros, con la oportunidad de aniquilar o someter a quienes rompan el pacto. ¿Sería esta nuestra ocasión?

Nuestro credo es un híbrido de fascismo y tecnocracia creemos en la jerarquía como fuerza motriz, en la exactitud de los registros y en la eficiencia de la maquinaria estatal. Cada piso aloja un departamento Policía de Pasillos, Oficina de Estadísticas de Supervivencia, Taller de Armas Ligeras, Archivo de Ciudadanos, etc. Acá no rezamos a ningún dios, sino a la lógica de los números, a la “geométrica social”que reduce lo humano a variables manejables.

De forma pública, defendemos el Código de Supervivencia: no destruir torres, no atacar al Clan del Comercio. Pero en los rincones, algunos altos mandos anhelan una purga sistemática de “elementos peligrosos”: anarquistas, comunistas, mutantes genéticos, caníbales que, a su juicio, corrompen la posibilidad de un orden perfecto.

08:35 Tras un intercambio de datos y conjeturas, el Comandante Sáez se volvió hacia mí:

—Gálvez, encárguese de investigar cualquier vínculo del disparo con nuestros hombres. Verifique si alguno de nuestros agentes tenía permiso para rondar las calles neutrales esta mañana.

—A sus órdenes, señor.

Lo interpreté como un encargo delicado quería asegurarse de que no fuéramos nosotros quienes hubiéramos disparado (o, si lo fuimos, tener la información para cubrirlo o negarlo). El Comandante entiende que, si la Torre Marrón resultara ser la autora, se encendería una amenaza demasiado pronto para nuestros planes futuros.

Descendí a la Oficina de Disciplina Interna en el Piso 18, un espacio cuadrado, sin ventanas, abarrotado de archivadores y monitores. Allí, un puñado de analistas rastrean permisos de salida y entradas de cada soldado y civil bajo nuestra jurisdicción. El zumbido de ventiladores y la luz blanca de los fluorescentes creaban un ambiente clínico, casi inhumano.

—Verifiquen quién obtuvo pase para salir al amanecer, ordené, dejando mi portapapeles sobre una mesa.

Los analistas, sin levantar la mirada, teclearon en silencio. En la Torre Marrón, la obediencia es automática no hace falta gritar ni suplicar. El miedo a la sanción es suficiente para que todos cumplan.

Mientras esperaba los resultados, me sorprendí pensando: “Si fuimos nosotros, ¿quién dio la orden? ¿El Comandante? ¿Un oficial fanático? ¿Un grupo marginal que sueña con hundir el pacto y desatar la supremacía de nuestro régimen?”

La verdad es que, si la bala vino de esta torre, no sería un acto libre ni improvisado, sino una pieza de una jugada mayor para legitimar una intervención militar en toda la ciudad.

08:50 Los analistas me entregaron un informe escueto ninguna salida oficial autorizada a esa hora, ningún permiso de francotirador. Eso no descartaba la posibilidad de un “agente rebelde”, pero al menos me daba un alivio frente al Comandante Sáez. Subí a rendir cuentas, con el informe en mano.

—Ninguno de nuestros hombres salió, Comandante. Aparentemente, no fuimos nosotros.

—Bien, asintió con sobriedad. “Entonces que alguien se prepare para afrontar nuestra respuesta.”

No pedí aclaraciones. En la Torre Marrón, las decisiones de represalia se cuecen con lentitud, pero se sirven hirviendo.

09:00 Cada mañana, un equipo de “inspectores de moral” recorre los pisos preguntando a la gente cómo se siente, qué piensa del estado de la ciudad, si ha oído rumores. Hoy, en lugar de predicar trivialidades, muchos empleados se mostraban ansiosos por saber quién desafió el código. Unos vociferaban

—¿Acaso no es hora de actuar con mano firme?

En el fondo, existe un anhelo de demostrar que nuestro sistema es el único viable. Si hallamos un culpable, sea la Torre Roja, la Catedral, los subterráneos o cualquier otro, podremos exigir su sumisión, alegando que han profanado el pacto. El discurso oficial sería simple: “Nosotros no provocamos el caos lo reprimimos en pos del orden.”

09:10 Me trasladé a la Sala de Inteligencia Geoestratégica, en el Piso 27. Ahí, un gigantesco mapa de la ciudad cubre la pared principal, con pequeños focos de luz indicando los edificios clave y las rutas neutrales. Varios analistas ven datos, revisan grabaciones, interceptan cualquier transmisión que encuentren.

Uno de ellos me llamó:

—Oficial Gálvez, tenemos un informe de que la Torre Roja se encuentra en asambleas internas. Ellos están nerviosos.

—Claro. Son los sospechosos inmediatos.

—También se barajan las Torres Gemelas. Su historial de tiro nocturno es conocido.

Asentí. El disparo ocurrió de día, y las Gemelas son maestras en la noche pero nada impide que una francotiradora se mueva en otra franja horaria.

—Y la Torre Del Plata —añadió el analista—, podría interesarse en un colapso controlado para estudiar la “mutación social.”

Cada torre tiene su propia lógica torcida. Cada una saca provecho de la fragilidad del pacto, como buitres alrededor de un moribundo.

Abandoné la sala con un cúmulo de pensamientos. La Torre Marrón pregona la supremacía del orden sobre el caos. Sin embargo, este incidente de la bala nos pone en una posición ambigua:

Si nos quedamos de brazos cruzados, podríamos parecer débiles.

Si actuamos sin pruebas, nos acusarían de autoritarismo. (Bueno, sí, lo somos, pero nos conviene disimularlo hasta ser invencibles.)

Miré mi reflejo en un espejo blindado del corredor: el uniforme marrón, la placa con mi rango, la pistola en el cinto. Recordé la máxima que nos enseñan desde el adiestramiento:

“El orden es la materia prima de la supervivencia.”

¿Podremos mantener ese orden si el comercio se quiebra y las torres empiezan a acusarse unas a otras? ¿No será esta la oportunidad que algunos altos mandos esperaban para imponer un nuevo régimen sobre la ciudad?

Son las 09:15. Un nuevo reporte avisa que el Clan del Comercio exige explicaciones, y que muchas torres cierran sus puertas por miedo a represalias. Las calles huelen a pólvora y sospecha.

En mi fuero interno, percibo el hormigueo de la ambición: si jugamos bien nuestras cartas, la Torre Marrón puede emerger como garante del orden, aplastando cualquier foco de disidencia. Pero también me inquieta la sombra de que tal vez fuimos nosotros, con alguna operación encubierta, quienes desencadenamos este caos. El Comandante Sáez —o alguien por encima de él— pudo haber dado la orden para luego tejer un pretexto de intervención.

No sé qué me espanta más: la posibilidad de una guerra pactada donde demostremos nuestro poder, o la evidencia de que incluso dentro de esta torre podría haber facciones jugando a espaldas de nuestra jerarquía.

Mientras camino hacia mi despacho, el sonido de mis botas resuena en el silencio del pasillo. Paso frente a un gran mural que exhibe hombres y mujeres uniformados, con la mano alzada en señal de lealtad. Un letrero reza

“La voluntad del individuo se somete a la causa suprema.”

Pienso en el comerciante abatido y en el rompecabezas de intereses que se desmorona en la ciudad. El pacto es frágil. El disparo ha resonado en todos los pisos, incluso en los nuestros, tan aislados y disciplinados. Ahora, cualquiera podría encender la llama definitiva.

Quizá esa sea la ocasión para la Torre Marrón de extender el orden definitivo, o quizá el principio de nuestra propia ruina. El tiempo dirá. Entretanto, mantengo mi mirada firme y mi informe pulcro, como se espera de mí. El orden debe prevalecer, sin importar cuántas balas se crucen en su camino.

Capítulo 9 Los Subterráneos

“La superficie es una quimera. Aquí abajo, la oscuridad es la única verdad.”

Me llamo Águila Gris, líder de uno de los clanes que habitan bajo el asfalto y las ruinas del antiguo subte de Buenos Aires. Nací sin ver la luz del sol, y en mi adolescencia aprendí a cazar ratas más rápido que a leer. Acá abajo, en las entrañas de la ciudad, la civilización de

los edificios nos parece un mito frágil un montón de estructuras verticales que fingen sostener un pacto inútil.

Nos llaman “los Subterráneos” o “los hombres topo”. Dicen que somos salvajes, que no respetamos las leyes de arriba. A veces, tienen razón. Vivimos de lo que otros desechan emergemos por las viejas bocas de subte para saquear cuando la necesidad es insoportable. Pero cada linaje del subsuelo conserva su propio honor y su manera de ver el mundo.

08:11 Esa mañana, la penumbra de nuestros túneles estaba en calma relativa. Nuestros fuegos de hojalata chisporroteaban, y unos niños jugaban a perseguir cucarachas entre los durmientes oxidados. Fue entonces cuando oímos un estruendo provenir de la superficie, un sonido seco, como de trueno embotellado.

No era inusual escuchar explosiones o gritos desde arriba, pero algo en ese estampido me heló la sangre. De algún modo, olía a traición. Sentí el temblor de las vigas, apenas imperceptible, y supe que un trozo de la realidad se había desprendido.

—¿Qué pasa, Águila Gris? —preguntó mi hijo adoptivo, Tapir, con ojos asustados.

—Nada bueno —murmuré, sin querer alarmarlo—. Quizá sea otra de sus guerras tontas.

08:20 – Los primeros rumores descienden

Entre nosotros hay quienes se atreven a subir a la superficie para espiar. Uno de ellos regresó corriendo por los túneles hasta nuestra guarida. Bajó por un tramo derruido que antaño fue la Línea E, si recuerdo bien. Se llamaba Pozo, un escurridizo que conocía cada boca de alcantarilla como la palma de su mano. Venía jadeando, con el rostro surcado de hollín y miedo.

—Mataron a un comerciante —espetó, todavía sin aliento—. Lo vi en la calle, todo ensangrentado. Llevaba esa cosa de hueso que usan, la balanza

—¿Estás seguro? —pregunté, sintiendo un nudo en el estómago.

—Más que seguro. La gente de arriba está aterrada. Cierran compuertas y culpan a todos. A nosotros, a la Torre Roja, a las Gemelas

Ya me imaginaba. Un solo disparo podía incendiar la desconfianza entre las torres. Y cuando eso ocurre, los Subterráneos solemos ser los primeros a quienes culpan dicen que nuestras manos roban, que somos parásitos. Nadie entenderá jamás que solo queremos sobrevivir, igual que ellos.

El disparo contra un comerciante no nos dejaba indiferentes. Por mucho que la superficie nos mire con asco, hemos dependido de esos mensajeros para conseguir medicinas, filtros de agua o piezas de metal que mantenían en funcionamiento nuestro precario generador. Más de una vez, he intercambiado pieles de animales cazados y hongos mutados por algún bidón o herramienta.

Matar a uno de ellos arrastra consecuencias. El pacto sagrado que mantenía una mínima cordura entre las torres se rompe. Nos preocupa, porque sabemos que las batallas de arriba siempre terminan filtrándose a nuestros túneles, como agua sucia.

08:45 Convocamos a un consejo improvisado en el viejo andén de la estación Boedo o lo que queda de él, debajo de una iluminación tenue que proviene de unos tubos fluorescentes rescatados. Nos reunimos tres clanes subterráneos: el mío (los Lobos de Concreto), los Hijos del Humo y la tribu de Culebra Bravía.

—No tardarán en acusarnos —se adelantó un hombre flaco, con la cara marcada de cicatrices—. Dirán que fuimos nosotros, los “hombres topo,” porque no respetamos su ley.

—Tal vez sí fue alguno de nosotros —refutó Culebra Bravía, escupiendo al suelo—. ¿Y qué? ¿No es el Clan del Comercio otra forma de dictadura?

Mi sangre se encendió. Era cierto que no todos los subterráneos estábamos a gusto con el monopolio de los comerciantes. Para algunos, un disparo no es más que un ajuste de cuentas.

—No quiero una cacería sobre nuestras cabezas —rebatí—. Si arriba explota la guerra, terminarán sellando todas las alcantarillas y nos matarán de hambre y pestes.

Las voces se alzaron en un zumbido de rabia y resignación. Somos rudos, vivimos en la miseria, pero no somos tontos: un

enfrentamiento masivo arriba suele obligar a todos a atrincherarse, y nosotros quedamos sin salidas ni provisiones de emergencia.

09:00 —¿Alguien sabe quién disparó? —pregunté, mirando a cada jefe tribal. Los rostros denotaban desconfianza. Nadie confesó nada.

—Pozo vio el cuerpo, pero no vio al tirador —dije con firmeza—. “Hasta donde sabemos, pudo ser cualquier torre, o incluso un loco o un fantasma.”

El silencio se hizo pesado. Los niños jugaban entre los escombros con juguetes hechos de latas oxidadas, y pensé en su futuro. Sin el comercio, no habría antibióticos para la próxima epidemia sin un mínimo de paz, bajaría la milicia de alguna torre y limpiaría nuestros túneles de “lacras” (como suelen llamarnos).

Bajé la voz para que solo mis aliados más cercanos escucharan

—Podríamos cerrar nuestros pasadizos hacia la superficie por un tiempo. Dejar que ellos se peleen.

—¿Y comeremos qué? —me rebatió un joven con el torso cubierto de tatuajes.

—Lo que siempre. Ratas, hongos, vida subterránea.

Me miró con una mueca agria. Acostumbrarse a la escasez es un arte que dominamos, pero no es nada placentero. De todos modos, en el fondo, sabía que el mejor movimiento era mantenernos alejados del caos que se avecinaba.

Entre nosotros, corre una leyenda antigua dicen que en algunos túneles vive un “asesino fantasma” que dispara flechas o balas a quien ose entrar sin permiso. Pura leyenda, supongo, pero también es verdad que en la oscuridad no hay testigos. Si alguien de abajo subió a matar al comerciante, lo habría hecho con una motivación muy concreta sabotear la frágil paz para hundir a las torres en la confusión.

—Águila Gris, hablo Tapir, mi hijo—. ¿Creés que nos vendrán a buscar?

—No lo sé, hijo.

—Tengo miedo.

—Lo sé —agregué, mirándolo con ternura—. Pero recuerda: acá abajo, la oscuridad es nuestra aliada.

09:10 Decidimos reforzar las barricadas en las principales bocas de subte. Alzamos cortinas de basura y tablones para impedir el paso, al menos hasta que la situación de este disparo se asiente. Mientras tanto, algunos clanes más belicosos se arman con lanzas improvisadas y pequeños revólveres herrumbrosos, por si alguien osa venir a buscarnos.

Yo no quiero otra guerra. Bastante con la que ya libramos cada día contra el olvido y el hambre. Pero sé que las torres de arriba, en su afán de encontrar culpables, podrían organizar redadas. No sería la

primera vez: cuando algo sale mal, apuntan al “monstruo” que vive bajo el suelo.

Mientras superviso la colocación de trampas en uno de los túneles, me pregunto qué queda de la ciudad humana en esas torres verticales. Ellos se creen la cima de la evolución, pero parecen ignorar que la tierra que pisan tiene cimientos huecos nosotros, las corrientes subterráneas, el barro y las alimañas que rumian en la penumbra. Si el pacto se quiebra y la violencia se expande, ¿acaso no se resentirán esos cimientos?

Tal vez los de arriba se derrumben antes que nosotros. Aquí sabemos adaptarnos, arrastrarnos, sobrevivir en la mugre. En cambio, ellos fingen un orden que se resquebraja con un solo disparo.

09:15 Concluimos la reunión. Cada clan toma su parte del subte, sellando los accesos que considera esenciales. Nos despedimos con un apretón de manos, conscientes de que el subsuelo se va a dividir aún más. Un aire de presagio me pesa en el pecho la bala no se detuvo en la superficie su eco perforó la tierra y llegó hasta nosotros.

Mientras caminamos por los rieles abandonados, oigo el chorreo de agua residual y el aleteo de murciélagos. La oscuridad nos envuelve como un manto viejo y desgarrado. Miro a Tapir, que sujeta mi mano con fuerza.

—Ojalá no nos culpen expresa, bajito.

—Nos culparán, seguro —le digo, con amargura—. Pero a mí no me preocupa su culpa. Me preocupa su castigo.

El disparo que segó la vida del comerciante arriba podría ser el preludio de una limpieza masiva aquí abajo. O tal vez los edificios se enreden en su propia guerra, y a nosotros ni nos toque. Aun así, la intriga me carcome: ¿y si el asesino salió de nuestras sombras? Al fin y al cabo, no somos santos, y la noche es propicia a la venganza de cualquiera que odie ese falso orden de las torres.

Me persigno ante el dios desconocido del subsuelo, pidiendo que no nos aplaste la furia que viene. Aferrarme a esa tenue esperanza es lo único que me queda.

Acá abajo, la superficie nos parece un espejismo lleno de rascacielos sostenidos por mentiras. Pero si se desmorona esa ilusión, la oscuridad de nuestros túneles podría ser el último refugio verdadero o la tumba de todos.

Capítulo 10 La Torre Caníbal

“Comer la carne ajena es devorar su memoria.”

Me llamo Tahira, acólita de la Torre Caníbal. Acá, decimos sin hipocresía lo que muchos temen confesar: la guerra siempre se alimenta de carne humana. Nosotros solo hemos consagrado ese acto en un ritual sacro. No es sadismo, es una forma de perpetuar la memoria de los caídos y absorber su esencia. Por supuesto, la ciudad entera nos ve como monstruos.

Nuestra torre se alza sobre lo que solía ser un viejo complejo habitacional en la periferia. Desde lejos, solo parecen bloques de concreto gris con trapos rojos colgando de las ventanas, pero cuando uno entra, los pasillos están adornados con huesos tallados, fetiches de cráneos y un sinfín de símbolos pintados con sangre animal, a veces humana. No lo negamos: aquí practicamos la antropofagia. Sin embargo, nos ceñimos a un código interno: jamás nos abalanzamos sobre los vivos; devoramos a los muertos que se ofrecen como tributo o a los que la guerra deja sin dueño. Es nuestra forma de creer en la transmigración de sus historias.

08:11 Esa mañana, yo estaba en el Piso 6, encargada de supervisar un “banquete fúnebre”: un anciano de nuestra comunidad había muerto durante la madrugada por causas naturales, y sus descendientes quisieron rendirle honor ofreciéndolo al ritual. En nuestro altar improvisado, un fuego débil se mostraba y el aire olía a especias y carne asada.

Fue en ese instante cuando escuchamos el estruendo que partió la ciudad. Sonó lejano, pero inconfundible: un disparo seco, cargado de

presagio. Una de las sacerdotisas mayores, Ibnari, alzó la cabeza de golpe:

—Esto no es un ruido cualquiera, Tahira. Alguien ha violado el pacto.

08:20 No tardó en llegar la noticia: un comerciante del Clan fue abatido en la calle. Entre nosotros, las reacciones fueron mixtas. Algunos exclamaron con fervor:

—¿Acaso su cadáver vendrá a nuestro altar?

—¿Quién se atreverá a profanar la balanza sagrada?

La verdad es que no codiciamos la carne de un comerciante muerto por simple barbarie. Nuestro rito no celebra la violencia banal aunque la ciudad nos catalogue como salvajes, nos consideramos custodios de la carne la devoramos para no desperdiciar la vida que se extingue. Pero si su sangre cayó por un crimen sin honor, se contamina con el odio y el caos de quien lo mató.

08:30 Bajé a un salón conocido como “La Sala de Cráneos”, donde guardamos los restos de antiguos jefes de la torre. Allí, con el hollín de las antorchas cubriendo las paredes, un consejo de caníbales debatía a voces. Entre ellos estaba Kemal, uno de los líderes del ritual de la carne:

—Este disparo lo cambia todo, vociferó con su voz áspera. “El pacto ya no vale nada pronto las torres se matarán entre sí. ¡Un festín de cadáveres nos aguarda!”

—Cállate, lo reprendió Ibnari—. “No somos carroñeros que celebran cualquier matanza. Si la guerra llega, nos arrastrará a todos. Piensa con la cabeza, no con las fauces.”

Yo escuché en silencio, asintiendo. Bien o mal, el Clan del Comercio mantenía ciertos abastecimientos que a veces intercambiábamos por sal, plantas o carne curada en ritual. Sus emisarios no se atrevían a entrar a nuestra torre, pero en más de una ocasión acordamos dejarles cadáveres hallados en las calles que eran de otras torres y sin herederos para evitar escándalos. Con su muerte, ese tipo de intercambio podía verse cancelado.

Para nosotros, la carne es la morada última de la memoria. Creemos que, cuando comemos a nuestros difuntos (con su previo consentimiento y bendición familiar), sus recuerdos y su fuerza interior pasan a la comunidad. Es un modo de preservar su legado. Sin embargo, cuando alguien muere de forma violenta e irrespetuosa, esa carne queda “impura,” cargada de resentimiento. Nadie sabe si su devoración no traería consigo una maldición.

El comerciante asesinado, entonces, no significaba un festín sagrado, sino el auge de lo profano: un rompimiento brutal del pacto que nos deja vulnerables a la inminente colisión entre torres.

08:45 En los corredores pintados con escenas de cacerías tribales, corrieron versiones de que alguna facción caníbal renegada pudo haber subido a la calle a disparar. Era una acusación que nos indignaba. Pese a nuestra fama sangrienta, no vamos por ahí

disparando a gente inocente si la sangre no es un regalo ni viene de un enemigo legítimo que nos atacó primero, violar la carne se volvería una ignominia.

Aun así, no falta quien piense que bastaría una bala para desatar la guerra total, y con ella, abundancia de cuerpos. Ese tipo de razonamientos me revuelve las entrañas una cosa es celebrar la unión con la carne de quienes nos antecedieron, y otra muy distinta es provocar la matanza. El canibalismo no es un anhelo de muerte es una ceremonia que reconoce la inevitabilidad de morir.

09:00 Volví al Piso 6, donde el anciano fallecido ya estaba casi consumido por las llamas del ritual. Un humo espeso inundaba la estancia. Varios acólitos rodeaban la hoguera, rezando oraciones guturales para guiar el espíritu del difunto. No solemos desperdiciar carne fresca, pero este anciano lo había pedido: “Que mis restos alimenten solo el fuego, no el cuerpo de nadie.” Le respetamos la voluntad.

Mientras recitábamos las plegarias, irrumpió Hamsad, un joven con la cara pintada de rojo sangre. “He escuchado en la radio clandestina”, dijo, “que todas las torres están estremecidas y con paranoia. Buscan culpables por doquier.”

—Y sabés —agregó con labios secos—. Siempre nos culpan a nosotros de la barbarie.

Apreté los dientes. No es la primera vez que la ciudad nos señala como asesinos por el simple hecho de practicar el canibalismo ritual.

Temía que llegara un escuadrón armado a “limpiar” nuestra torre, sin distinción de si habíamos disparado o no.

09:10 Decidimos subir a la azotea, llamada la “Terraza Roja” por el color de los paños colgantes. Desde allí contemplé el horizonte: techos semiderruidos, tendederos de ropa, antenas fracturadas. El sol atravesaba un velo tóxico de nubes. A lo lejos, las demás torres se alzaban como tétricas agujas en un cementerio colosal.

Alguien me pasó unos binoculares viejos. Con algo de suerte, se divisaba una mancha oscura en la calle donde había caído el comerciante. Me estremecí, imaginando la sangre tiñendo el suelo, la balanza rota. ¿Acaso ese cuerpo llegaría hasta nosotros de algún modo? ¿Nos lo ofrecerían los subterráneos o los saqueadores, como ofrenda de paz o venta? Preferí no responderme.

La brisa trajo un olor oxidado que me recordó la esencia de la carne quemada en nuestro piso 6. Sentí mi garganta áspera en la Torre Caníbal carecemos de lujos, el agua es escasa y la comida se basa en carne animal e insectos, con el ritual del difunto como un pico de solemnidad. Pese a la fama tétrica, no vivimos en abundancia perpetua estamos tan desesperados como los demás.

Una anciana a mi lado esbozo:

—Cuando la sangre corre sin razón, el espíritu se pudre.

Asentí: la idea de un festín de cadáveres por el simple hecho de que estalle una guerra me repugna. Por mucho que en otras torres nos

vean como bestias, nuestro dogma exige un consentimiento sagrado, un contexto ritual. No somos chacales que se arrojan sobre la carroña. Queremos la memoria, no la matanza gratuita.

09:15 Bajamos de la terraza con el ánimo enrarecido. Los pasillos lucían más oscuros que nunca, las antorchas alumbran sombras en las paredes, y en mi mente resonaba la idea de que esta bala podría empujarnos a un abismo mayor las torres encendidas por la irá, el Pacto de Supervivencia hecho añicos.

Cuando pasé cerca de la Sala de Cráneos, oí a Kemal discutiendo con otros caníbales entusiastas planeaban reforzar la defensa y “preparar las mesas” por si llegaban cuerpos de la inminente guerra. Me detuve con el corazón apretado esa mentalidad me parecía demasiado cercana a la barbarie pura, sin reflexión. Somos un culto que abraza la carne como ceremonia de continuidad, pero jamás deberíamos celebrar que la vida se apague por un crimen sin honra.

En la Torre Caníbal, reina la agitación. Queremos creer que este disparo no es señal de un éxodo de cadáveres sin sentido, que no nos arrastrará a una orgía de sangre maldita. Sin embargo, también sabemos que el odio de los demás edificios recae con facilidad sobre quienes consideran “bestias” o “blasfemos.” Si el Clan del Comercio exige venganza, ¿cuánto tardarán en apuntar a nosotros, los supuestos “caníbales asesinos”?

Miro el fuego del ritual apagarse, quedando solo brasas y huesos carbonizados. Entre el humo, distingo la sombra de algo que se

quiebra en el espíritu de la ciudad. El disparo fue. Y me pregunto si, cuando todo queme, no tendremos más remedio que devorar la carne de una guerra impuesta, arrastrando un resentimiento que jamás buscamos.

¿Qué pasará con la memoria de esos cuerpos? ¿Se convertirá en una maldición que nos persiga a cada mordisco?

Camino por los pasillos manchados con símbolos de sangre. Me repito la frase que me enseñaron al iniciarme:

“Comer la carne ajena es devorar su memoria. Asegúrate de que la memoria no sea rabia.”

Hoy, la rabia flota en el aire. Y temo que nos toque a todos, aunque nos escondamos tras los altares y los huesos tallados. El comerciante muerto gotea su tragedia sobre la ciudad, y nosotros, caníbales, no seremos perdonados si llega la danza final de la violencia.

Capítulo 11 La Torre del Libertinaje

“El deseo no conoce fronteras, ni la culpa reconoce códigos.”

Mi nombre es Cassandra, aunque aquí, en la Torre del Libertinaje, pocos se dirigen a mí por un apelativo fijo. Somos una comunidad donde casi todo está permitido o al menos, nada se prohíbe explícitamente, y cada uno elige su propia máscara, su propia identidad. Quien llama a este lugar “antro de vicio” no se equivoca del todo, pero se queda corto somos el experimento extremo de vivir sin amarras, sin más ley que el placer y la volatilidad de cada impulso.

Algunos aseguran que esta torre surgió de un antiguo prostíbulo de lujo, otros dicen que era un hotel clandestino durante el colapso. La realidad es que nadie mantiene registros cuando El Gran Fin azotó el planeta, un grupo de hedonistas, fugitivos y aventureros ocupó el edificio. Con el tiempo, fue creciendo, adoptando normas mínimas de convivencia y, paradójicamente, construyendo su propia mística de libertad ilimitada.

Ayer, la ciudad entera tembló con el disparo que mató a un comerciante del Clan. Hoy amanece sobre un mundo lleno de resaca moral. Nosotras lo llamamos, sencillamente, el Día Después: el eco de la bala sigue flotando en el aire, pero aquí, en la Torre del Libertinaje, los cuerpos y las mentes se sumergen en una mezcla de lujuria, desconcierto y una filosofía extraña que se resume en “carpe diem… si queda algo por carpear.”

Desperté al filo del mediodía, con los párpados pesados y un vértigo en el estómago: vestigios de la fiesta que se prolongó hasta el

amanecer. La Torre del Libertinaje nunca duerme del todo, pero en las primeras horas de la mañana es cuando los excesos se disipan y las sombras de la realidad a veces se cuelan por las ventanas.

Caminé por el pasillo central: un corredor amplio con muros pintados de grafitis desafiantes y esculturas improvisadas que glorifican el cuerpo humano en poses eróticas. Escuché risas, gemidos, el rumor de música lejana y entre tanto hedonismo, percibí un murmullo distinto, más denso la preocupación por el suceso de ayer.

Alguien me miró, con el labio partido y ojeras de no haber descansado en días:

—Cassandra, ¿qué pasará con la balanza rota?

—No lo sé —susurré—. Pero cuando el placer no basta para calmar el miedo, el miedo se vuelve más fuerte que el placer.

Acá, no rendimos culto a un dios ni a una ideología rendimos culto a la soberanía del cuerpo. El sexo, el consumo de sustancias, el juego, el arte libertino todo está permitido siempre que sea mutuo y sin forzamiento. A simple vista, parecemos un caos anárquico en cierto modo, lo somos. Sin embargo, hemos sobrevivido gracias a una suerte de “contrato de goce compartido” nadie debe interrumpir la fiesta del otro sin razón. Nadie quiebra la libertad del prójimo con violencia.

Paradójicamente, la sombra de la bala amenaza con trastornar esa regla. Porque si el Clan del Comercio no puede circular, tarde o

temprano nuestras provisiones de bebidas, drogas y juguetes exóticos dejarán de llegar. Y, sin ese flujo, la Torre del Libertinaje corre el riesgo de caer en la depresión y el conflicto interno.

Me dirigí a la terraza superior, conocida como la “Azotea de los Siete Pecados,” donde suelen reunirse algunos exhibicionistas y acróbatas que desafían el abismo. Ahí, en medio de colchones desparramados, vi a Dalila, una bailarina con el cuerpo pintado de filigranas. Tocaba una flauta suave, mientras dos hombres la observaban con mirada lánguida.

Los saludé con un gesto parecían demasiado absortos para responder. El sol pegaba fuerte, y desde esa altura vislumbré el panorama de la ciudad. A lo lejos, las torres se elevaban como testigos oscuros de la discordia. Entre ellas, se filtraban luces y el runrún de hipótesis sin confirmar. Pensé en la sangre del comerciante derramada en algún callejón, en la balanza hecha pedazos. Me invadió un sentimiento de futilidad: acá gozamos, bailamos, nos perdemos en el placer pero, ¿qué sucederá cuando esa bala repercuta en un enfrentamiento total?

Recordé cómo, en la madrugada, la noticia irrumpió en mitad de una orgía colectiva alguien entró gritando al Salón de los Espejos. “¡Mataron a un comerciante! ¡Rompieron el código!” Al principio, nadie lo tomó muy en serio siguieron las risas, los gemidos, la bebida. Pero poco a poco, la tensión se apoderó de cada respiración.

Al amanecer, más de uno abandonó la fiesta con la conciencia torpemente despierta.

Ahora, al filo del mediodía, era el Día Después la fiesta resbalaba hacia un silencio inquieto, y la resaca traía preguntas que no queríamos responder. Sabemos que, si la ciudad se sumerge en el odio, pronto buscarán un culpable y la Torre del Libertinaje, con su reputación de “pecado,” siempre está en la mira de quienes necesitan un chivo expiatorio.

12:30 Pasado el mediodía, decidimos convocar a una reunión en el Salón de los Colores, un espacio amplio lleno de cojines, cortinas brillantes y techos grafiteados con imágenes de cuerpos entrelazados. A la asamblea asistieron los principales líderes informales de la torre Ragnar el Mimo, Inés la Juglaresa de Fuego, y Serafine, una antigua sacerdotisa hedonista que se considera la voz moral de este lugar.

—Hermanos y hermanas, dijo Serafine, con una voz profunda que contrasta con su túnica semitransparente—, sabemos que el disparo de ayer sacudirá las relaciones entre torres. El Clan del Comercio nos provee muchas cosas que necesitamos. Sin ellos, nuestra vida se volverá áspera.

—Entonces debemos prepararnos, intervino Inés, jugando con antorchas encendidas. “Quizás nos toque robar lo que no podamos comprar o seducir a quien nos lo provea.”

El ambiente se ensombreció. La Torre del Libertinaje ha coqueteado antes con la piratería callejera, y también con el chantaje erótico a comerciantes que anhelan placeres prohibidos. Pero ahora la bala lo cambia todo si no hay paz, no hay trueque. Si no hay trueque, nuestra torre se quedará sin sustancias, sin condimentos, sin ese ornamento que hace de la libertad un goce perpetuo.

Hablé con un tono suave, pero firme:

—No podemos hacernos los tontos, dije. Si la guerra se acerca, habrá dos caminos refugiarnos en nuestra burbuja de placer o tratar de mediar, seducir o distraer a quien pretenda destruirlo todo.

Ragnar asintió con un gesto vacío, mientras pintaba su rostro de blanco, preparando un espectáculo.

—Cassandra, masculló—, el caos a veces es un afrodisíaco. Pero si el disparo evoluciona en una masacre, incluso nuestro hedonismo puede volverse un infierno.

Esa es la contradicción. Amamos la falta de normas, el exceso y la exploración de cada fantasía. Sin embargo, sabemos que la violencia absoluta anula cualquier placer, convirtiéndolo en simple terror.

13:00 Tras la asamblea, bajé a la Recepción de Placer, un espacio donde a veces recibimos visitantes de otras torres con ansias de “experimentar.” Nadie había acudido. Las puertas estaban cerradas, y un guardián semidesnudo, armado con un cuchillo ceremonial, me

avisó que la calle cercana se veía desierta la gente prefería no arriesgarse a cruzar zonas neutrales mientras cundía la paranoia.

En la pared, un viejo televisor colgaba sin vida, un vestigio de otra era. A veces lo encendemos con un generador y sintonizamos la radio de onda corta. Probé suerte chisporroteos, estática. Se escuchaba un fragmento que anunciaba

“torres investigan el ataque nadie reclama la autoría” y se cortó.

—El miedo es mal amante —murmuré al guardián, con cierta ironía. Él asintió, con la mirada cargada de un pesimismo que no se ve mucho por aquí.

Mientras exploraba un par de habitaciones donde gente dormía un sueño drogado, me vi reflejada en un espejo rojizo. Llevaba ropa ligera, maquillaje corrido, y en mis ojos leí la pregunta: “¿Cuánto durará esta dulce mentira de libertad si las balas empiezan a llover?”

En la Torre del Libertinaje, nos hemos acostumbrado a creer que el placer siempre supera al dolor, que la fiesta puede continuar mientras el mundo se cae a pedazos. Pero si la ciudad entra en guerra, tarde o temprano el caos golpeará nuestra puerta. La sed de venganza, de sangre, de control, puede tragarse cualquier oasis de placer.

14:00 Deambulé por un corredor que solía ser un lujoso pasillo de suites, ahora convertido en un laberinto de hamacas y colchones. Vi

a Mía, una chica con pupilas dilatadas, evocando poemas eróticos a un amante semidormido. De pronto, ella me miró y me preguntó:

—¿Creés que nos encerrarán?

—¿Encerrarnos quién, Mía?

—Las otras torres, exhaló, con la voz rota—. Si encuentran un culpable, nos tildarán de anarquistas lujuriosos, de corruptores.

No tenía respuesta. La bala que mató al comerciante no fue nuestra, pero eso no exime el hecho de que, cuando la gente busca un enemigo, el libertinaje es un blanco fácil encarna todo lo que la moral rígida condena.

Un estremecimiento me recorrió la espalda. La libertad es frágil cuando el miedo se desata.

15:00 Recorrí otras estancias, encontré un par de amigos compartiendo pipas de humo dulce, y me senté junto a ellos un rato. Les conté mis temores. Uno respondió, con una media sonrisa:

—El placer no se rinde. Siempre habrá quien lo busque aun en la guerra.

Tal vez tenga razón. La gente, incluso en tiempos de explosiones y muertes, anhela una pausa de éxtasis. Pero la bala sigue zumbando en mis oídos. Veo, en un rincón, una pareja llorando en silencio, abrazada. Huele a incienso barato y a sudor agrio. En sus cuerpos se mezclan la pasión y la zozobra.

Miro el reloj de pared incrustado en una pintura de orgías romanas y me doy cuenta de que son las tres de la tarde del Día Después. El mundo allá afuera se prepara para recrudecer su histeria, y nosotros seguimos fingiendo que una buena copa, un buen beso o una dosis de opio podrá mantenernos a salvo. ¿Cuánto nos durará la negación?

En la Torre del Libertinaje hemos erigido una religión del deseo, pero el disparo que mató al comerciante amenaza con cortarnos las alas. Sin el intercambio, sin la conexión que el Clan del Comercio sostenía, pronto nos faltarán provisiones. Y, peor aún, puede que la próxima bala apunte directamente contra nosotros, convertidos en chivos expiatorios de una ciudad que necesita purgar sus culpas.

Mientras deambulo por el laberinto de cuerpos, sentada en sofás manchados de vino, no puedo ignorar el presentimiento que nace en mi ser: un nuevo tiempo se acerca, y no será amable con los hedonistas. Quizás sobrevivamos, quizás nos adaptaremos. Pero, ¿qué tan libre es la libertad cuando todo se reduce a esquivar balas y culpas?

Al final del pasillo, me recuesto en un colchón y cierro los ojos. Dejo que el aroma a perfume barato y sudor me invada. La ciudad arde, pero yo, Cassandra, aún puedo sentir el rastro del placer en mi piel y también la punzada de un posible fin.

El Día Después prosigue, y sé que la noche nos llegará con nuevos rumores, con más aliento y más angustia. Porque el deseo no conoce fronteras, sí pero la paranoia y la venganza tampoco las reconocen.

Así, en la Torre del Libertinaje, el éxtasis y el terror se vuelven dos caras de la misma moneda, y cada expresión de placer esconde un grito de incertidumbre.

Capítulo 12 La Torre del Silencio

“El exilio es una herida que nunca cierra, pero a veces se hace casa.”

Me llamo Rivka, y vivo en la Torre del Silencio, un refugio que la ciudad asocia con la fe y la tradición judía, aunque dentro de estas paredes se entrecruzan corrientes ortodoxas, reformistas e incluso ateos que comparten la herencia de un pasado disperso. Nos establecimos acá tras El Gran Fin, alzando muros donde guardar la memoria y los ritos, convencidos de que la supervivencia no depende solo de un techo, sino también de una identidad que no se quiebre.

Nuestro edificio —al que llamamos “Beit HaShalom,” aunque afuera lo conocen como la Torre del Silencio— se erige entre calles que antes fueron un barrio con sinagogas y centros comunitarios. Al colapsar el mundo, los fieles y sus descendientes se concentraron en este bloque de pisos, fortificándolo. Desde entonces, ofrecemos una

mezcla de estudio, rezo y convivencia, intentando que la fe sea un abrigo contra la hostilidad que floreció en la ciudad.

El disparo que mató al comerciante retumbó en unestro ánimo como un shofar invertido un sonido de advertencia que presagia dolor. Hoy, un día después de la bala, la torre entera amaneció con un ayuno voluntario un gesto de duelo e introspección. Porque, aunque no compartamos la doctrina de otras torres, sentimos que toda muerte injusta sobre todo la de un mensajero del Clan del Comercio sacude los cimientos de la poca humanidad que queda.

A las 07:00, bajé al Piso 5, donde se encuentra la "Sala de los Siete Candelabros." Nos reunimos allí para el rezo matinal, en un ambiente solemne los muros están tapizados de pergaminos con textos sagrados, algunos traídos de sinagogas antiguas, otros impresos con máquinas precarias tras el colapso. La llama de cada candelabro se alzaba, frágil, recordándonos que la luz puede persistir aunque el mundo parezca un abismo.

El Rabí Eliezer, un anciano de barba blanca y espalda encorvada, lideró la plegaria. Habló de la tradición judía de la vida, de la importancia de no derramar sangre inocente. Citó el versículo “No matarás.” Y luego, con voz cansada, confesó:

—Cada bala rompe un pacto con Él porque la vida es un don que no se debe segar sin juicio.

Cuando acabó el rezo, subí al Piso 9, que funciona como comedor comunitario. Ahí la atmósfera era tensa. El ayuno decretado

significaba que no habría desayuno para nadie, salvo enfermos y niños. El silencio resultaba casi opresivo se oían apenas ruidos, alguna tos, el leve movimiento de muebles. Sentía en cada mirada la pregunta: “¿Quién disparó? ¿Nos culparán a nosotros? ¿O vendrán a pedirnos apoyo en su venganza?”

Desde hace décadas, nuestra comunidad ha vivido en exilio tras exilio. Antes del Gran Fin, habíamos sufrido persecuciones, emigraciones forzosas. Incluso aquí, en Buenos Aires, no todo era paz. Nos acostumbramos a la idea de que “vivir es subsistir en el margen.” Pero ahora, con la bala que agrietó el sagrado pacto, se enciende el fantasma del antisemitismo, de la caza de chivos expiatorios.

09:00 En una sala que solía ser un estudio talmúdico, el Rabí Eliezer y un consejo de ancianos se reunieron para decidir qué postura tomar ante el colapso moral de la ciudad. Me permitieron estar presente como oyente, dada mi labor en la biblioteca. Sentados en sillas desgastadas, con libros viejos apilados a su alrededor, debatieron en voz baja y pausada, como si cada palabra fuera una piedra en el muro que tratamos de reconstruir.

—No podemos quedarnos mudos —dijo el Rabí—. Se han llevado la vida de un comerciante, y quizá hagan de la Torre del Silencio un blanco de sus acusaciones.

—¿Por qué lo harían? —interrogó uno de los ancianos—. ¡Nosotros no incitamos a matar!

—No es cuestión de culpa real —intervine yo, ansiosa—. Saben que en nuestra historia, siempre fuimos culpados cuando reinaba el caos.

Mis manos sudaban. Recordaba leyendas de pogromos, de falsos rumores sobre rituales de sangre, de injusticias repetidas a lo largo de la historia. ¿Qué impediría que se repitiera aquel viejo ciclo en esta ciudad asediada por la desconfianza?

Salí de la asamblea con un dolor en el alma. Me dirigí a la Biblioteca del Piso 7, mi santuario personal. Allí, atesoramos libros rescatados, copias de la Torá, comentarios rabínicos, registros de la diáspora y, también, manuales de supervivencia recopilados tras el colapso. Entre estanterías torcidas y lámparas de aceite, busqué un pergamino que habla de la importancia de la shalom bayit—la paz del hogar—, reflejo de la paz en el mundo.

Lo desenrollé sobre una mesa y pasé mis dedos por la caligrafía hebrea. Pensé en cómo cada letra era un pedazo de historia conservada a duras penas, y en cómo un solo disparo podía borrar siglos de aprendizajes si la barbarie se imponía.

10:00 Un joven vigía del Piso 11 vino corriendo, agitado, con la kipá torcida

—Rivka, vengo del puesto de observación La Torre Marrón ha aumentado su patrullaje. Parece que buscan algún culpable, y no dudan en mirar a cualquiera.

—¿Han mencionado a la Torre del Silencio?

—No abiertamente. Pero escuché en la radio que andan “investigando minorías.”

Me estremecí. En este clima, cualquier minoría podía ser chivo expiatorio, y nosotros, con nuestra identidad judía, somos un blanco histórico de sospechas. Además, no faltan conspiracionistas que nos acusan de “guardar secretos” en las tradiciones que nadie más comprende.

Salí a la azotea, acompañada por un viento frío que hacía crujir las chapas oxidadas. Desde allí contemplé la ciudad. Algunas torres que se elevaban parecían tumores en un paisaje ya enfermo. Pensé en la bala otra vez, en cómo era capaz de voltear la poca fraternidad que quedaba, destruyendo la confianza construida con el Clan del Comercio.

En un rincón de la terraza, hay un viejo Muro de Lamentos simbólico: restos de mampostería que trajimos de ruinas cercanas y que usan algunos devotos para rezar o dejar peticiones escritas en trocitos de papel. Me acerqué, toqué la piedra helada y, con un leve temblor, escribí en un papel una plegaria improvisada: “Que no resurja el odio contra nosotros. Que la culpa no se cebe en los inocentes. Que la balanza rota no sea el fin de todo.”

Doblé el papel y lo metí en una grieta del muro. Fue un acto pequeño, pero me reconfortó, como si dejara un pedacito de mi angustia ahí.

A las 10:30, nos congregamos de nuevo en la Sala de los Siete Candelabros. El Rabí Eliezer, con el rostro fruncido por la fatiga, anunció que íbamos a extender el ayuno un día más. Quería enviar un mensaje de duelo compartido no solo por el comerciante muerto, sino por la ciudad que se tambaleaba.

Algunos se quejaron, pues no todos tienen la misma devoción, y la comida escasea. Pero la mayoría aceptó ayunar por la paz, por un testimonio simbólico de que no apoyamos esta violencia.

Miré a mi alrededor y sentí un orgullo humilde en un mundo que se desmorona, mantener la coherencia moral es un acto de resistencia. No sabemos si servirá de algo, pero al menos preservamos un hilo de humanidad.

11:00 El consejo de ancianos debatía la posibilidad de enviar un emisario a otras torres para reafirmar que no tuvimos nada que ver con el disparo. Pero, ¿quién se arriesgaría a salir? Las calles neutras rebosan de francotiradores y soldados. Al final, decidieron posponer la decisión no queremos exponer la vida de nadie.

Entretanto, preparamos provisiones mínimas por si la Torre Marrón, o la Roja, o cualquier otra, decide culparnos y asediarnos. La seguridad interna se refuerza, sin abandonar nuestra premisa de no buscar confrontación. El shomrim

Recorre los pasillos con armas rudimentarias, principalmente para disuadir intrusos.

A mediodía, el cielo se encapotó como si anunciara lluvia ácida. Subí de nuevo a la biblioteca, donde algunos jóvenes estudiaban textos hebreos intentando hallar un consuelo en la palabra escrita. Me senté con ellos, leí un pasaje que narraba antiguas persecuciones en la diáspora. El rastro de la historia se sentía muy vivo “El exilio es cíclico, la culpa siempre vuelve, la esperanza siempre sangra.”

Cerré los ojos, sintiendo el peso de milenios sobre mis hombros. No queremos otra catástrofe que sume más dolor a nuestro largo peregrinaje. Aun así, un presentimiento me roía por dentro ¿y si este disparo es el preludio de un nuevo éxodo, donde tengamos que abandonar la torre y huir a quién sabe dónde?

12:00 Mientras revisaba pergaminos, el Rabí Eliezer apareció con paso firme. Me tomó de la mano y me dijo:

—Rivka, necesito tu ayuda. Quiero redactar una carta abierta a todas las torres, un llamado a la cordura y la reconciliación. No tenemos fuerzas militares, pero tal vez nuestra palabra sirva.

Sostuve su mirada. Él, anciano y sabio, cargaba con la responsabilidad de guiar a una comunidad que ha sobrevivido siglos de hostigamiento. Su carta sería un acto valiente, quizás ingenuo. Pero en este Pero en este mar de sospechas y armas, una voz que abogue por la paz podría encender una pequeña chispa de esperanza.

Nos pusimos a trabajar de inmediato, delineando palabras firmes pero empáticas. Algo como: "Nosotros, habitantes de la Torre del

Silencio, lamentamos la muerte del comerciante y llamamos a las torres a no responder con más violencia. Recordemos que destruir la última red de intercambio es suicida para todos"

A las 13:00, el ayuno continuaba, el ambiente impregnado de un rigor espiritual que contrastaba con el miedo latente. Guardé la carta en un sobre y la sellé con un trozo de lacre, mientras el Rabí Eliezer bendecía el texto con una breve oración. No sabemos si llegará a destino, ni si alguien la leerá sin recelo. Pero haremos el intento un mensajero de nuestra torre saldrá en un par de horas, con la menor escolta posible.

El disparo que mató al comerciante quebró el pacto, y sus esquirlas llueven sobre todas las torres, incluyéndonos a nosotros, que siempre vivimos la herencia del exilio. Podría ser el preludio de un nuevo odio dirigido a quienes son distintos. Sin embargo, la fe nos enseña a no rendirnos ante la desesperación. Así que resistimos con rezos, ayunos y cartas abiertas. Quizá la ciudad esté demasiado sorda de rencor, pero debemos intentarlo.

Recorro un último pasillo con la carta en la mano. Paso ante un espejo que refleja mis ojos ojerosos y mi kipá ladeada. Me detengo un instante para acomodarla, y en mi mente resuena esa plegaria silenciosa que guardé en el Muro:

"Que no resurja el odio contra nosotros. Que la balanza rota no sea el fin de todo."

Al menos, mientras la llama de nuestros candelabros siga ardiendo, no dejaremos morir la esperanza. Si este es el exilio infinito, lo viviremos con la dignidad de quienes guardan en su interior el fuego de la memoria y la fe.

Capítulo 13 La Torre Sufí

“El círculo de la danza revela lo que el odio oculta.”

Soy Zayn al Mansur, derviche errante, y la torre donde habito conocida como la Torre Sufí se eleva en un extremo que solía cobijar antiguas mezquitas y centros culturales islámicos. Acá, tras el Gran Fin, decidimos preservar el espíritu del tasawwuf, la mística que indaga en lo esencial del ser. Intentamos trascender la violencia del mundo exterior a través de la plegaria, la música y la danza circular.

Nuestros muros exhiben versículos caligrafiados, frases de Rumi y de otros poetas sufíes que hablan de la unidad de la existencia, del amor como fuerza que disuelve todas las fronteras. Sin embargo, en los últimos días, el acontecimiento de la sangre y el disparo que sacudió al Clan del Comercio se ha infiltrado como un veneno sutil. Desde las

azoteas, sentimos las corrientes de odio y desconfianza que soplan en cada esquina de la ciudad.

La primera vez que escuché la noticia del comerciante abatido, fue en la oración del fajr, antes de la salida del sol. Aun en la penumbra, un discípulo se acercó para confesar su turbación:

—Mawlana Zayn, anoche mataron a uno de los que llevan la balanza, con un disparo. Nadie sabe quién lo hizo.

Mi mente dio un vuelco. El pacto, que todos creíamos inquebrantable, había sido mancillado. “¿Cómo seguir danzando”, me pregunté, “cuando el tambor del odio comienza su redoble?”

Después de la oración, me retiré a una pequeña celda para contemplar el suceso. Encendí una lámpara de aceite, respiré hondo y, en silencio, repetí un verso de la tradición sufí:

“En la oscuridad, busca la raíz de la luz que palpita en tu corazón.”

Pero el latido de mi corazón resonaba con el disparo.

08:00 A esa hora, los hermanos de la Torre Sufí se reunieron en la Sala de los Vitrales, un antiguo salón adornado con cristales de colores que filtran la escasa luz exterior. Es nuestro lugar de encuentro y, a veces, de danza ritual. Nadie gritaba ni se agitaba,

pero en las miradas se adivinaba un presentimiento el crimen contra el Clan del Comercio no era un suceso aislado, sino el primero de muchos dilemas que sacudirían los edificios.

—Zayn, me dijo Yasmina, una derviche joven que destaca por su entereza—, los rumores dicen que se prepara un consejo de torres para discutir el crimen. ¿Creés que deberíamos asistir?

—Sí, hija mía —respondí con mansedumbre—, si la ciudad llama, no podemos quedarnos en silencio.

Aunque nuestra devoción nos invita a la contemplación y la paz, no somos ajenos a las luchas del entorno. El tasawwuf enseña que la unión con lo divino se refleja en la compasión hacia los seres. Si la guerra llama a la puerta, debemos intentar que la danza disipe el fuego o al menos ser un testigo que no rehúya la realidad.

En nuestras lecturas matutinas, recordé una enseñanza que habla de la ciclicidad de los errores humanos, como si la historia fuese una rueda que gira sobre la misma llanta rota. Miré a mis hermanos y hermanas, algunos arrodillados en silencio, otros abriendo libros con versos antiguos:

*Las guerras se repiten, porque el hombre rehúsa escuchar la melodía del amor. Cuando el odio resurge, es una nota disonante que vibra en su alma, y pronto se convierte en una tormenta”

Sentí la bruma de la tristeza en el aire. Hemos visto cómo, tras el Gran Fin, se erigieron torres ideológicas y religiosas con la esperanza de sobrevivir y encontrar sentido. Pero las mismas pasiones que destruyeron el mundo original acechan en cada pasillo: la avaricia, el fanatismo, la sed de poder, la xenofobia.

¿Es la naturaleza humana un círculo vicioso? A veces, dudo.

09:00 Nos dirigimos al Patio Central, donde realizamos las semás las danzas giratorias, con que los sufíes se abren al amor divino. Bajo una cúpula improvisada, encendimos un tambor suave que marcaba el compás. Vestidos con ropas sencillas, los derviches comenzaron a girar, con las palmas extendidas: una mano hacia el cielo, la otra hacia la tierra.

Yo me sumé un poco después. Sentí en mi interior la necesidad de vincular mi tristeza por el comerciante abatido y la esperanza de que todavía exista la compasión entre los edificios. Cada giro es un instante, me repetía. Cada instante es una oración.

El aire se llenó de presagios, de pálpitos, de una fuerza que en otros tiempos habría sido pura devoción y hoy también es un grito de auxilio. Nos mantenemos en el eje del giro para no caer en el vértigo de la desesperación. Y en medio de la danza, se me reveló una imagen: la bala que mató al comerciante era una piedra arrojada en un estanque, provocando ondas concéntricas cada vez más amplias.

10:00 Al terminar la danza, un discípulo jadeante vino con noticias de la calle. Decía que un mensajero había pasado cerca, anunciando la convocatoria de un gran consejo en una zona neutral: varias torres quieren reunirse para debatir la autoría del crimen y encontrar una salida que evite la guerra. Algunos desconfían, otros se aprestan a acudir con fines de espionaje. Para la mayoría, es la última oportunidad de mantener la frágil paz.

Los hermanos me miraron con expectación. Saben que, en el pasado, he mediado en conflictos menores, recordando la historia de nuestras civilizaciones islámicas que en algún momento florecieron con sabiduría y arte, antes de que la barbarie las destruyera. Quizá mi presencia sirva de puente.

—Iremos —declaré, con la certeza de que no tenemos otra elección —. El silencio no siempre es la mejor ofrenda. A veces, la palabra y la buena disposición son el verdadero dhikr.

11:00 Recorrí los niveles del edificio para asegurar que, mientras acudimos al consejo, la torre se mantenga en paz. Algunos hermanos guardaban textos sagrados, pergaminos de poesía árabe, y surtidos de alimentos en caso de un bloqueo. La tensión se sentía en cada conversación:

—Mawlana, ¿y si este consejo no es más que una trampa de la Torre Marrón o de la Roja para aplastar a sus rivales?

—Podría ser —reconocí—, pero si no asistimos, quizá nos quedemos sin voz cuando se tomen decisiones que nos afectarán.

Así es la encrucijada del sufi en tiempos violentos: perseguimos la unión divina, pero no podemos ignorar el oleaje del mundo que rompe contra nuestros muros.

Mientras revisaba mis apuntes, reflexioné sobre quién podría ser el culpable del disparo. Dicen que las Torres Gemelas son maestras en francotiradores, que la Torre Roja tiene militantes capaces de todo, que la Torre Marrón sueña con un golpe de fuerza. También se murmura de la Torre Del Plata y su frialdad genética Sin embargo, en la Torre Sufí creemos que la verdad puede ser aún más retorcida tal vez sea un solitario, o un plan para culpar a otro, o incluso un "falso mártir" dentro del Clan del Comercio.

En el sufismo, solemos aceptar que la realidad es un espejo que refleja nuestras intenciones más profundas. Si la ciudad arde en odio, es porque el odio estaba latente en todas partes. El disparo solo fue la excusa

12:00 Antes de partir, conté un relato a un grupo de jóvenes derviches que me preguntaban por el sentido de tanta inestabilidad. Me basé en una historia de Nasrudín:

"Nasrudín buscaba la paz en un palacio de sultán, pero cada vez que hablaba de reconciliación, otro invitado lo envenenaba con sus chismes. Al final, el palacio estalló en disputas y todos acusaron a Nasrudín de no haber hecho lo suficiente. El sabio respondió: Traje amor en mis palabras, pero la puerta estaba cerrada con llave para mí. Y aun así, mi amor seguirá buscando grietas por donde colarse."

Los jóvenes sonrieron con melancolía. Quizá es lo único que podemos hacer: traer amor, traer danza, aunque el mundo parezca sordo.

13:00 Al fin, conformé una pequeña comitiva: Yasmina, un par de hermanos expertos en mediación, y yo. Vestimos ropas sencillas, con algunos símbolos sufíes bordados. Llevamos un bastón de danza, una pequeña alfombra para rezar, y un corazón lleno de incertidumbre. Nos despedimos de los que se quedaban en la torre, quienes nos bendijeron con súplicas a Allah para que la paz fuese posible.

El cielo se ensombrecía de unevo, como presagiando otra tempestad climática o un nuevo disparo. Al contemplar la ciudad desde una ventana alta, reconocí el laberinto de edificios con sus banderas e ideologías. Sentí compasión por cada uno de ellos todos temen, todos desconfían, todos sangran. Y recordé las palabras del gran Rumi:

“Más allá de las ideas de bien y mal, existe un campo. Allí te esperaré.”

Tal vez este consejo de torres sea ese campo, o quizás sea otro campo de batalla. Pero iremos, porque no rendirse a la violencia es un acto de fe tanto como rezar o danzar.

En el Torre Sufí, queda un halo de incienso y música flotando mientras emprendemos el camino. Confiamos en que la mística, la

danza y la poesía puedan, al menos, rozar el corazón de quienes buscan soluciones al disparo que rompió el pacto.

La guerra tiene un patrón cíclico, sí, pero también la paz puede encontrar senderos recurrentes si la voluntad de las almas lo sostiene. Así marchamos, girando en el interior de nuestro ser, con la esperanza de que un gesto de concordia no sea pisoteado por el estruendo de nuevas balas.

“El círculo de la danza revela lo que el odio oculta,” susurró, acariciando los versos de un viejo manuscrito. Ojalá el giro espiritual disipe alguna nube, o nos devuelva algo de humanidad, antes de que la rueda de la historia repita su danza sangrienta.

Capítulo 14 La Torre Blanca

“Sólo el vacío es indiscutible. Y en él, las ideas mueren o prosperan, según la voluntad de los hombres.”

Soy Mercedes: habitante de la Torre Blanca, un edificio que muchos llaman “la Torre Ateísta” porque aquí se profesa, o más bien se

presume, de la ausencia total de dioses, supersticiones o mitos. Si en otras torres alzan pararrayos para convocar a un dios, o confían en rituales caníbales, o bailan para creer que existe algo divino, nosotros reímos ante esos “teatros del absurdo.” No creemos en cielos ni infiernos. Creemos en la razón, o, al menos, en el sinsentido de un universo sin propósito.

Esta antigua mole de ladrillo y vidrio, con muros pintados de blanco mate, solía ser un centro financiero. Tras el colapso, un grupo de intelectuales y rebeldes sin fe tomó el lugar, expulsando a cualquier fanático que quisiera incensar sus pasillos. Con el tiempo, la Torre Blanca se erigió como bastión del escepticismo, el sarcasmo y la risa mordaz contra la “barbarie” del resto de la ciudad.

Han pasado tres días desde que un disparo mató a un comerciante, fracturando el código sacrosanto de no tocar al Clan del Comercio. Hoy, en la Torre Blanca, despertamos con la misma pregunta en los labios: “¿Quién disparó primero?” Unos especulan que fue la Torre Roja, otros apuntan a las Gemelas del Oeste, otros sospechan de alguna conspiración retorcida. A mí, personalmente, me da lo mismo. Lo cierto es que ese proyectil despertó los viejos demonios de alianzas, recelos y paranoias.

En la cafetería del Piso 7, leí un panfleto que dice:

“Por culpa de la superstición, vuelven a matarse. La culpa no es de una torre en particular, sino de la fe ciega que los consume.”

Sonreí, reconociendo el estilo de Rodolfo, uno de nuestros pensadores más acérrimos del ateísmo militante. Siempre ha argumentado que la verdadera plaga de la ciudad es la credulidad, la adoración de entes invisibles, la sumisión a símbolos. Quizá no le falte razón, aunque a mí me surge que el odio nace de otros venenos: el poder y el miedo.

A las 10:00, subí al Piso 12, donde tenemos un pequeño centro de impresión y distribución. Acá redactamos panfletos, cuadernos de “razón y crítica,” y a veces organizamos campañas de sátira contra torres religiosas o ideológicas. Encontré a Marlene, una compañera de ironía punzante, y a dos jóvenes que debatían sobre la inminente reunión de torres:

—Dicen que habrá un “gran consejo” —dijo uno de ellos—. Allí, los líderes del agua, de la Torre Del Plata, de la Catedral y quién sabe cuántos, van a discutir el crimen y exigir respuestas.

—¿Y nosotros? —pregunté, con una ceja alzada.

—Tal vez enviemos un observador, solo para reírnos de sus plegarias estúpidas.

Marlene se volvió hacia mí con un gesto de fastidio.

—Ojalá no sea otro circo. He visto demasiadas “cumbres salvadoras” en los últimos años, todas acabaron en juegos de poder.

Este tercer día tras la bala está cargado de supersticiones sobre alianzas secretas. Se dice que la Torre Marrón y la Roja podrían

pactar un frente conjunto, una paradoja ideológica para aplastar a quien consideren culpable, tal vez las Torres Gemelas o el Palacio de Agua. Otros cuchichean que la Catedral del Sur y el Clan del Comercio buscan negociar una cruzada moralista. E incluso, que los Subterráneos y algún bando caníbal planean aprovechar el caos para saquear zonas neutrales.

Nosotros lo vemos así: todas esas torres “espirituales” o “políticas” se convierten en bandadas de cuervos cuando huelen sangre. Lo que más asco nos da es el halo de sacralidad o revolución que intentan poner a sus fechorías. Acá, en la Torre Blanca, preferimos llamarlo “barbarie con sotana” o “odio con velo ideológico.”

A las 11:30, bajé al Piso 3, donde funciona una suerte de bar librería. Ahí, algunos se refugian en conversaciones que mezclan filosofía, ateísmo radical y sarcasmos contra la ciudad entera. Pedí un té amargo y me senté junto a un ventanal, contemplando la calle casi desierta. Tres días después del disparo, muchos prefieren no arriesgarse a salir. El comercio informal está casi detenido, las puertas de otras torres se cierran. Nadie quiere provocar al enemigo equivocado.

Un joven con gafas gruesas soltó:

—¿Y si el disparo lo hizo un dios aburrido?

La gente que lo oyó se rió, y uno ironizó:

—¿Cuál dios? ¿El de la Catedral del Sur o el del pararrayos? ¿El de la Torre Marrón, con su “dios del orden”?

—Probablemente un demonio inexistente, reímos todos.

Pero tras las burlas, la realidad se impone: ¿cómo seguirá la vida si el Clan del Comercio está manchado de sangre? En la Torre Blanca, dependemos de algunos intercambios técnicos, repuestos de máquinas, papelería y tinta, a veces medicinas. Si el resto de la ciudad se enzarza en una guerra, ¿quién quedará para proveer esos insumos? Y si la Torre Marrón se vuelve dueña de la fuerza, ¿tendremos que someternos a su “geometría social”?

No reconocemos dioses, pero tampoco somos suicidas. Sabemos que un cerco militar o un bloqueo comercial podría ahogarnos lentamente. Por eso, a pesar de nuestra soberbia, es muy probable que enviemos un delegado al gran consejo, alguien que hable con la lengua afilada de la razón y el desprecio por la superstición.

—Tal vez vaya yo misma —solté a Marlene, entre sorbos de té—. Veré a esos barbaros, a esos “iluminados,” y les pondré un espejo de lucidez en la cara.

—Sé cuidadosa, me advirtió—. Nuestra ironía no es muy apreciada cuando los fusiles apuntan.

13:00 En el Piso 8, donde mantenemos un rudimentario laboratorio tecnológico, me topé con Sergio, un ex ingeniero que se unió a la Torre Blanca buscando libertad de dogmas. Él maneja las pocas

máquinas de impresión 3D que aún funcionan. Estaba ocupado, intentando imprimir piezas para reparar una tubería de agua rota. Me explicó con desazón:

—Sin el comercio, pronto no tendremos resina ni componentes. Su red era lo único que movía algo de intercambio.

—¿Y si cae definitivamente?

—Vaya a saber Tal vez la ciudad se parta en feudos estancos. Y la Torre Blanca quedará sin soluciones técnicas, a menos que nos unamos a una alianza.

Lo miré con una mezcla de lástima y lucidez: “Unirnos a una alianza” suena casi gracioso. El ateísmo militante se vería obligado a pactar con quienes cree fanáticos o dictadores, solo para sobrevivir. “Así se teje la hipocresía,” pensé. Pero, ¿hay otra salida?

No importa cuánta razón nos arrogamos: la violencia no entiende argumentos. Y entre las fuerzas en juego, no hay un lado puramente “racional.” Son facciones enloquecidas por sus credos o ambiciones. Siento un escalofrío al pensar que si la Torre Marrón, los comunistas rojos o los francotiradores de las Gemelas ascienden a un poder hegemónico, podrían imponer su dogma a punta de bala Y, a fin de cuentas, una bala no discute.

15:00 En una sala sin ornamentos, con muros blancos, se reunió nuestro consejo informal: Marlene, Sergio, un par de veteranos incrédulos, y yo. Sobre la mesa, un mapa de la ciudad con marcas de

“zonas neutras,” flechas que indican dónde se han visto tropas o escaramuzas. Debatimos con frialdad:

1 ¿Asistir al gran consejo?

Acudir a ver si se forja una salida pacífica.

Negarnos sería aislar a la torre, un suicidio.

2 ¿Formar alianzas?

Tal vez con el Hotel Majestic, que no es dogmático, o con el Palacio de Agua, que mantiene cierto pragmatismo.

Cuidarnos de las torres con fervor ideológico extremo.

—La ciudad se prepara para un choque —afirmó Marlene—. Si no sabemos jugar, quedaremos atrapados.

—Pero no vamos a alabar a ningún dios ni a enarbolar banderas —sentenció Sergio—, eso sería traicionarnos.

Concluimos que enviaremos una delegación mínima al consejo, sin agachar la cabeza ante ningún mito. Queremos un acuerdo práctico

que garantice la subsistencia de los intercambios y nos libre de ser devorados por cruzadas religiosas o totalitarias.

17:00 Después de horas de planes y discusiones, me retiré a una habitación vacía. Me senté en el suelo, observando las paredes blancas, sintiendo la soledad de un pensamiento que se sabe minoritario. “No tenemos dioses a los que rezar,” me dije, “pero tampoco certezas inquebrantables.”

Nuestra postura atea descansa en la idea de que el cosmos es indiferente. A veces, me pregunto si esa indiferencia cósmica no se refleja en la insensata repetición de masacres la ciudad, al fin y al cabo, gira en torno a la rueda de la muerte y la ambición, sin que nadie detenga su curso. Somos partículas en un vacío moral, confusas y agresivas, y la bala del comerciante derramó un vaso de tensión que se venía acumulando.

El tercer día tras el disparo se cierra con un aire de conspiraciones. ¿Quién se aliará con quién? La Torre Roja y la Marrón, la Catedral y el Clan, las Gemelas y quién sabe cuántos. La Torre Blanca, a su manera, se prepara para enfrentar esta ola de irracionalidad, con un escepticismo brutal y una voluntad de no arrodillarse ante ningún altar.

Tal vez tengamos que pactar con unos u otros. Tal vez la razón, por sí sola, no baste para frenar la sed de sangre. Pero, al menos, no venderemos nuestra libertad intelectual ni a los dioses ni a los

profetas de barro. Es la única convicción que nos queda: que si el hombre es un lobo, que lo sea sin disfraz divino.

Me recuesto en mi cama, mirando el techo inmaculado. Afuera, la ciudad se llena de auspicios de guerra. Pienso en la vida que pende de un hilo, en la risa que nos queda. “Tal vez la burla sea nuestra trinchera,” reflexiono. Y, con un suspiro, me digo:

“El vacío es indiscutible. De él venimos; hacia él regresaremos. Mientras tanto, intentemos no matarnos en nombre de fantasmas.”

Y así, la noche del tercer día se acerca, cargada de supersticiones de alianzas y un consejo que podría salvar o condenar a todos. Nosotros, desde la Torre Blanca, preferimos mirarlos con cautela y la ironía alerta, hasta que los cañones apunten directo a nuestras cabezas. Entonces, sabremos si nuestra lucidez es un escudo suficiente o solo otro ingenuo intento de escapar a la barbarie eterna.

Capítulo 15 La Torre Negra

“El cetro erguido es la promesa de un orden restaurado, o la vanidad de un loco con corona.”

Me llamo Goran de Nievsky, heraldo real de la Torre Negra, donde se erige el más extravagante proyecto de monarquía feudal en una ciudad que apenas sobrevive a sí misma. Dicen que es una farsa, una comedia de enredos, un capricho de fanáticos medievalistas pero a mí no me importa. Yo sirvo al Rey Amancio I, monarca autoproclamado de un reino de pisos y ascensores.

La Torre Negra adquirió su nombre no por su color, sino por la atmósfera gótica de sus pasillos: tapices empolvados, banderas con insignias inventadas, grandes escudos pintados con dragones y águilas bicéfalas. Todo sugiere un feudalismo sacado de epopeyas antiguas, pero ensamblado con desechos de la era post apocalíptica. Cuando subís por nuestras escaleras, te encontrás con caballeros de hojalata, doncellas con vestidos remendados y un sinfín de títulos nobiliarios que se reparten entre las élites de cada piso.

Hace tres días, un disparo conmocionó la ciudad al derribar a un comerciante del Clan. Con ello, el “pacto sagrado” se hizo añicos. Desde entonces, las torres andan revueltas, intercambiando amenazas, buscando alianzas, temiendo represalias. Y en medio de la incertidumbre, el Rey Amancio I ve la oportunidad de unificar la urbe bajo su estandarte.

Ayer por la tarde, me llamó a su salón del trono —una antigua sala de juntas corporativa redecorada con cortinas moradas y candelabros oxidados—. Sentado en un sillón de cuero al que llama “trono real,” lucía un ropaje hecho de terciopelo recuperado y portaba en la cabeza una corona remachada con latas de conserva. Con voz engolada, me habló:

—Goran, la ciudad clama un soberano que la salve de su propia confusión. Es hora de enviar mensajeros a todas las torres, proclamando mi propuesta de Reino Unido de Buenos Aires.

Por dentro, me mordí la lengua para no reír. El rey es pomposo, vanidoso y cree que la gente de afuera lo aguarda con júbilo. Sin embargo, también he visto cómo, en ciertos rincones, su retórica seduce a quienes buscan un orden menos inestable que el actual. Así que me incliné con reverencia:

—Vuestra Majestad, ordene y obedeceré.

Esa misma noche, el rey dictó un edicto que me tocó redactar con mi mejor caligrafía:

“Por la presente, Su Real Majestad, Amancio I, Rey de la Torre Negra, invita a todas las torres a rendir vasallaje y sumarse a una corte que garantice paz y prosperidad. Dado el quiebre del Pacto y la caída del comerciante, solo un trono auténtico puede restaurar el

orden. Quienes se adhieran gozarán de protección, títulos nobiliarios y acceso a nuestras riquezas. ¡Viva el Reino, larga vida al Rey!”

Llevábamos meses planeando algo así, pero el disparo y la crisis fueron la señal para lanzarlo sin más dilación. Aunque suene ridículo, algunos en la Torre Negra realmente creen que este “Reino Unificado” puede funcionar: un señor feudal que protege a sus vasallos a cambio de tributos y obediencia. “Mejor la nobleza, que el caos,” argumentan.

Tercer día: los mensajeros parten

Hoy, en el tercer día tras el disparo, el rey reunió a quince mensajeros en el Gran Salón de las Columnas —un pasillo con pilares de hormigón adornados con escudos pintados a mano. Cada emisario lucía un peto metálico remendado y llevaba un estandarte con la insignia real: un dragón negro que escupe fuego sobre un mapa de la ciudad. Se me encomendó dirigir a este grupo pintoresco.

La instrucción era clara:

1 Visitar todas las torres principales (Del Plata, Roja, Marrón, Catedral del Sur, Gemelas, etc.).

2 Entregar el edicto y convencer a sus líderes de unirse pacíficamente bajo el “Reino de la Torre Negra.”

3 Ofrecer títulos de conde, duque o barón a quienes demuestren lealtad.

4 Prometer la protección del rey (lo que sea que eso signifique) contra la inminente guerra.

El rey, eufórico, bendijo a los mensajeros con un “cetro” improvisado (una barra de acero con joyas falsas). Luego, partimos al amanecer.

Crucé miradas con algunos caballeros de pega que flanqueaban las puertas. Sus sonrisas mezclaban orgullo y comicidad. Muchos acá disfrutan de la farsa feudal, creen en ella como un bálsamo contra el desamparo. Pero fuera de la Torre Negra, la gente nos ve como bufones o como un culto excéntrico. Seguramente, nuestros estandartes y nuestra jerga medieval suscitarán burlas o indignación.

—Sir Goran —me llamó un joven paje—, ¿creés que las otras torres acepten nuestro vasallaje?

—No lo sé, respondí con franqueza. Muchos preferirán sus propias banderas.

—Pero el rey dice que la ciudad anhela un soberano

—El rey cree eso, sí. Veremos qué opina la realidad.

Partimos con fanfarrias desafinadas, una especie de trompetas soldadas con hojalata que resonaban ridículamente en las calles vacías. Algunos habitantes de la Torre Negra aplaudieron con entusiasmo, mientras yo me preguntaba si no éramos más que un circo ambulante.

Al cruzar la puerta, percibí que el aire olía a miedo y a hollín tres días de tensión bastaron para vaciar las calles. No sabíamos si nos recibirían con flechas o con sarcasmos. Pero la misión era clara: llevamos la palabra del “Rey Amancio I.”

En el trayecto hacia la primera torre, uno de mis compañeros me contó que había rumores de alianzas entre la Torre Roja y la Marrón, entre la Catedral y algunos restos del Clan del Comercio, etc. Parecían piezas de un ajedrez donde nadie quiere ser peón de nadie. Y nosotros, con nuestro alfil negro y corona de latas, tratando de convencerlos de que se sometan a un rey imaginario.

—Sir Goran, el panorama es complejo. ¿De verdad creemos que se unirán bajo la Torre Negra?

—No sé, amigo. Tal vez algunos vean esto como una oportunidad de “renacimiento feudal.” Quizá lo tomen como un chiste. De igual modo, el rey quiere intentarlo.

En mi fuero interno, me debato entre la fidelidad al rey y la certeza de que la ciudad no se doblará tan fácilmente. Ni los comunistas de la Roja, ni los fascistas de la Marrón, ni los ateos de la Blanca, ni los radicales de las Gemelas aceptarán arrodillarse ante un monarca.

Pero el rey cree que, en tiempos de caos, la gente se aferra a cualquier símbolo de orden que prometa grandeza.

Pienso también en la paradoja de un mundo postapocalíptico que resucita la Edad Media. Quizá sea un capricho, un gesto de nostalgia por tiempos en que la gente tenía jerarquías claras. O quizá sea una tentativa de dar sentido a la supervivencia. Como sea, lo cierto es que el disparo de hace tres días nos dio un pretexto perfecto para "salvar" a la ciudad con el nuevo reino.

Al caer la tarde, acampamos en un cruce de calles inundadas, resguardándonos en un estacionamiento en ruinas. Montamos un fogón, y los mensajeros desplegaron sus sacos de dormir. Entre ellos, Solange, una "dama de compañía" que ascendió a condesa por decreto real, se acercó a mí:

—Sir Goran, ¿no temes que nos ataquen?

—Claro que sí, pero confío en que nadie dispare contra un bando que no se declara enemigo.

—¿De veras no somos enemigos de nadie?

—Para el rey, quien no se somete puede llegar a serlo, murmuré. Pero supongo que no nos atacarán primero. Tienen asuntos más urgentes.

Ella suspiró. Había ilusión en sus ojos, como si de verdad creyera que la Torre Negra podría reunir a todos bajo un solo estandarte. Semejante ingenuidad me conmovió.

Mientras intentábamos dormir, imaginé a Amancio I en su trono, esperando ansioso noticias de cómo las torres reaccionan a su edicto. Seguro fantasea con coronar príncipes en la Catedral, con nombrar “duques socialistas” en la Roja, o con forjar tratados con la Torre Marrón. Su retórica inflamada repetirá que “el reino es la salvación,” y que su linaje de “sangre noble” lo legitima. Aunque, por supuesto, esa sangre es tan fruto de la supervivencia como la de cualquiera en esta ciudad muerta.

En la noche, el viento aulló entre los escombros. Tendido en mi saco, repasé mentalmente las próximas paradas: el Palacio de Agua, las Torres Gemelas… tal vez la Catedral del Sur. Llevaremos el edicto a cada líder, proclamando con solemnidad: “Uníos bajo la corona de Amancio I, o afrontad la desdicha de permanecer en el caos.” Por dentro, ya anticipo sus risas o sus pistolas asomando a modo de respuesta.

¿Tiene algo de real este deseo de fundar un reino? En un escenario de inminente guerra, tal vez la gente anhele un gobernante fuerte que cierre las fracturas. O quizá, al presenciar nuestros ropajes de feria medieval, decidan que somos insignificantes. Solo al avanzar sabremos si la Torre Negra es ridícula o visionaria.

Así transcurre el tercer día desde el disparo que rompió el pacto. Mientras las torres se dividen en facciones, nosotros pretendemos unir toda la urbe bajo un rey extravagante. ¿Vanidad? ¿Parodia?

¿Último suspiro de un orden perdido? Nadie lo sabe. Pero la Torre Negra insiste en su sueño feudal.

Al borde de la medianoche, escuché algún disparo lejano, tal vez un enfrentamiento menor. No es contra nosotros, al menos por ahora. Nuestro estandarte con el dragón negro flamea en silencio, con la misma dignidad ficticia que envuelve toda la empresa. “¿Cómo reaccionarán?” me pregunto en cada pensamiento.

El rey reza a su propia soberbia para que el plan funcione, pero yo, Goran, no rezo a nadie: solo constato que el mundo gira con su propia ironía. Mañana, llevaremos nuestra oferta real a los demás. Veremos si escuchan la fanfarria o si simplemente nos dejan pasar como bufones inofensivos.

Por un instante, cierro los ojos y imagino:

“Larga vida al Rey, o que el Rey muera en su trono de hojalata. El tiempo dirá.”

Capítulo 16 El Clan del Ascensor

“Entre cada piso habita un misterio en cada ascenso, un secreto que puede hundir a toda la ciudad.”

Mi nombre es Saeko, y pertenezco al Clan del Ascensor, la hermandad neutral que, desde el fin de las grandes redes energéticas, aprendió a mantener en funcionamiento los ascensores que conectan los pisos de las torres. No venimos de una sola torre: somos una cofradía itinerante, diseminada por cada rascacielos superviviente. Nuestro templo es el eje vertical que se alza por entre las ruinas.

Para muchos, somos invisibles: apenas técnicos y operadores que vigilan la maquinaria y resuelven averías. Pero, en verdad, controlamos el movimiento vertical entre pisos. Sin nosotros, gran parte de la ciudad colapsaría en su propia parálisis.

Sabemos más de lo que decimos. Escuchamos voces en cada pasillo, en cada hueco de ascensor donde convergen intrigas y tensiones. Y ahora, tras el disparo que abatió al comerciante, hemos detectado una irregularidad que sacude nuestros engranajes secretos: alguien usó un ascensor clandestino el día del crimen. La sospecha se cierne sobre nosotros como un enjambre de cables sueltos.

Nuestra base principal —si puede llamarse así— está en un edificio derrumbado a medias, cerca de lo que antes fue la Av. Leandro N. Alem. Ahí, entre salas de motores desguazados y viejas poleas que rescatamos de otros rascacielos, mantenemos un taller laboratorio:

la “Orden de las Poleas,” donde algunos guardan con celo los planos electromecánicos de cada torre.

Esa mañana, mientras la ciudad aún despertaba con el rumor de alianzas secretas y nuevos odios, bajé hasta la cripta mecánica del sótano. Allí me recibió Hikaru, uno de los jefes más veteranos. Me tomó del brazo con urgencia:

—Saeko, hay un problema grave.

—¿El disparo?

—Más allá del disparo. Alguien usó un ascensor clandestino en la Torre Roja el mismo día que el comerciante fue asesinado.

Nuestros registros son meticulosos: cada vez que un ascensor se pone en marcha, los sensores de cables y cargas se activan, enviando datos a nuestra central. Así sabemos cuándo hay un desperfecto o un uso irregular. El día del disparo, a las 08:07, detectamos un ascenso súbito en la Torre Roja, sin luz en el tablero ni notificación previa. Fue un salto entre el Piso 3 y el 27, algo imposible sin energía oficial.

—¿Quién podría hacerlo? —pregunté, perpleja.

—Debe de ser alguien con acceso a una batería portátil o un generador robado, y con nuestros planos mecánicos filtrados.

—¿Se bajó en el 27? —aventuré.

—Sí, y luego el ascensor descendió vacío a las 08:12. Justo cuando…

—…cuando el comerciante caía, completé su frase.

Una idea me recorrió. El disparo se produjo a las 08:11 según todos los indicios. ¿Ese pasajero clandestino fue el asesino, o un cómplice, o alguien que quiso escapar del caos?

En la Orden de las Poleas tenemos un dogma de neutralidad: no somos de ninguna torre, no apoyamos guerras, solo mantenemos el flujo vertical. Pero este suceso revienta nuestra fachada tranquila. ¿Cómo se filtraron nuestros planos? ¿Podría ser un traidor en nuestras filas? ¿O lo robaron de otra forma? Si se confirma que un ascensor irregular transportó al asesino, nos acusarían de complicidad.

A mis compañeros les aterra la idea de que la Torre Marrón o la Roja exijan explicaciones, y peor aún, que una facción irracional busque destruir los ascensores para frenar supuestos actos terroristas. Sin ascensores, la ciudad volvería al infierno de escaleras interminables, aislamientos brutales, y un retroceso total en la movilidad vertical que aún nos mantiene medio unidos.

Reunidos en el “Altar de los Motores” —un habitáculo con poleas colgantes y bancos de trabajo iluminados por lamparitas ruidosas—, discutimos en voz baja. Algunos sugieren “encubrirlo,” falsificar registros. Otros argumentan que “la verdad saldrá a la luz tarde o temprano.” El maestro Hikaru, con su cabellera gris, apoya las manos sobre la mesa y dice:

—Debemos investigar por cuenta propia quién robó ese ascensor. Si lo ocultamos, nos harán responsables del crimen.

—¿Cómo sabremos si era el asesino? —preguntó una aprensa.

—No lo sabemos —gruñó Hikaru—, pero el tiempo apremia. La ciudad ya habla de conspiraciones, y si descubren esta pista antes que nosotros, los ascensores quedarán marcados como armas del caos.

Me asignaron encabezar la pesquisa. Cargué en mi mochila un mapa detallado de la Torre Roja, donde se aprecia cada cable, cada polea y cada panel de control. Para un uso clandestino, el intruso debió accionar ciertos conmutadores que están ocultos detrás de una placa sellada. O sea, alguien que conocía nuestra ingeniería casi a la perfección. Tomé algunas herramientas, y me dispuse a marchar. No tardé en partir hacia la Torre Roja.

Mientras ajustaba mis guantes, recordé la hora fatídica del disparo y sentí un peso en el pecho: ¿Y si mis planos cayeron en manos de un asesino? Yo estuve hace meses en la Torre Roja, supervisando reparaciones. ¿Habré sido descuidada?

El efecto del “ascensor clandestino” me carcome la mente. En esta ciudad, nuestra cofradía es la última guardiana de la neutralidad vertical. Sin nosotros, la vida en los pisos altos sería una condena, y la comunicación entre plantas se volvería un suplicio. Por eso, en general, nadie nos ataca: saben que destruir un ascensor es desangrar la propia torre. Pero si se confirma que un saboteador usó uno de nuestros aparatos para perpetrar el asesinato, podríamos ser vistos como un caballo de Troya en cada edificio.

Las guías del Clan del Ascensor rezan: “En cada cable, mora la concordia. En cada polea, el equilibrio.” Ahora, ese equilibrio pende de un hilo.

Llegué a la Torre Roja a media mañana del tercer día post disparo. El aire viciado en la planta baja estaba cargado de recelos: guardias comunistas revisaban bolsas y mochilas, temiendo que alguien introdujera armas o explosivos. Les mostré mi credencial de la Orden de las Poleas, y me dejaron pasar a regañadientes.

Me escoltaron hasta el “Piso 5,” donde un improvisado comité discutía asuntos internos. Se veían banderas rojas con consignas de fraternidad, pero en sus rostros había más desconfianza que hermandad. Un militante me preguntó:

—¿Qué haces acá, ascensorista?

—Busco irregularidades técnicas en los controles. Temo que alguien usó un ascensor sin autorización el día del crimen.

—¿Insinúas que salió de aquí el asesino?

Su tono acusatorio me puso tensa.

—No acuso a nadie. Solo sigo el rastro de nuestros registros.

Me dejaron examinar la sala de motores. Tras retirar una lámina metálica, confirmé mis sospechas: la cerradura del panel estaba forzada. Un cable suelto, un conmutador alterado. El ascensor podía ser activado de manera independiente a la corriente principal. En una caja auxiliar, hallé signos de haber acoplado una batería portátil

—quizá una de las que usan en la Torre Del Plata o la Marrón, pues la Roja no suele emplear esas tecnologías.

—Acá está la firma del crimen —exprese, sudando.

—¿Tenés idea de quién pudo hacerlo?

—No, pero esto no lo hace un novato. Quien sea, recibió planos o asesoría de alto nivel.

En un pasillo contiguo, alguien cuchicheó:

—Los ascensoristas se hacen pasar por neutrales, pero ¿quién sabe si uno de ellos no cobró para transportar al pistolero?

Apreté los puños para no responder con rabia. Sé que mi cofradía no se vende, al menos oficialmente. Pero también sé que hay exmiembros renegados o sobornados.

Volví a mi taller con el corazón oprimido. Si un traidor está en nuestras filas, el Clan del Ascensor podría colapsar desde dentro. O si fue un técnico externo que robó nuestro conocimiento, igual nos culparán por no protegerlo. Me dirigí a Hikaru, quien me miró con tristeza:

—Saeko, ¿qué viste?

—Lo que temíamos: forzaron el panel, se alimentaron con batería. Pudieron subir al piso 27 y luego descender sin ser vistos.

—El tiempo coincide con el disparo…

—Sí —asentí, con la garganta seca—. Podría ser el asesino, o un cómplice que escapó.

Hikaru cerró los ojos. “¿Estamos ante el preludio de una caza de brujas contra nosotros?” me preguntó, y yo no tuve respuesta.

Ser ascensorista es más que enchufar cables. Dominamos una red subterránea de poleas y husillos que conecta casi todos los edificios. Alguien quiere usar esa red para burlar la vigilancia y cometer crímenes en zona neutral. Pensé en la bala, en la sangre del comerciante, en la balanza rota. “¿Por qué orquestar un ascenso clandestino?” Quizá para posicionarse en un ángulo ideal de disparo. O tal vez fue una fuga tras disparar, apareciendo y desapareciendo como un fantasma.

Hikaru me convocó a una reunión con el resto de la Orden. Todos estaban sentados en torno a un gigantesco carrete de cable, usado como mesa. Allí, analizando mapas y registros de otros edificios, se planteó un temor mayor: “¿Y si la Torre Roja no fue la única con un ascensor clandestino?” Había pequeñas desincronizaciones en la Torre Marrón, fallos en el panel de la Torre Del Plata ¿Podrían existir más subidas ilegales?

El maestro anciano pronunció:

—Debemos sellar cada panel auxiliar. Y quizá, anunciar a las torres que revisen sus motores.

—¿Anunciarlo? —exclamó un joven técnico—. ¿Acaso no nos culparán?

Hikaru fijó la vista en mí:

—Saeko, elijamos la verdad. Cualquier mentira condenará al Clan del Ascensor a la hoguera.

En la mañana del cuarto día, tomé un pequeño dron mensajero con capacidad limitada y le cargué un sobre que explica brevemente: “Hemos hallado pruebas de ascensores clandestinos. Nuestro clan no avala el uso irregular. Les rogamos revisar sus sistemas.” Lo enviaríamos a varias torres clave. Al hacerlo, siento un miedo punzante: ¿podrían responder con furia y exigir cabezas? Quizá. Pero preferimos arriesgarnos; si la verdad no sale de nosotros, la encontrarán otros y nos acusarán de encubrimiento.

Mientras dejo escapar el dron en una abertura del muro, susurro la plegaria mecánica que nuestra Orden recita:

“Que cada cable sostenga la concordia,

Que cada polea gire sin rencor,

Y que el ascenso no sea caída.”

Sus palabras se quiebran en mi interior, porque temo que la red vertical se vuelva una trampa mortal para la ciudad. El disparo al

comerciante y la revelación de un ascensor clandestino apuntan a un mismo enigma alguien orquestó este crimen con precisión. Y el Clan del Ascensor —guardían de la neutralidad— se halla en el ojo de la tormenta.

Aun así, respiramos hondo y volvemos a nuestros motores, cables y engranajes. Es lo único que sabemos hacer: mantener el flujo vertical y velar por una paz que, en estos días, pende de un hilo igual de frágil que nuestros cables aceitados.

Capítulo 17 Guardianes del Código

“Lo sagrado no habita en los altares, sino en los acuerdos que evitan la barbarie.”

Me llamo Hadrían y soy uno de los altos guardias del Concilio del Código, la institución que desde los tiempos finales custodió el Contrato de No Destrucción. Para muchos, somos los últimos vestigios de un pacto que impide que la ciudad se arrase a sí misma. Para otros, somos un remanente burocrático y casi religioso que busca imponer la ley donde el caos ya triunfa.

Ha pasado una semana desde que un disparo quebró la confianza que sostenía el mundo: aquel comerciante del Clan fue derribado, la balanza quedó ensangrentada, y el pacto casi se desmoronó por entero. En estos días, cada torre ha entrado en la espiral de conspiraciones, alianzas y acusaciones. Y nosotros, los guardianes, vemos cómo la ley no escrita se deshace como un pergamino expuesto a llamas lentas.

Cuando hablamos de “Guardianes del Código,” muchos imaginan viejos eruditos vestidos con capas, recitando cláusulas arcaicas en un latín postizo. No es tan así. Resguardamos, en un lugar secreto, un manuscrito que emergió tras el Gran Fin, un documento consensuado por las torres sobrevivientes: “No se destruirán los edificios, ni se hará daño a quienes garantizan la continuidad de la especie.”

Ese documento se fue reformando con anotaciones y sellos adicionales, volviéndose un símbolo sagrado de la tregua universal. Nadie lo llama constitución, ni biblia, ni ningún otro término exacto, pero su esencia es clarísima: “Proteger los pilares del refugio y los portadores de bienes indispensables.”

Sin embargo, con la bala que segó la vida de un comerciante, alguien ha pisoteado el centro mismo del código. Y la ciudad exige justicia o venganza.

La sede de nuestro concilio no es una torre propia, sino un claustro adaptado en la base de un edificio medio en ruinas, cerca de la vieja

Plaza Congreso. Lo llamamos “La Cámara del Silencio,” y es un recinto circular donde nos reunimos los guardianes para deliberar. Sus muros están marcados con símbolos de todos los edificios: rojos, azules, grises, caníbales, catedrales Cada facción reconoció alguna vez la autoridad moral del Código.

Hoy, la tensión se siente en cada centímetro de ese recinto. El concilio permanece dividido entre los que reclaman “castigar con mano firme” y los que creen que la investigación no debe apresurarse. Me encargo de moderar las voces, de evitar que la ira tome el control. Pero cada día que pasa sin un culpable oficial, el odió crece.

Desde aquel disparo, varios incidentes menores han estallado: peleas en las calles neutrales, enfrentamientos verbales, algún conato de tiroteo. La guerra no ha explotado de lleno, pero la pólvora está echada. En medio de esto, cada torre envía emisarios o cartas al Concilio, clamando: “¡Exijan un castigo ejemplar!” O: “Desenmascaren a la torre que osó romper el pacto.”

Otros, en cambio, solicitan prudencia. Sin pruebas, cualquier condena abriría un frente bélico. Aun así, la gente necesita un culpable. El Comerciado que falleció era sagrado: quien toca al Clan del Comercio abofetea el corazón del Contrato de No Destrucción.

A mediodía, me encerré a solas con el manuscrito. Es un pergamino amarillento, con enmiendas escritas a mano y sellos colgados de

hilos descoloridos. Encendí una lámpara de aceite y repasé los artículos principales. Me detuve en el que reza:

Artículo III:

“Los corredores de intercambio y quienes porten la balanza serán intocables en su tránsito causarle muerte intencionada constituye violación directa del pacto.”

No hay ambigüedad. El crimen es evidente. ¿Cómo aplicar la ley cuando no hay una corte formal, ni cárceles unificadas, ni un mecanismo de policía global?

El concilio, por tradición, podría declarar anatemas —bloqueos, sanciones colectivas— contra la torre o persona responsable. Y en casos extremos, “justicia ejemplar.” Ese eufemismo es un eco de tiempos salvajes: un castigo tan duro que, se supone, previene futuras transgresiones.

Mientras revisaba anotaciones antiguas, encontré referencias a otro crimen de similar magnitud, ocurrido años atrás: un intento de dinamitar la Catedral del Sur. El concilio declaró anatema contra la facción culpable, que quedó proscrita y perseguida. La ciudad entera se unió para expulsarlos al desierto helado. Aquel suceso marcó la fama de los guardianes como poder de “último recurso.”

Ahora, muchos exigen que repitamos ese ritual de castigo. Pero no tenemos pruebas de quién disparó. Cada torre se lava las manos, y hasta sospechamos de un “agente independiente.” La noche ha parido mil rumores, y el concilio, atrapado en esa maraña, sufre la presión de ofrecer una respuesta rápida.

Como uno de los altos guardias, me corresponde escribir un informe de recomendación: ¿Declarar la “justicia ejemplar,” iniciando una cacería del culpable? ¿O esperar que las torres se pongan de acuerdo en un consejo mayor y aporten evidencias? A diario, me atormenta la idea de que el tiempo juega contra nosotros: cada hora de incertidumbre alimenta la anarquía.

Por otro lado, si el concilio acusara a la torre equivocada, se hundiría nuestra legitimidad. Y si nos negamos a castigar, nos verán como un tigre de papel. “¿Somos la última barrera ante la barbarie, o un relicario de retóricas vacías?” me pregunto, con el pergamino todavía en mis manos.

Hoy, a las 15:00, varios co guardianes se congregaron para discutir mi borrador del informe. El clima era irrespirable. Había quienes gritaban que la Torre Marrón está detrás de todo, otros acusaban a la Roja. Un sector guardaba silencio, temiendo culpar sin certezas. Edna, la guardiana más intransigente, golpeó la mesa con el puño:

—Hadrían, la ciudad exige un culpable. No podemos seguir titubeando.

—No —respondí con calma—, no podemos improvisar un verdugo. Necesitamos pruebas.

—¿Y quién las traerá? Cada torre tiene su versión. El asesino se oculta en la oscuridad.

—Hasta que surja algo concreto, nuestro deber es mantener la cohesión.

Pero Edna se puso en pie, con ojos encendidos:

—La cohesión se pierde cada día que no castigamos. Debemos aplicar el “anathema general” contra todo sospechoso.

La sala estalló en voces encontradas. Tomé aire y recordé que mi rol es la templanza. Pero me sentí entre una espada y una pared.

No solo los guardianes se agitan. Al caer la tarde, recibimos una visita inesperada un emisario del Clan del Comercio que, aunque diezmado, sigue activo. Vino con los ojos cansados, portando un documento sellado en hueso:

—Guardianes, saludó con respeto—. Mi gente exige que el concilio actúe. Hemos perdido a uno de los nuestros, y su sangre clama justicia.

Me miró con dureza:

—Si ustedes no se atreven a castigar, los comerciantes buscaremos otro camino.

Esa amenaza velada me estremeció. El Clan del Comercio, neutral por definición, insinuando que tomarían cartas violentas si no vemos resultados. “La guerra total se acerca,” pensé. “Y la última válvula se suelta.”

Con la presión en auge, me aislé en una habitación lateral, donde guardamos copias de las antiguas notas del concilio. En la penumbra, releí una cláusula firmada tras la Guerra de los Edificios, aquella que casi destruyó todo cuando se disputaron el agua y los recursos. Rezaba:

“Si uno atenta contra el pacto, las torres unidas impondrán anatema. Mas antes, los guardianes agotarán la vía de la verdad, aún frente a la pena de manchar la ley.

La vía de la verdad. Cuánto pesa esa frase. Significa que antes de desatar la furia, debemos encontrar evidencias. Pero no hay un cuerpo legal que nos respalde, ni detectives imparciales. Sólo intrigas y fingimientos. ¿Podremos sostener esta espera sin que se nos convierta en anarquía?

Mientras reflexiono, Edna y otros guardias llaman a la puerta. Me entregan un documento con su firma: exigen formalmente que el concilio decrete la “justicia ejemplar.” Es decir, un llamado a todas las torres para “reprimir enérgicamente” cualquier sospechoso,

aislar a los que se nieguen a cooperar, y si es preciso, arrasar las células infiltradas. Es la modalidad más cruel y raras veces se ha invocado. Los historiadores la comparan con una inquisición.

—No —digo, contemplando el documento con escalofríos—. Aplicarla ahora es matar moscas a cañonazos.

Pero Edna me increpa:

—La ciudad arde. ¿Qué prefieres, el fuego de todos o un fuego controlado?

Sus palabras me torturan. “¿Un fuego controlado?” ¿Acaso creemos que la violencia se puede dosificar? Si lo hacemos, seremos parte de la destrucción que el Código intentaba prevenir. Pero si no lo hacemos, tal vez la ciudad se desgarre de igual forma.

La noche me encuentra con el viejo pergamino en las manos, sentado en un banco de piedra. Pienso en la finalidad última del Contrato de No Destrucción: impedir que la humanidad se aniquile. “La bala que mató al comerciante no solo apagó una vida,” me digo, “también puso en jaque nuestra única ley sagrada.”

Las torres, devoradas por sus odios, piden un acto firme. El comercio, fundamento de la interdependencia, se tambalea. Y nosotros, guardianes, somos la instancia moral más cercana a un gobierno, aunque sin armas ni ejército. ¿Cómo gobernar el odio sin una fuerza de imposición?

Cierro los ojos. Me inunda la memoria de historias donde la codicia y la fe ciega arrasaron las tierras. El pacto surgió para frenar esa espiral, pero tal vez su hora ya pasó. Tal vez la ciudad debe tocar fondo.

Al amanecer, convoco a los otros altos guardias. Con voz cansada, anuncio mi decisión:

No firmaré la “justicia ejemplar” sin pruebas concretas del culpable.

Publicaré un edicto pidiendo colaboración real en la investigación.

Convocaré a un “tribunal extraordinario” con representantes de las torres principales y del Clan del Comercio, para ver si pueden presentar evidencias.

Los guardias se miran con desconfianza. Edna se queja, otros se alivian. Alguien balbucea que puede ser demasiado tarde. Pero la votación me apoya por una estrecha mayoría. Daremos un margen de tiempo adicional, esperando que un atisbo de verdad emerja.

Salgo de la Cámara del Silencio sintiendo un peso enorme. Sé que muchas torres se impacientarán al conocer mi postura. Y, si no surge un rastro fiable en unos días, el concilio quizá ceda a las presiones y decrete la represión indiscriminada. “Una cacería de brujas,” me resuena en la cabeza.

Miro al cielo del octavo día post disparo. El humo de quemas dispersas cubre parte del horizonte. La ciudad entera cruje con el rumor de un inminente conflicto. En mi mano, sostengo el pergamino

que reza el Contrato, y la tinta de sus líneas me parece a punto de desvanecerse. “¿Seremos capaces de salvar un pacto que agoniza?”

No lo sé. Tal vez la búsqueda de culpables encienda una guerra final. O tal vez, si un día la verdad se revela, podamos redimir esta barbarie. Hasta entonces, los Guardianes del Código seguimos siendo meros custodios de un texto que, con cada hora que pasa, suena más a reliquia de una paz perdida que a ley viva en un mundo sediento de sangre.

Y aun así, me aferro a la esperanza de que no todo esté perdido. “La justicia puede ser un puente,” me digo, recordando una vieja frase del concilio. “O una espada.”

Hoy, he elegido el puente. Mañana, quizás ya no exista piso firme sobre el cual erigirlo.

Capítulo 18 Los Cronistas Silenciosos

“Somos la resonancia que registra la historia. No dictamos sentencias; sólo documentamos los acontecimientos de un mundo que agoniza y renace.”

Mi nombre es Aristóteles—no por homenaje al filósofo antiguo, sino por la coincidencia de que mis padres, también Cronistas, me legaron un nombre que resonara con sabiduría. Pertenezco a la orden de los llamados Cronistas Silenciosos, una fraternidad nómada que no defiende torres ni religiones ni ideologías. Nuestro objetivo es recopilar, en pergaminos y bitácoras, todos los testimonios de este colapso perpetuo y, de algún modo, salvar la memoria de quienes subsistimos tras el Gran Fin.

Por años hemos recorrido la ciudad, calle a calle, subiendo ascensores con el Clan del Ascensor, adentrándonos en los túneles con los Subterráneos, e incluso arriesgándonos a entrar a la Torre Roja o la Marrón cuando había treguas temporales. No juzgamos lo que vemos. Sólo lo anotamos, lo registramos. De allí nace nuestra fama de “silenciosos”: no participamos en debates, no elegimos bandos, y cada palabra que recogemos se deposita en archivos ocultos, dispersos en escondites que solo los nuestros conocen.

La bala que arrebató la vida del comerciante del Clan, hace ya más de una semana, sacudió el pacto como un temblor inesperado. Desde entonces, las tensiones se han vuelto insoportables, y nosotros hemos redoblado nuestra misión de viajar entre torres para transcribir cada acontecimiento, cada reacción. Debemos hacerlo con cautela, pues algunos ven en nuestra presencia una intrusión, mientras que otros nos confunden con espías. Pero en realidad, somos meros testigos.

Lo que pocos saben es que esta compilación de relatos (los capítulos, las voces, las confesiones que han emergido) viene siendo recolectada por mis hermanos y hermanas Cronistas, dispersos por cada edificio. Cuando un testigo habla, cuando un líder murmura, cuando un exiliado sufre en silencio, alguien de los nuestros escucha, copia, memoriza. Nuestra orden funciona como una vasta red de oídos y manos que, sin pronunciar juicio, deja constancia de lo sucedido.

Viajé con un reducido grupo de Cronistas —cuatro mujeres y dos hombres— hasta un refugio en los escombros de una biblioteca antigua, cercana a la Avenida Corrientes. Ahí, entre estanterías derruidas, extendimos con cuidado las páginas sueltas de nuestras bitácoras. Cada uno voltea sus cuadernos y, en una suerte de ritual, nos turnamos para leer en voz baja los fragmentos que hemos recopilado:

Capítulo tras capítulo, testimonios de la Torre Del Plata, Aconcagua, la Catedral del Sur, las Gemelas, el Hotel Majestic, el Palacio de Agua, la Torre Roja, la Torre Marrón, los Subterráneos, la Torre Caníbal, la del Libertinaje, la Torre del Silencio, la Torre Sufí, la Torre Blanca, la Torre Negra, el Clan del Ascensor, los Guardianes del Código…

No nos preguntamos si dicen la verdad absoluta. Anotamos su versión, su voz interior, y la entretejemos en una crónica que, quizá,

un día sirva para comprender por qué la humanidad repitió sus viejos errores incluso al borde de la extinción.

Encendemos velas. El olor a muerte y moho impregna el aire. Las ruinas de la antigua biblioteca se llaman ahora la Biblioteca de Sombras, porque todo lo que allí se escribe se guarda en penumbra, lejos de la luz de las torres. Mis compañeros y yo repasamos cada testimonio con sumo cuidado, buscando coherencias, repeticiones, contradicciones.

Mi compañera Selene, experta en caligrafía, me señala un pasaje donde un testigo de la Torre Roja jura que no dispararon, mientras un francotirador de las Gemelas, en su testimonio, insinúa que vio un destello proveniente de aquel edificio. Contradicciones “La verdad es un tapiz fragmentado,” expresó, pensando en la complejidad de hilarlo todo.

No intervenimos para condenar a nadie ni para glorificar a nadie. Nuestro voto de silencio nos prohíbe influir en los sucesos. Pero, a medida que la ciudad se ennegrece de sospechas, algunos claman que los Cronistas deberían divulgar las pruebas. Creen que, a fuerza de recabar datos, podríamos saber quién disparó. Y quizá tengamos pistas Sin embargo, si revelamos algo, quebraríamos la neutralidad que nos mantiene con vida.

Selene me observa con tristeza:

—Aristóteles, cada capítulo que transcribimos es un grito de auxilio.

—Lo sé —admito con dolor—, pero nuestra orden es clara. Somos el espejo, no la mano que dirige la espada.

Cada noche, nos reunimos en torno a un brasero de metal, donde quemamos las copias sucias o defectuosas y guardamos en cofres las limpias. Preparamos duplicados que enviamos a escondites lejanos, por si este refugio cae. De esa forma, se perpetúa la crónica de la hecatombe presente, y acaso, en un futuro distante, alguien lea nuestros relatos y comprenda que así fue como la ciudad volvió a los viejos patrones de violencia.

Selene, con voz suave, lee un fragmento que transcribió en la Torre Marrón, donde un oficial confiesa su deseo de imponer orden a cualquier precio. Luego, otro compañero lee un testimonio de un nómada que vio al comerciante caer. Después, un tercer Cronista lee el pasaje de un monje sufí hablando de la danza. El contraste me estremece: “¿Cuántos mundos coexisten en este puñado de ruinas?”

En cierto modo, somos la voz de la ciudad, aunque nadie nos haya elegido. Cargamos sus historias, las entrelazamos sin alterarlas. A veces la gente nos llama “sombras con un pergamino”, pues aparecemos y desaparecemos sin hacer ruido. Recogemos confesiones, monólogos, reflexiones. Luego, en la noche, hilamos ese gran tapiz de la tragedia humana.

Esa noche, en la Biblioteca de Sombras, discutimos la urgencia de seguir documentando todo lo que ocurra en los próximos días: el consejo de torres, la posible guerra pactada o la búsqueda de un

chivo expiatorio por parte de la Torre Marrón o los Guardianes del Código. Somos peregrinos del apocalipsis, testigos de la misma historia repetida.

Hay un chisme cada vez más fuerte: si se desata la “justicia ejemplar,” cualquiera con datos relevantes puede ser interrogado o torturado para extraer información. ¿Qué haríamos nosotros, Cronistas, llegados a ese extremo? ¿Entregaríamos la bitácora con las voces de cada torre, traicionando la confianza que depositan en nuestro silencio? ¿O moriríamos callados?

Nadie en la orden lo sabe. Nuestro pacto es mantenernos neutrales hasta el final, pero la supervivencia nos empuja a preguntarnos qué tan lejos llegaremos. Aun así, no renunciamos a la misión: creer que la memoria vale la pena, que dejar un testimonio puede, tal vez, ser el único consuelo que quede a las generaciones futuras.

Tras revisar los últimos papeles, me doy cuenta de algo: entre capítulo y capítulo, se insinúa la existencia de un conspirador que dominó la información suficiente para orquestar el disparo sin dejar rastro. La Torre Del Plata habla de la mutación de las reglas. Edificio Aconcagua sugiere una mente retorcida. El Clan del Ascensor menciona un ascensor clandestino. Cada testigo ofrece un fragmento Y en conjunto, parece un rompecabezas que alguien habría armado.

Sin embargo, nosotros no somos detectives. Documentamos, no resolvemos crímenes. Respiro hondo, intentando acallar la tentación

de atar cabos. Dejo las notas en un cofre y recuerdo la plegaria laica de nuestra orden:

“Hagamos del silencio la lámpara

Que alumbra el verbo de los otros.”

Mientras mis compañeros duermen, me siento a escribir, a modo de confidencia, cómo hemos obtenido y ordenado estas voces. Me doy cuenta de que en mis palabras, por primera vez, aludo a la existencia de estos capítulos:

Un capítulo sobre la Torre Del Plata, la ciencia que observa la mutación.

Otro sobre Aconcagua, la niña de insectos.

La Catedral del Sur, las Gemelas, el Hotel, el Palacio de Agua, la Torre Roja, la Torre Marrón, los Subterráneos, la Torre Caníbal, la del Libertinaje, la del Silencio, la Sufí, la Blanca, la Negra, el Clan del Ascensor, los Guardianes del Código, todos han hablado y hemos transcrito sus testimonios.

Cada relato es un eslabón de la cadena, un testimonio que, sin darse cuenta, forma parte de esta crónica que la ciudad está escribiendo consigo misma.

Esa misma madrugada, un Cronista anciano llamado Velasco se me acerca. Casi sin voz, me pregunta si debemos ya “enterrar” las copias, temiendo un ataque a la biblioteca. Yo niego con la cabeza. Aún no. “La historia sigue escribiéndose,” contesto. “Debemos acompañarla hasta que la sangre de la ciudad deje de manar o hasta que nos corten la mano.”

Velasco asiente con un brillo nostálgico en los ojos. Sabe que nuestra neutralidad es un arma de doble filo: nos protege, pero también nos condena al aislamiento. Nadie nos defenderá si deciden que el saber es peligroso. Sin embargo, si no dejamos constancia de lo que pasa, ¿quién podrá narrar el horror, la muerte, el resurgimiento, si es que llega?

Las velas flaquean. El viento observa entre estanterías rotas, y lo lúgubre danza en el haz de luz mortecino. Guardo, en un cofre metálico, todas las copias de estos diecisiete relatos que hemos recolectado hasta ahora, y me dispongo a iniciar el decimoctavo fascículo, donde, por primera vez, los Cronistas Silenciosos nos presentamos.

Somos la memoria errante. No pronunciamos veredictos, no empuñamos fusiles, no construimos torres. Registramos. Este compendio de voces que el lector maneja —o manejará— es en gran parte nuestro legado, nuestra forma de testimoniar que, incluso en el corazón de la devastación, quedaba un hilo de narrativa humana.

¿Servirá de algo? No lo sé. Tal vez un día, en los escombros, alguien encuentre estos escritos y comprenda que hubo una historia, y que no todos quisimos callar. Hasta entonces, permanecemos en silencio, guardando cada testimonio como una piedra sagrada en el templo roto del tiempo.

“Somos el eco que registra la historia,” repito mientras cierro mi cuaderno.

“No dictamos sentencias sólo documentamos los sucesos de un mundo que agoniza y renace.”

Así, la noche avanza, y la ciudad sigue su cauce hacia lo incierto. Nosotros, Cronistas Silenciosos, seguimos transcribiendo sus múltiples voces, capítulo tras capítulo, con la esperanza frágil de que, al final, la memoria sea un arma contra el olvido y quizás, contra la repetición infinita de las mismas tragedias.

Capítulo 19 La Torre Fantasma

“A veces, lo que no se nombra sigue existiendo en el inconsciente de la mente.”

Mi nombre es Adina. Durante años, recorrí la ciudad como nómada, sin edificio al que llamar hogar. He oído centenares de historias, presenciado rituales extraños, pisado ruinas que pocos se atreven a explorar. Pero siempre escuché una leyenda persistente: “Hay una torre que no está en ningún mapa, un rascacielos que aparece y desaparece, donde las paredes narran secretos.” La llamaban La Torre Fantasma.

Nadie parecía haberla visto en carne propia, excepto quizá un puñado de locos o borrachos. Se decía que no aparecía en el horizonte, que no figuraba en los registros de los Guardianes del Código, y que ni el Clan del Ascensor tenía constancia de ella. Sin embargo, los Subterráneos hablan de formas imposibles, las vigilantes de las Torres Gemelas cuentan haber visto una silueta brumosa al anochecer Siempre un testimonio vago, una quimera en la distancia.

Yo, incrédula, lo tomaba por mito urbano. Hasta que, en medio de esta tempestad de intrigas tras el disparo al comerciante, me topé con un pasadizo que conducía a una torre que no debería estar ahí.

Ocurrió al caer la tarde. Huyendo de una escaramuza en una zona neutral, me refugié en lo que quedaba de un estacionamiento subterráneo semicolapsado. Los escombros dejaban ver un corredor angosto, casi tapado de escombros y tuberías rotas. Me abrí paso, confiando en que al otro lado encontraría alguna salida. De pronto,

me hallé en un espacio de oscuridad que ascendía en una escalera de caracol oxidada. No había señal de los edificios conocidos.

Subí, sin entender cómo emergí en un vestíbulo. Las paredes, ennegrecidas, mostraban la huella de incendios antiguos. Y, sin embargo, la estructura parecía en pie, como si se sostuviera por un milagro. Miré alrededor, atónita: una entrada espaciosa, con dos filas de columnas fracturadas, y un letrero metálico caído que rezaba letras ilegibles. Intenté descifrarlas: algo como “TA… RE… SI… … AMA.”

La curiosidad me sacudió: “¿Será… la Torre Fantasma?”

Adentrarme más allá fue un acto temerario. Avancé por un corredor con el piso lleno de cristales rotos. La indiferencia bañaba todo, pues los ventanales estaban sellados por un hollín tan denso que casi parecía pintura negra. El aire olía a recuerdos, a placares viejos, a algo que se ha quedado detenido en el tiempo.

En algún punto, distinguí un lobby amplio, iluminado por la tenue claridad del anochecer filtrada por brechas en las paredes. Allí descubrí algo que me heló la sangre: inscripciones. Miles de letras, símbolos y frases talladas o pintadas en las paredes, techos y columnas. Algunas parecían antiquísimas, otras recientes: ¿Quién escribe en un lugar inexistente?

Mis pasos resonaban huérfanos. Mientras me acercaba a la pared, leí frases sueltas:

“El comerciante cayó a las 08:11.”

“Nadie escuchó mi último deseo.”

“El agua no limpia esta culpa.”

“¿Fue la bala un designo de dios o la risa de un loco?”

Eran referencias claras al suceso que sacudió la ciudad: el disparo contra el comerciante. Sorprendida, avancé más, encontrando párrafos enteros que parecían relatos de cada torre: el testimonio de un genetista, la plegaria de una francotiradora, la oración de un monje “¿Cómo puede ser?” me pregunté. “¿Acaso alguien copió los pensamientos que circulan en toda la urbe?”

Cerré los ojos, intentando no sucumbir a la impresión de que los muros me miraban. Cada trazo parecía brillar con un fulgor leve.

Moviéndome con cautela, descubrí un pórtico que llevaba a una sala más grande. El piso se quebraba, amenazando con derrumbarse, pero me arriesgué. A contraluz, había un ascensor carcomido por el óxido, como un monstruo dormido. A su lado, un grafiti: “Por este hueco bajó la traición.” ¿Sería referencia al Clan del Ascensor? ¿Un delirio de un desconocido?

La atmósfera me envolvía en una sensación onírica, como si el edificio flotara fuera de la realidad. El silencio era tan espeso que oía

mi propio pulso. A veces, me parecía percibir pasos a mi alrededor, sombras que se escabullían. Pero al mirar, no había nadie.

De pronto, me detuve en seco: escuché un lamento, un decir etéreo que explayaba una palabra inentendible. Intenté buscar el origen, pero su resonancia rebotó en los muros, difuminándose. Me recordaba al canto lejano de algún coro espectral.

—¿Quién anda ahí? —pregunté, miedosa.

Ninguna respuesta, salvo el latido sordo de mi corazón y el ruido agudo de lo que pudo ser un techo a punto de ceder.

Continué explorando y pasé por un pasillo más angosto que ascendía en rampa, como si la torre hubiera sido diseñada por un arquitecto enloquecido. Las paredes, repletas de escritos, parecían narrar capítulo a capítulo las voces de cada torre que se alza en la ciudad: la Roja, la Marrón, la Cátedral, el Hotel Majestic Reconocí citas que había oído en mis viajes, pero algunas parecían profecías:

“La matriarca de las Gemelas disparará sin piedad.”

“El Palacio de Agua se ahogará en su propia sed.”

“La Torre Sufí danzará al filo del abismo.”

¿Qué mente recopila esto? ¿Quién transcribe en la Torre Fantasma lo que ocurre y lo que podría ocurrir?

Tras un recodo, la rampa se convertía en una escalera desgajada que ascendía a un piso superior. Intenté subir, pero los peldaños cedían

bajo mi peso, y una parte de mí sintió un pánico irracional: “Si subo, tal vez ya no regrese a la realidad.” Retrocedí. Sentía que cada paso hacia arriba me adentraba en un sueño más profundo, como si el edificio se devorara a sí mismo.

Miré por una hendija en el muro y atisbé una vista de la ciudad o de lo que quedaba de ella. Para mi asombro, desde allí no reconocía los edificios usuales. Era como si la Torre Fantasma se irguiera en un lugar que no coincidía con la geografía real. Una angustia me invadió: ¿Dónde estoy en verdad?

Regresé sobre mis pasos, internándome en otra sala. Me topé con un escritorio corroído, encima del cual descansaba un cuaderno de tapa gris con algunas páginas sueltas. Lo abrí con manos inquietas y leí unos trazos que parecían formar un diario:

“La bala ha quebrado el pacto.

Las torres se acusan, la ciudad se resquebraja.

Nadie me escucha.

Soy el interludio de todas las voces que callan”

¿Era la voz de la torre en sí? ¿O de alguien que se refugió acá? Sentí un vértigo como si estuviese violando la intimidad de un espectro.

La oscuridad se intensificó. De pronto, noté que la grieta por donde había entrado se estaba obstruyendo por escombros que cedían. Me apresuré a volver, sintiendo la urgencia de no quedar atrapada en ese laberinto. Mientras corría, percibí que las paredes vibraban levemente, como una secuencia prolongada. “La torre va a colapsar,” pensé. “O me va a tragar.”

Llegué al vestíbulo a duras penas. Vi la luz agónica del atardecer colarse por la ranura. Escuché un sonido sordo a mis espaldas, como si algo se desgarrara en lo alto. Sin pensarlo, me deslicé bajo el techo derrumbado y salí.

Recuperé la fuerza en la calle, pero cuando me giré para ver la forma del edificio, no vi nada. Donde se suponía que estaba la torre, sólo había una pared derruida y un montón de escombros. El vestíbulo por el que acababa de huir parecía inexistente. Como si se hubiera desvanecido a la vez que yo escapaba.

Me quedé ahí, temblando, intentando hallar una explicación. ¿Había sido real? Mis ropas rasgadas y el suceso en mi piel daban fe de que estuve en algún sitio. Palpé mi bolsillo y encontré un trozo de papel arrugado, con letras confusas que decía:

“La bala no fue el fin,

Sino el comienzo que revela

La verdad del silencio.”

Así fue mi encuentro con la Torre Fantasma. Cada día que pasa, me cuestiono si sólo soñé o si encontré un umbral a un plano más allá de lo tangible. Lo cierto es que alguien —o algo— grabó en esas paredes reflexiones sobre el disparo, los edificios, la conspiración, el colapso. Como si en ese lugar residiera el inconsciente colectivo de la urbe.

Ahora, cuando cuento mi historia, la gente me toma por delirante o me exige llevarlos al lugar. Pero cuando vuelvo, sólo veo muros desmoronados, sin rastro de aquel enorme vestíbulo ni de las inscripciones. Sin embargo, conservo el trozo de papel. Lo muestro como prueba a quien me crea. Y a veces, en mis sueños, distingo pasillos oscuros y escucho una voz:

“No busques lo que no puede ser hallado

La Torre Fantasma existe

En el pliegue de tu propia sombra.”

Tal vez la torre sea un receptáculo de las voces que no tienen cabida en la realidad convencional. O quizá un espejismo labrado en la mente de quienes, como yo, vagamos sin edificio. Cierro los ojos y siento que, de algún modo, la Torre Fantasma seguirá apareciendo cuando la ciudad esté a punto de romperse, atesorando los secretos que nadie quiere pronunciar.

Capítulo 20 El Concilio Fallido

“La paz es un equilibrio de intenciones, tan frágil como una flor a punto de romperse.”

Me llamo Alfonso Varela y soy un exiliado del Hotel Majestic, devenido en diplomático improvisado. En aquel refugio de artistas, traficantes y almas errantes, alguien creyó que mi experiencia como orador serviría para mediar en este nuevo cónclave que, con cierta ironía, se bautizó como El Gran Consejo de la Concordia. Pero la paz, en esta ciudad, hace tiempo se transformó en una pieza de colección, casi imposible de restaurar.

El Concilio se convocó en una zona neutral —un complejo ferroviario abandonado cerca de lo que fue Retiro— con la esperanza de reunir a los principales líderes o representantes de las torres. Las últimas semanas tras el disparo han envenenado las relaciones. El comercio se tambalea, los guardianes del código no ofrecen castigo, y cada facción sigue culpando a la otra. ¿Podría un gran consejo, acaso, enderezar el rumbo?

Llegué a mediodía, cruzando vías desprolijas, acompañado por dos artistas del Majestic que portaban un estandarte hecho con retazos

de telas psicodélicas. No éramos una facción combativa, sino un enclave de creatividad y caos controlado. Bajamos la guardia como gesto de paz, aunque nos temíamos que en esta cumbre habría más rifles ocultos que buenas intenciones.

El lugar escogido era un galpón vasto, con ventanales rotos y techo agujereado. Dentro, se habían dispuesto improvisadas sillas, mesas y un círculo central, bajo la tenue luz que entraba por grietas del techo. Grupos de cada torre se arremolinaban con recelo. Reconocí a militantes de la Torre Roja, a oficiales de la Marrón, a monjes de la Catedral, a matriarcas de las Gemelas, a emisarios del Palacio de Agua, incluso a algún embajador del Clan del Comercio, rostros pétreos y ojos llenos de sospecha.

Uno por uno, nos acomodamos formando un semicírculo que recordaba más a un tribunal que a un consejo de paz.

Apenas se dio la señal de apertura, un capitán de la Torre Marrón irrumpió con voz marcial, exigiendo que la Torre Roja rindiera cuentas. Los rojos se encendieron, clamando que era una “falsa acusación.” El Clan del Comercio se levantó, pidiendo que alguien reconociera el crimen de una vez.

Yo, sintiendo la responsabilidad del Majestic, me dispuse a intervenir con un discurso conciliador:

—Hermanos, hermanas, por favor, este consejo se ha reunido para hallar luz, no para encender la hoguera.

Pero mis palabras resonaron débiles, pues la desconfianza era palpable, y cada bando descargaba su frustración.

Pronto, la asamblea se transformó en un catálogo de reproches mutuos:

1 La Torre Roja acusando a la Marrón de tramar una invasión “en nombre del orden.”

2 La Marrón tildando a la Roja de terroristas que buscan derribar la ciudad entera para forjar un nuevo régimen.

3 La Catedral del Sur clamando que, si Dios había permitido el disparo, era un “castigo” por la impiedad de otras torres.

4 Las Gemelas, silenciosas, mirando a todos con gesto de desconfianza, como si tuvieran un arma lista.

5 El Palacio de Agua exigiendo garantías de protección para sus caravanas de suministro.

Un bullicio de caos se extendía, lleno de amenazas veladas, miradas de odio, muecas de cansancio. Quise alzar la voz, pero la abrumadora simultaneidad de acusaciones me asfixió.

De pronto, el delegado del Clan del Comercio, un hombre enjuto de ojos hundidos, alzó la mano. Logró imponerse al tumulto con una voz tenue pero firme:

—Si la Torre Roja ha quebrado el pacto, que pague con embargo total. Si fue la Marrón, que lo sufra. Pero alguien —martilló la palabra— alguien mató a uno de los nuestros.

El comerciante asesinado era el eje de todo. La balanza rota, la sangre derramada la fractura del único acuerdo que sostenía la interdependencia. El Clan, con su neutralidad histórica, ahora reclamaba sanciones.

—¡No fuimos nosotros! —gritó un joven de la Torre Roja.

—¡Entonces demuéstrenlo! —bufó un capitán marrón.

Me seque el sudor de mi rostro, sintiendo que la violencia se mascaba en el aire.

Resuelto a no dejar que la reunión se hundiera, me puse en pie y proyecté mi voz con un timbre casi teatral, fruto de los escenarios del Majestic:

—Escuchen, por favor. Nadie acá ignora la gravedad del crimen. Pero si convertimos este consejo en una riña de rencores, saldremos sin nada más que otra escalada de odio.

Un instante de silencio me concedió la oportunidad de proseguir:

—Los artistas del Hotel Majestic creemos en el diálogo, el intercambio simbólico. Proponemos que cada torre nombre un investigador neutral para, en conjunto, esclarecer los hechos. Mientras tanto, cada uno se compromete a mantener sus puertas abiertas al comercio y a no agredir a otras torres sin pruebas claras.

Era una oferta ingenua, quizás, pero era lo único que se me ocurrió para apaciguar los ánimos.

Los rojos se miraron entre sí, indecisos. La Marrón con rostros pocos amigables, preguntaron “¿quién podría ser neutral en esta guerra de egos?” El Palacio de Agua meneó la cabeza. La Catedral del Sur rezongó algo sobre la voluntad divina. El delegado del Comercio miro hacia abajo, como si no confiara en mi propuesta.

Fue la líder de las Torres Gemelas quien habló con franqueza:

—Majestic Tu idealismo es encantador, pero las balas no entienden de diálogo. Nosotras no hemos disparado, pero sospechamos de varios.

A medida que pasaban los minutos, la atmósfera se densificaba. Uno a uno, los representantes se enredaban en acusaciones:

Los Subterráneos culpando a las torres “esnobs.”

La Torre Caníbal exigiendo que no se les prohíba el acceso a los cadáveres no reclamados.

La Torre Blanca burlándose de las religiones que se acusan mutuamente.

La Torre Negra intentando autoproclamarse salvadora feudal del momento.

Era un concilio fallido en ciernes. Mi voz se ahogaba en la cacofonía de dimes y diretes. Los Guardianes del Código habían prometido mandar un observador, pero nunca llegó. Sin su presencia y sin un veredicto oficial, la reunión era como un barco sin timón.

De pronto, un oficial marrón se levantó con airada brusquedad, exigiendo que la Torre Roja firmara un “acta de inocencia,” ante la posibilidad de verse sometida a sanciones conjuntas. Los rojos respondieron con furia, aullando que no se someterían a un chantaje. La Catedral se santiguó, y el Palacio de Agua amagó con abandonar la sala si no se garantizaba orden.

Yo me precipité al centro, suplicando calma:

—Por favor, si nos marchamos ahora, sin acuerdo, la ciudad retrocederá al caos.

Nadie escuchó. Una cacofonía de gritos y amenazas tomó el recinto. Soldados con armas cortas se pusieron en guardia, jefes de facción vociferaron acusaciones desmedidas. El Gran Consejo de la Concordia se convertía en una pantomima de la concordia misma.

Entonces ocurrió lo peor. Desde el exterior del galpón, resonaron dos disparos secos. Un eco letal que reverberó en las paredes, llevándonos de golpe al silencio. Por un instante, todos callamos, con la piel erizada. ¿Habían disparado contra nosotros? ¿Un ataque furtivo?

Alguien corrió a la puerta y vio un par de siluetas que huían entre los trenes oxidados. No supimos si era un ataque real o una maniobra para sembrar pánico. El efecto fue inmediato: la paz formal se quebró.

—¡Nos emboscan! —gritó alguien.

—¡Esto es una trampa! —clamaron otros, apuntando armas al aire.

El caos cundió.

Varios contingentes se agruparon en bloque, temiendo una emboscada. Emisarios civiles cayeron al suelo, aterrados. La Torre Roja se agazapó, la Marrón retrocedió con precaución, las Gemelas sacaron sus miras, el Comercio se cubrió tras un muro. Nadie disparó dentro del galpón, pero la tensión era tal que bastaba una mínima incomprensión bastaba para desatar un baño de sangre.

Yo, incrédulo, levanté las manos clamando que no había enemigos ahí dentro. Pero el pánico era más fuerte que mi voz. En cuestión de segundos, varios representantes abandonaron el lugar, disparando tiros al aire para abrirse paso entre escombros. El Concilio se disolvió en un sálvese quien pueda.

En menos de un minuto, la “cumbre de paz” se convirtió en un desastre. Salí corriendo para no quedar atrapado, con el corazón en la boca. Afuera, la tarde agonizaba en un cielo rojizo, y las vías retorcidas parecían un escenario de posguerra. A mi alrededor, algunos soldados amedrentaban, otros corrían con rostros de pánico, y los pocos pacifistas que quedábamos no sabíamos a dónde dirigirnos.

Vi a lo lejos a la delegada de las Gemelas, con mirada furibunda, jurando que no había sido culpa suya. Al otro extremo, el oficial marrón apretaba los dientes, reclamando venganza contra quien hubiera preparado esta trampa. La Torre Roja se esfumó sin dejar rastro, y el Palacio de Agua hablaba ya de cerrar sus compuertas al resto de la ciudad.

Desesperado, busqué a mis compañeros del Majestic. Los encontré ocultos tras un vagón oxidado. Temblaban de espanto. Me acerqué a ellos y, con incertidumbre, comprendí que todo estaba perdido. El concilio había fallado. No hubo firma, ni tregua, ni acuerdo alguno sólo una trifulca donde las enemistades se agravaron.

Un silencio ominoso envolvió la estación tras aquel sofocón de disparos. Como diplomático, me sentí inútil y ridículo. “¿Qué queda ahora?” me pregunté. “¿Nos encaminamos a una guerra pactada, a la demolición final de la poca paz que teníamos?”

El sol se hundía en un crepúsculo pálido cuando finalmente escapé del lugar. Llevaba en mi mochila las notas que pretendía usar para un discurso de paz. De nada sirvieron. La ciudad se sumerge más y más en la incertidumbre. Regresaré al Majestic con el amargo sabor de la diplomacia fracasada.

Mientras camino por calles desoladas, recapacito que hemos perdido la última oportunidad de hallar un acuerdo común. Ahora, cada torre seguirá su senda de recelo, entablando alianzas secretas y planes de hostilidad. La sangre derramada en nombre de la justicia o la supervivencia tal vez sea inevitable. Y nosotros, desde el Hotel Majestic, sólo podremos atestiguar la tragedia, tratando de refugiar un poco de belleza en medio de la desolación.

Quizá, me consuelo, en algún rincón de la historia se recordará que intentamos un concilio. Pero fue un concilio fallido, como un intento de unir lo roto que emaná la fatalidad de esta ciudad. Y yo, Alfonso Varela, me llevo el peso de haberlo visto morir sin haber podido evitarlo.

Capítulo 21 Facciones al Borde

“La fe no es el escudo contra la violencia: a veces la intensifica.”

Soy el Hermano Ezequiel, un novicio de la Catedral del Sur, orden que hasta hace poco creímos dedicada sólo a la meditación y al culto del pararrayos sagrado. Sosteníamos que, cuando el relámpago descendiese, traería la presencia de Dios a estas ruinas. Sin embargo, desde que el comerciante fue abatido, los vientos cambiaron: la ciudad se sume en conspiraciones, y la Catedral, antes pacífica, se arma para no quedar a merced de nadie.

Ha transcurrido más de una semana desde el disparo que quebró el pacto. Una posible alianza entre la Torre Roja y la Torre Marrón sacude los cimientos de cada edificio: si esos dos polos ideológicos tan opuestos se unen, formarán una fuerza capaz de inclinar la balanza de la ciudad. Y nosotros, que veneramos el rayo divino, comenzamos a temer la noche en que ese rayo se torne fuego cruzado.

La Catedral del Sur se alza con su torre neogótica, surcada de vitrales rotos y muros ennegrecidos por tormentas pasadas. Antes, nuestros monjes y monjas se dedicaban a la liturgia, al canto, a la esperanza de que Dios haría su aparición descorriendo el velo

eléctrico del pararrayos. Pero este fin de semana, algo ha cambiado: la sala de oración se transformó en un cuartel improvisado; los bancos se apilaron contra muros, y en el hueco quedan sacos de arena y escopetas colgadas.

Jamás había visto un arma tan de cerca, y me estremecí al contemplar a los guardianes del altar practicando con fusiles de bajo calibre y rezos en latín mezclados con consignas de guerra. El Prior Rafael, con la voz áspera, dijo:

—Hermano Ezequiel, a partir de hoy, todos aprenderemos a disparar. Dios protege, pero la bala del hombre no se detiene con plegarias.

Me costó obedecer. Me habían enseñado a creer que la fe era nuestra espada. Pero en tiempos oscuros, un cañón real pesa más que un sermón.

Mientras recogía cajas de munición, escuché a algunos monjes discutiendo en altibajos. Decían que la Torre Roja y la Torre Marrón estarían firmando un “pacto de necesidad,” uniendo fuerzas para imponer un control férreo sobre la urbe. Si semejante pacto se consolida, la Catedral teme que les exijan “obediencia” o se arriesguen a un ataque en zonas neutrales.

—¿Cómo pueden unirse esos extremos? —pregunté con ingenuidad.

—El odio al caos los hermana —musitó uno de los monjes—. Cada torre desea la hegemonía bajo su bandera. Si unen sus ejércitos, pocos podrán oponérseles.

Sentí un miedo diabólico. Hasta ahora, la Catedral tenía cierta influencia moral, pero carece de poder bélico real. Este giro nos deja el dilema: someternos o resistir.

Al entrar a la capilla principal, me topé con un panorama sobrecogedor: las efigies de santos y ángeles estaban semiocultas tras estantes que sostenían municiones. Varias monjas revisaban bolsas con granadas aturdidoras, mientras un hermano alto, de rostro impasible, lustraba un rifle y repetía una oración en voz baja. Era una mezcla de sacralidad y guerra que me revolvía el alma.

—Hermano Ezequiel, me llamó la hermana Abigail, una de las más fervientes:

—Ayúdame a preparar el altar para la consagración de las armas.

¿Consagrar armas? Me pareció una herejía, pero no osé rechistar. Acaricié el metal frío, sintiendo que la fe y la violencia se anudaban en un solo cordón. “La guerra también es un acto divino,” expresan algunos. Jamás lo había creído.

Esa noche, subí al campanario a rezar. Miré el pararrayos recortado contra un cielo encapotado. Si la tormenta se desatase, haría brillar el metal con un sacro luminoso, acaso un presagio de la presencia de Dios. Me pregunté si en verdad Él descendería por ese hilo, o si el rayo no era más que electricidad sin sentido.

Bajé la mirada a la ciudad que se extendía a mis pies: múltiples focos de luz, torres con banderas, olores no identificables que ascendían.

Sentí la tensión que yacia incluso en la brisa nocturna. La posibilidad de la alianza Roja Marrón agitaba todos los cimientos. Y me dolía pensar que la Catedral, la cual pregonaba la llegada de la gracia divina, ahora se manchara con sangre.

A la mañana siguiente, el Prior Rafael convocó a un cónclave en el claustro superior, donde antaño se guardaban manuscritos teológicos. Estaban el Prior, la hermana Abigail, dos monjes guerreros y otros líderes de la grey. Me incluyeron para “aprender el oficio de la decisión.”

—Hermanos —dijo el Prior—, si la Torre Roja y la Marrón se unen, podrán exigirnos tributos o sometimiento. ¿Nos quedaremos de brazos cruzados?

—No —respondió la hermana Abigail—. Debemos reforzar alianzas con otras torres independientes, como el Palacio de Agua o el Hotel Majestic.

—¿Y si ellos también temen involucrarse? —cuestionó otro.

El Prior me miró, como retándome a hablar. Con voz tímida, dije:

—Los francotiradores de las Gemelas o la ciencia de la Torre Del Plata podrían equilibrar la balanza. Hay que intentar un pacto polifónico.

Alguien se rió con amargura: “Los pactos no han servido de nada desde que mataron al comerciante.”

Aun así, se decidió enviar mensajeros a esas torres, intentando un frente para protegerse de la supuesta macro alianza Roja Marrón. Estábamos conscientes de que tal vez ya era tarde. El rumor corría de boca en boca: “Juntos, Roja y Marrón formarían un ejército invencible.”

Yo sentí un ligero alivio al ver que la Catedral, pese a su militarización, buscaba algún camino de paz compartida. Pero me asaltaba la duda: ¿cómo hablar de paz mientras apilamos escopetas en el altar?

Me perseguía un conflicto espiritual: la fe, en un principio, me pareció un refugio contra la devastación del mundo. Ahora, veo a mis hermanos y hermanas endurecidos, prestos a combatir. “¿Es la voluntad divina o nuestro miedo?” me pregunté en silencio. Quizá la violencia sea la otra cara de la fe ciega.

Mientras reflexionaba, los monjes alrededor revisaban inventarios de balas, cascos, chalecos de protección. Parecían querer fundir la cruz con la espada. O en nuestro caso, el pararrayos con el fusil. “¿Acaso no repetimos los errores de quienes mataron al comerciante?”

Esa tarde, un emisario de la Torre Caníbal llegó en son de paz. Lo recibimos con recelo, aunque él sólo traía un mensaje: “Estamos dispuestos a pactar con quien se oponga a la tiranía Roja Marrón.” Escuchar a los caníbales ofrecer acuerdos me dejó la piel helada. Pero comprendí que el miedo a esa macro alianza supera las fronteras de cualquier ritual tabú.

Poco después, un nuevo rumor decía que la Torre del Libertinaje también temía ser aplastada. Y la Torre Negra, con su rey autoproclamado, clamaba que su “reino” podía absorber a la Catedral si se unían. El caos diplomático me saturaba.

Con la caída del sol, el Prior Rafael nos hizo descender a las catacumbas, donde se guardaba un arsenal más antiguo. Vimos ahí armas blancas y lanzas, reliquias de la guerra que casi destruyó la ciudad décadas atrás. Un monje las limpiaba con devoción, como si pulir el acero fuese un acto litúrgico. La hermana Abigail rezó un salmo:

“El Señor es mi fuerza y mi escudo

Pero si la guerra llama,

Mi fusil será el brazo que dispara.”

Su voz me enternece. Sentí que la Catedral se alistaba a un destino que jamás había imaginado.

Esa noche recé junto a un crucifijo oxidado que colgaba tras el altar mayor. Observé la cruz inclinarse por el peso de los años y la herrumbre, tal y como se inclinaba mi fe ante la realidad brutal. “¿Te he sido infiel, Señor, al empuñar un arma?” me pregunté. ¿O es que estás tan lejos de nosotros que nada importa?”

Desde la ventana, vislumbré la silueta de la ciudad. Leí en esa incertidumbre una verdad inquietante, nos preparamos para un conflicto mayor, y la posibilidad de la alianza Roja Marrón sólo acelera la rueda de la fatalidad. La Catedral, que debía alzarse como bastión de lo sagrado, se sumerge en la lógica de la violencia, convencida de que Dios ayuda a quien se defiende.

Al alba, me levanté con el corazón cargado de presagios. La hermana Abigail encabezaba entrenamientos de tiro en el patio, el Prior conferenciaba con emisarios de otras torres, y cada habitante de la Catedral asumía el nuevo orden la fe armada, la devoción con pólvora. Me sentí parte de un engranaje mayor, incapaz de detener la maquinaria que gira hacia la guerra.

La Torre Roja y Marrón se expanden, y en cada edificio las facciones se preparan. Nosotros, en la Catedral, creemos ver un juicio venidero quizá el pararrayos ilumine el cielo con el fuego divino, y tal vez en ese instante se decida la suerte de la ciudad. Pero mientras tanto, la fe se tensa como un arco, y el novicio que fui se pierde en la armería, rezando que la bala del hombre no desate un Apocalipsis sin redención.

En mis oraciones finales, proclamó:

“Si Dios ha de bajar por el rayo,

Que sea para apagar la hoguera,

No para avivarla.”

Y así avanzo, con la duda y el fusil, sintiendo que la Catedral del Sur ya no es sólo un templo: es un baluarte sitiado por el miedo.

Capítulo 22 El Clan del Comercio Habla

“El trueque nos unió cuando todo colapsó. Si alguien quiebra ese lazo, quiebra el alma de la ciudad.”

Mi nombre es Darien Montalvo, y he sido designado como Alto Representante del Clan del Comercio tras el asesinato de nuestro hermano portador de la balanza. Somos la facción que, hasta hace poco, llevaba y traía la vida entre las torres alimentos, medicinas, objetos de tecnología obsoleta, información vital. Éramos —o quizá aún seamos— el puente neutral que enlazaba los mundos verticales. Pero ahora, tras la bala que arrancó la vida de nuestro compañero, el hilo de la concordia se deshilacha.

Durante décadas, la ley no escrita nos protegía: “Nadie debe tocar al que comercia,” pues en sus pasos viajan los bienes y la subsistencia de todos. Pero hace más de una semana, esa ley se pisoteó. Nuestro comerciante yacía en el asfalto, su sangre manchando el símbolo de la balanza tallada en hueso. Y en ese instante, el pacto se rompió.

En los días siguientes, cada torre ha hablado y callado a conveniencia, apuntando a otras, lavándose las manos. Ninguno confiesa abiertamente: “Disparamos contra el Clan del Comercio.” No hemos visto una pizca de arrepentimiento ni un reconocimiento culpable.

Mientras, la ciudad se desmorona, los Guardianes del Código no logran un castigo ejemplar, el Concilio Fallido quedó en gritos y disparos al aire, y se murmura que la Torre Roja y la Marrón conspiran juntas. El caos se cierne. Y nosotros, que éramos neutrales, vemos que nuestra sangre corre sin que haya justicia.

He heredado la balanza de hueso de mi predecesor. La sostengo entre mis manos y siento un hormigueo amargo: su peso simbólico antes garantizaba la paz; ahora parece un recordatorio de que ninguna ley intangible protege al mensajero en un mundo que se entrega a la barbarie.

En mis venas late la determinación de no dejar que su muerte quede impune. Cuando me nombraron Alto Representante, acepté con la condición de alzar la voz que mi hermano caído no pudo alzar. Hoy cumplo ese deber, y lo hago ante la asamblea interna del Clan,

reunida en un hangar olvidado, rodeado de calles y contenedores descoloridos, donde solíamos clasificar las mercancías para cada torre.

Me ubico sobre un improvisado estrado, construido con palés de madera, y miro los rostros cansados de mis compañeros comerciantes. Son hombres y mujeres que arriesgan su vida a diario, cruzando calles neutrales, puentes a medio caer, túneles con saqueadores, todo para intercambiar bienes que ninguna torre puede producir por sí sola. Siempre fuimos neutrales nunca cargamos fusiles ni impusimos ideologías.

Pero ahora, todo eso pende de un hilo.

Alzo la voz, quebrada por la injusticia:

—Hermanos, hermanas nuestro mensajero fue abatido sin piedad y sin razón. Ni siquiera nos dieron una explicación o un culpable.

Siento el dolor en mi ser, pero continúo:

—Hemos esperado el veredicto de los Guardianes del Código, el resultado del Concilio de la Concordia, e incluso las promesas de distintas torres. Ha pasado más de una semana y nada ha cambiado. La ciudad no quiere, o no puede, entregarnos la verdad.

Un bullicio de dolor recorre la asamblea. Veo a muchos apretar los puños o morderse los labios, conteniendo la furia.

Respiro hondo, consciente de que lo que diré a continuación marcará un antes y un después:

—Por ello, el Clan del Comercio ha decidido exponer un ultimátum, si no se honra la memoria de nuestro hermano caído, si no se descubre al culpable o no se nos ofrecen reparaciones y garantías de seguridad, nos veremos obligados a suspender nuestros servicios en toda la ciudad.

Siempre hemos sido el pulso circulatorio de los bienes, la última red que mantenía unida a esta urbe fracturada. Si cortamos el intercambio, cada torre quedará aislada con sus escasos recursos, y la desconfianza se disparará. Lo sabemos estamos listos para ejercer esa presión, a pesar de la amargura que nos produce.

Si no hay justicia, habrá guerra

Me tiemblan las manos, pero lo digo, sin titubeo:

—Esto no es una amenaza vacía: es la consecuencia inevitable de la impunidad. Si nadie quiere asumir la culpa ni entregarnos al responsable, si las torres no alzan la voz para defender al Comercio cuando más lo necesitamos, entonces no nos dejan alternativa.

Miro los ojos de mi gente, llenos de lealtad y pesar, y veo que comparten mi convicción. Muchos asienten con tristeza. Sabemos que, si retiramos nuestro servicio, la ciudad puede precipitarse en una guerra abierta, cada torre buscará rapiñar lo que necesite, y la ruptura del pacto se hará total.

Un anciano, viejo comerciante, se adelanta y pregunta:

—Darien, siempre fuimos neutrales. ¿Estamos listos para renunciar a ello?

Rebato con aflicción:

—No somos nosotros quienes renunciamos: fueron ellos, al disparar a nuestro mensajero.

La neutralidad no sirve cuando el otro levanta un arma sin respeto alguno a la balanza. Un dolor en mi cabeza me recuerda que, en el fondo, no queremos venganza, sólo justicia. Pero el tiempo de la paciencia se agotó.

Tras mi discurso, la asamblea del Clan debate intensamente. Unos proponen aliarse con torres afines para ejercer presión militar. Otros sugieren declarar un boicot total, incluso destruir los accesos a nuestros depósitos para que nadie robe los bienes sin pagar. Unos pocos, más cautos, piden esperar un último pronunciamiento de los Guardianes del Código.

Pero la mayoría coincide en que la ciudad está al borde de la hoguera, y el Comercio no debe seguir cargando con la ingenua esperanza de que todo se resolverá. Así, aprobamos un plan de contingencia: reducir al mínimo los suministros a las torres más hostiles, reforzar la protección de los pocos mensajeros que sigan circulando, y si en breve no se nos da una respuesta satisfactoria, cesar las rutas.

A la tarde, redacto una declaración conjunta. Un puñado de escribas la transcribe en varios ejemplares, dispuestos a hacerlos llegar a las torres mediante emisarios confiables (si es que quedan). El texto es firme:

“A todos los edificios, facciones y Guardianes:

El Clan del Comercio, tras la muerte de su hermano portador, exige justicia real y verificada.

Si en un plazo prudente no se revela la verdad ni se nos otorgan garantías de paz, suspenderemos indefinidamente el servicio de intercambio.

Entiendan que esta medida extrema es la única defensa que nos queda.

- Por la memoria de quien cayó, por la balanza que une la vida.”

El sello del hueso tallado, manchado en tinta roja, da fe de nuestra determinación.

Al anochecer, miro la balanza una vez más. La ciudad ya se tambalea con alianzas y amenazas, pero nuestra voz puede ser el empujón final. No me enorgullece que nuestras acciones abran la puerta a la guerra, pero si nosotros, los neutrales, no nos defendemos,

quedaremos sepultados en la impunidad. Y la urbe se hundirá de cualquier forma.

Cierro los ojos, recordando al comerciante caído, su rostro sereno cuando llevaba insumos vitales a cada torre, sin preguntar credo o ideología. “¿Qué diría si supiera que su muerte desata el último cerrojo?” Tal vez comprendería que no podemos seguir sirviendo de conejillos de indias.

La noche avanza. Y sé que en los próximos días, esta declaración del Clan del Comercio resonará en cada pasillo y cada sala de consejo. “Si no hay justicia, habrá guerra.” Más claro, imposible.

Puede que alguien se esfuerce en hallar al culpable o busque reparar el daño con un arreglo transitorio. Quizá aparezca una prueba que señale a la Torre Roja, a la Marrón o a un tercer actor. O tal vez la ciudad se enzarce en un caos definitivo, con nuestros bienes como botín y nuestras vidas como blanco. No lo sé.

Bajo la balanza, la tinta se seca en los pergaminos. El silencio pesa en el galpón. Me pregunto si, tras todo esto, aún quedará un mínimo de esperanza. En mi fuero interno, quiero creer que la verdad emergerá y que alguien se alzará para detener la anarquía. Pero la violencia reprimida y la sed de justicia nos empujan a tomar esta posición.

Mañana, los mensajeros partirán con la última carga de cartas en lugar de mercancías, anunciando que el Comercio se niega a perpetuar la farsa de un pacto muerto. Y con ello, la próxima fase se

disparará, rumbo a un futuro incierto donde, ojalá, la memoria de nuestro hermano no sea en vano.

Sostengo la balanza y digo:

“El trueque nos unió cuando todo colapsó.

Si no nos devuelven justicia, que la espada sea el siguiente intercambio.”

Capítulo 23 Los Nómadas y Errantes

“Quien no tiene torre, habita la intemperie del conflicto.”

Me llamo Nadir, y pertenezco a los Nómadas Errantes: aquellos que, tras el Gran Fin, no quisimos ni pudimos anclarnos a una torre. Nuestra patria es el asfalto, los callejones, las antiguas avenidas medio sumergidas o invadidas por la arena, según el destino del clima. Viajamos en grupos pequeños, sobreviviendo de intercambios

ínfimos, de la recolección de desperdicios y de la buena —o mala— voluntad de las torres cuando necesitamos un techo por una noche.

Sin embargo, el paisaje se ha vuelto peligroso. Las calles neutrales, que antes funcionaban como vías de acceso a las torres, hoy son tierra de nadie. Se escuchan cosas difusas, de que las facciones principales se preparan para una ofensiva total. Hace varias semanas, tras el golpe mortal al Clan del Comercio, la tensión no ha hecho sino crecer, y ahora se manifiesta en escaramuzas esporádicas. Los Nómadas lo vivimos en carne propia: sin muros ni banderas, somos testigos perpetuos del naufragio urbano.

Camino con mi grupo —cuatro nómadas y yo— por el boulevard que solía llamarse Córdoba, buscando cartones, latas, cualquier cosa que podamos intercambiar por un plato de sopa en el Hotel Majestic o en la Torre del Libertinaje. El viento sopla frio y el cielo gris presagia una lluvia ácida. De pronto, oímos tiros secos en la lejanía.

—¡Rápido, a cubierto! —dice Saura, la más experimentada del grupo.

Nos metemos detrás de un viejo colectivo volcado, con el corazón en la boca. Entre las roturas, distinguimos la figura de unos soldados con uniformes a medias, disparando contra otro bando. Reconozco algunos símbolos, podrían ser merodeadores a sueldo de la Torre Marrón, o francotiradores anárquicos. No estoy seguro. Lo cierto es que el fuego cruzado retumba, y la gente corre despavorida.

No participamos, ni tenemos con qué defendernos. Sólo rezamos a la nada para que no nos alcancen las balas. Cuando los disparos cesan,

varios cuerpos yacen en la calle. Me mareo de ver la sangre mezclada con el agua y la mugre. La ciudad se hunde en su propia desesperanza, pienso.

Ser nómada ya era complicado, pero ahora, con la escalada de violencia, nos quedamos sin refugios seguros. Cada torre se cierra, cada facción desconfía de quien no porte su estandarte. Nosotros nos definimos como “libres,” pero la libertad cuesta demasiado: sin muros, somos presas fáciles de la tiranía del caos. Recuerdo a mi madre contándome, en mi niñez, que ser nómada era la última garantía de no someterse a ideologías. Hoy, me pregunto si mi destino no fue el de convertirme en forastero perpetuo.

Caminamos con los nervios de punta, atravesando un barrio semidestruido, esquivando charcos tóxicos, y un par de perros famélicos que nos observan con ojos hambrientos. Incluso los perros han perdido el miedo a los humanos saben que la pelea por la supervivencia es mutua.

Hace pocos días, me topé con una historia impactante: un anciano errante se me acercó en los restos de lo que fue una placita y, con voz baja, me conto que había escuchado una conversación secreta. Alguien tramaba asediar el Palacio de Agua. En un principio me pareció descabellado, el agua es sagrada en la urbe, y el Palacio, fuertísimo. Pero el anciano insistió que un grupo muy poderoso planeaba secuestrar el suministro, forzando a las otras torres a arrodillarse.

—¿Quién se atrevería? —pregunté, incrédulo.

El viejo sólo respondió: “Los desesperados y los ambiciosos.”

Esa conversación me dejó el cerebro saltando de preguntas. ¿Sería la supuesta alianza Roja Marrón? ¿Alguna otra facción? El Palacio de Agua siempre ha sido un objetivo codiciado: quien controle el agua potable tiene en sus manos el corazón de la ciudad. Hasta ahora, su milicia azul y la sacralidad del recurso habían mantenido a raya a los más temerarios. Pero en tiempos de locura, cualquier plan mortal cobra sentido.

Mientras mis compañeros se ocultaban de otra escaramuza, aproveché para hurgar en los bajos fondos, preguntando a otros nómadas y exiliados si habían oído algo similar. La mayoría me miró con recelo, unos confirmaron vagamente haber oído rumores, otros negaron saber nada. Sin embargo, la idea se me clavó en la mente: “Un ataque al Palacio de Agua lo cambiaría todo, precipitándonos a una guerra global.”

La noche siguiente, mientras

Descansábamos en una azotea ruinosa, observé a lo lejos un pequeño convoy moverse de forma furtiva por las calles. Me llamó la atención que no portaban insignias conocidas. Avanzaban con sigilo, arrastrando algo que parecían contenedores o maquinaria pesada. Alguien podría pensar que era un simple transporte de bienes, pero a mí me dio mala espina: se movían como una tropa clandestina, cuidando de no emitir ruido ni luz.

Desperté a Saura y le conté lo que veía. Ella, con ojos entrecerrados, soltó un runrún de preocupación:

—Quizás sean contrabandistas. O tal vez… puede que preparesen un arsenal para atacar un objetivo mayor.

Nos quedamos en silencio, imaginando que este podía ser un eslabón más de la conspiración contra el Palacio de Agua.

El asedio al Palacio de Agua significaría un paso hacia la barbarie definitiva. Con el Clan del Comercio en rebeldía y las torres apuntándose con fusiles, arrebatar el control del agua quebraría la última ilusión de normalidad. Todos dependemos de su suministro, aunque sea en mínimas raciones. Sin agua limpia, la peste y la sed arrasan en cuestión de días.

Aun como nómadas, cada tanto cambiábamos chatarra o pequeños favores por un botellón de agua purificada. Imaginar que un grupo pretenda secuestrar la fuente y dictar quién bebe o no. Pero en la dinámica sin ley que se ha instaurado, todo es posible.

Tres jornadas después de aquella noche, mi grupo encontró refugio en un edificio semiderruido. Al buscar un rincón para acostarnos, oímos voces en un piso superior. Nos arrastramos con cuidado para no delatarnos. Asomándome, descubrí a cuatro individuos que discutían en voz baja alrededor de un mapa. Alcancé a entender algunas frases:

—los tanques principales están en el ala oeste del Palacio…

—si sellamos las válvulas…

—fuerza combinada bastaría, la milicia azul no es invencible…

Mis temores se dispararon. Ahí estaba la confirmación: alguien, probablemente un comando mixto de distintas facciones, planeaba asediar el Palacio. Uno de ellos lucía una pañoleta roja al cuello, otro llevaba un brazal marrón y un tercero tenía un tatuaje de un insecto enorme ¿Sería una conspiración multi torres?

En ese instante, supe que quedarme callado sería complicidad. Nosotros, los nómadas, somos presas de todos, pero si el agua es secuestrada, ni siquiera habrá un mendrugo de esperanza para quienes vagamos. “Debemos avisar,” me dije. ¿Pero a quién? Casi todas las torres son hostiles con los forasteros. Aun así, la milicia azul del Palacio de Agua, dentro de su severidad, nunca nos había negado un sorbo de líquido si ofrecíamos trabajo o trueque.

Tomé una determinación, iría al Palacio de Agua para alertar de la conspiración. Arrastré a Saura y a los otros, que me miraron con reservas:

—¿Acaso esperas que nos reciban con aplausos? —bufó uno de mis compañeros—. El ejército azul no confía en nadie.

—No tenemos elección, repliqué. Si no hacemos nada, el mundo se romperá aún más.

Nos pusimos en marcha de madrugada, avanzando con las sombras para evitar escuadras armadas. En el camino, vimos más rastros de

escaramuzas: ventanas rotas, restos de proyectiles, cadáveres abandonados. Es el preludio de la contienda definitiva. Cada paso era una advertencia de muerte. Pero yo sentía una llama de obstinación: tal vez, si advertimos al Palacio, puedan repeler el ataque y mantener al menos el suministro de agua.

Tardamos tres días en bordear distintas zonas neutrales, sorteando controles improvisados y bandas de saqueadores. Vivir sin bando es una condena: no hay salvoconducto ni bandera que nos proteja.

Cuando al fin asomamos la vista hacia el Palacio de Agua, me invadió la misma impresión de majestad y poder que siempre inspira ese edificio. Alzaba sus muros ornamentales sobre una explanada medio inundada, con torres de vigilancia pintadas de azul, y banderas con el símbolo de la gota ondeando al viento. Algunos soldados recorrían el perímetro, armados y alerta. Se notaba que la tensión había crecido también ahí.

Nos detuvimos a cierta distancia, sopesando cómo acercarnos sin que nos dispararan. Saura propuso agitar un trapo blanco y gritar que traíamos un mensaje urgente. Con valentía débil a punto de estallar, me adelanté.

—¡Traemos noticias! —grité, agitando un retazo de tela clara. “No buscamos pelea, sino evitar un desastre.”

Los soldados apuntaron sus fusiles otros corrieron a avisar a un oficial. Una mujer con insignias de capitana salió tras la muralla de sacos y nos miró con recelo

—¿Qué quieren los nómadas?

—Hablar. Hay un plan para asediarlos. Sabemos que lo preparan grupos armados incluso con facciones de distintas torres.

Noté cómo la capitana se endurecía, como si considerara que podíamos ser espías. Una punzada de temor me recorrió. Si no nos creen, podríamos terminar en un calabozo. Pero, tras un instante, la capitana ordenó a sus hombres que bajaran ligeramente las armas y nos condujeron a una entrada lateral. Desde ahí, con restricciones, nos permitieron exponer lo que sabíamos.

Explicamos lo poco que alcanzamos a oír, la conjura contra los tanques occidentales, los contenedores de maquinaria o explosivos que podrían sellar o contaminar las válvulas principales. La capitana escuchó con desconfianza, pidiendo detalles. Yo aporté cuanto recordaba la mezcla de símbolos en los conspiradores, la probable participación de la Roja y la Marrón. Al finalizar, guardó silencio unos segundos, y luego ordenó a un sargento que nos llevara a un pasillo aparte mientras ella reportaba al alto mando.

En esos minutos, mis compañeros y yo intercambiamos miradas tensas, preguntándonos si nos creerían o si nos acusarían de inventar historias. Cualquier cosa era posible en este mundo desquiciado.

No sé qué sucederá luego. Ignoro si el Palacio de Agua se prepara para un asedio real, o si mis palabras sólo añadirán más paranoia al aire. Lo cierto es que he cumplido con mi deber moral: advertir a

quienes podrían convertirse en el último dique de un caos irreparable.

Como nómada, no tengo un edificio al que pertenecer, pero tengo algo más valioso: la libertad de moverme y la perspectiva de ver cómo cada facción teje su red de mentiras y ambiciones. La posibilidad de un ataque coordinado contra el corazón hídrico de la ciudad me sacude. Si se concreta, la sed y la devastación tomarán el mando, y ya ningún pacto ni bandera nos salvará.

Mientras un soldado azul nos vigila con cara hosca, me pregunto si hemos ganado algo con nuestra advertencia, o si la próxima bala irá dirigida a nuestra cabeza. Al menos, me consuelo, hicimos lo correcto.

La tormenta se aproxima. La ciudad se armará de valor o de locura para la confrontación final. Y yo, Nadir, testigo sin muros, veo cómo el enjambre de facciones se acerca al borde de un abismo que puede engullirnos a todos.

Capítulo 24 Alianza y Traiciones

“Los enemigos irreconciliables a veces se dan la mano cuando la venganza los une.”

Mi nombre es Gavrílov, y soy un dirigente de segunda línea en la Torre Roja. A decir verdad, siempre me consideré un revolucionario de sangre y razón, enemigo jurado del fascismo que la Torre Marrón encarna. Crecí escuchando los discursos de nuestros camaradas mayores, que vilipendiaban la tiranía y la opresión. Me formé en la idea de que la fraternidad comunista sería la única tabla de salvación para la humanidad, maltrecha por las guerras que precedieron al Gran Fin. Sin embargo, la realidad no siempre se pliega a los dogmas teóricos.

Hoy, mis pasos me llevan a un encuentro secreto con un oficial de la Torre Marrón. Se llama Ludovico. Le conocí hace tiempo, cuando nuestra gente coincidió en un acuerdo logístico en las calles neutrales, y emergió un respeto mutuo, por más paradójico que suene. Desde entonces, el caos de los últimos meses nos empujó a considerar la posibilidad de un pacto entre nuestras torres, uniendo las fuerzas rojas y marrones contra un objetivo común. Una ironía histórica que hiere mis convicciones, pero que se revela como una jugada necesaria en medio del colapso.

Nos citamos en un sótano anegado, bajo las ruinas de un edificio administrativo. Hace años que fue bombardeado, y ahora sólo queda

una bóveda sin ventanas, repleta de escombros y documentos mohosos. El encuentro con Ludovico, con su uniforme marrón abotonado hasta el cuello. Su rostro adusto me recuerda las fotos de viejos dictadores, pero mis manos no dudan: sé que él me ve como un enemigo natural, y a la vez, un aliado forzado por las circunstancias.

—Gavrílov, dice con voz profunda, ¿venis en nombre de la Torre Roja?

—Sí, respondo, intentando no sentir la repulsión que me provoca su simbología fascista. La cúpula confía en mí para sellar este acuerdo.

Nos miramos en silencio, conscientes de que, en otro tiempo, habríamos estado dispuestos a matarnos. Ahora, la geopolítica de este mundo roto nos empuja a unir fuerzas.

La discusión gira en torno a quién cargará con la culpa del disparo al comerciante que quebrantó el pacto. Ambos sabemos que la investigación oficial se ha estancado, que el Clan del Comercio ha lanzado un ultimátum, y que las torres se asoman a un precipicio de guerra global. El plan que fraguamos, pues, se basa en “un ataque justificado” contra la torre que escojamos como culpable. No tenemos pruebas, pero la verdad oculta parece irrelevante en la política del odio.

—¿Cuál será el chivo expiatorio? —pregunta Ludovico, con frialdad.

—Algunos en la Torre Roja proponen que sea la Catedral, comento. Dicen que su fanatismo podría haber llevado a un francotirador iluminado a eliminar al comerciante.

—¿La Catedral del Sur? —refunfuña—. No es mala opción, pero su alianza con otros edificios devotos complicaría la ofensiva.

Hay otra propuesta: culpar al Palacio de Agua, basados en la idea de que su milicia azul y su poder económico podían coaccionar el tráfico del Comercio. Sin embargo, el Palacio es muy fuerte, y un asedio allí podría enzarzar a demasiadas facciones en nuestra contra. Decidir la "torre culpable" no es trivial: es un ajedrez sin tablero, donde cada movimiento puede desatar una tormenta de plomo.

Mientras debatimos, no puedo evitar recordar las lecciones de mi juventud: los camaradas me decían que tarde o temprano el comunismo prevalecería, y que la Torre Marrón caería por el peso de su autoritarismo. Pero ahora, la historia da un giro macabro: necesitamos el músculo militar de los marrones para aplastar a otra torre y forzar una "paz" en la que seamos los vencedores. Ludovico, con su retórica de orden y limpieza ideológica, se alía conmigo, que pronuncio eslóganes sobre la igualdad de las masas. El enemigo de mi enemigo se convierte en mi socio, al menos por un tiempo.

Mis tripas se revuelven con la contradicción, pero avanzo: la Torre Roja no perdonará que deje pasar la oportunidad de quitar del camino a un rival incómodo. El Partido me ha dado una consigna clara: "Te asquea, pero el fin justifica los medios. Derriba a quien se

interponga en nuestra utopía.” A su manera, la Marrón piensa lo mismo: “El orden se construye aplastando rebeldes.”

Sobre el crimen original, ese disparo que mató al comerciante, ninguna de nuestras torres reconoce haberlo perpetrado. ¿Lo sabe Ludovico? ¿Sabe algo que yo no? Somos peces en un estanque podrido intentando usar la muerte del mensajero como excusa para expandir poder. La verdad permanece oculta, envuelta en un velo de sospechas. Quizá un día se revele, pero para nosotros, hoy, lo esencial es aprovechar la indignación colectiva.

—¿Y si en medio de esto aparece el verdadero asesino? —le pregunto a Ludovico, casi por curiosidad.

—Ya es tarde, se encoge de hombros—. Nadie escuchará la verdad cuando las balas hablen primero.

Asiento con pesar, pero comprendo su lógica: en la política de la desesperanza, la verdad es secundaria al control de la narrativa.

Finalmente, decidimos que la Torre Sufí es un objetivo manejable para culpar, un foco religioso que se jacta de su neutralidad mística. Sufren precariedad militar, y su danza mística no retiene un gran arsenal. Argumentaremos que “el asesino huyó a la Torre Sufí, buscando protección fanática.” Y con esa coartada, Roja y Marrón se lanzarán contra ellos. Una fracción de la Roja cree que los sufíes han hecho pactos subterráneos con la Catedral y con la Torre Blanca, y la Marrón encuentra en la religiosidad un enemigo potencial que frena la expansión del orden fascista.

—Atacaremos con un pelotón conjunto, dice Ludovico. Las Gemelas y la Catedral no moverán un dedo para salvar a esos derviches sin política definida. El Palacio de Agua se mantendrá al margen, temiendo un boicot de parte nuestra. Y la Torre Blanca, con su sarcasmo, no se meterá en líos.

Mi conciencia se encoge: la Sufí era de las pocas torres que predicaban cierta paz interior. Pero la revolución requiere sacrificios, me repito con un dolor sordo.

Para consolidar el ataque, necesitaremos un “casus belli” creíble: un supuesto informante que declare haber visto al francotirador asesino refugiado en la Torre Sufí. Con esa mentira, buscaremos el apoyo tibio de otras torres, o al menos su silencio. Todo sea para “vengar al comerciante” y limpiar la ciudad de “herejes encubridores.”

Los rojos gritarán consignas revolucionarias, los marrones vociferarán su ideal de orden. Juntos, asfixiaremos a la Sufí, quizás en una sola noche. Una torre menos en el ajedrez, un paso más hacia la hegemonía.

El oficial Ludovico me extiende la mano, y la estrecho con renuencia. Siento la aspereza de su guante, la rigidez de su mirada, la soberbia de creer que él, un tecnócrata fascista, y yo, un comunista convencido, podamos forjar algo duradero. Probablemente nos traicionaremos en cuanto el objetivo esté cumplido. Así funcionan las alianzas en este mundo terminal.

—Buena suerte, Gavrílov —masculla él con un deje de sarcasmo.

—Suerte y revolución, devuelvo, intentando mantener la dignidad de mi retórica. Y la próxima vez que nos veamos… quién sabe si no seremos enemigos de nuevo.

De vuelta en mi torre, presento un informe al Comité Secreto. Mis camaradas se frotan las manos, ansiosos por descabezar a la Torre Sufí y hacerse con su posición estratégica. Me siento sucio, pero la doctrina me dicta que la revolución no se detiene ante sentimentalismos. “Ha de caer quien no se pliegue,” repiten. Y si la Marrón puede sernos útil antes de su aniquilación futura, lo aceptamos. Ironía histórica: comunistas y fascistas combinados, devorando torres más débiles. Es como si la bestia capitalista resurgiera bajo otras máscaras.

En un charco, contemplo mi figura: un hombre con los rasgos endurecidos y la mirada sombría. Pienso en la bala que mató al comerciante, en la verdad que nunca se esclareció, y en cómo todos jugamos a manipular la opinión pública. ¿La gente creerá que la Torre Sufí encubrió al asesino? A estas alturas, la retórica y el miedo bastan para convencer.

Al atardecer, se difunde un panfleto apócrifo, firmado supuestamente por un monje sufí, que “reivindica” la muerte del comerciante en nombre de una “purificación espiritual.” Es una falsificación burda, pero la masa se lo tragará si lo repetimos con vehemencia. Veo cómo los camaradas ríen con cinismo mientras imprimen copias. Sus risas

se mezclan con mis silencios, y me pregunto cuándo el karma vendrá a cobrar la farsa.

Mientras la noche cae, los planes se cierran. En unos días, la Torre Roja y la Marrón lanzarán la ofensiva, avalados por un pretexto que nosotros inventamos. La verdad seguirá oculta, devorada por los cañones y la propaganda. Constato que la revolución que sueño está tan manchada de mentiras como la tiranía que aborrecemos.

Miro la luna borrosa a través de un ventanal roto, sintiendo el peso de la traición a mis propios ideales. Sé que la Torre Sufí no mató al comerciante, pero la necesitamos como víctima propiciatoria. Sé que la Marrón es un monstruo ideológico que en otro momento combatiría a muerte, pero ahora es mi socio.

La ironía histórica se materializa en mi piel: el enemigo de mi enemigo se vuelve mi cómplice, al menos hasta que nos volvamos a apuntar con las armas. Me resuena la enseñanza de una frase que leí en algún viejo libro:

"En la espiral de odios, hasta los polos opuestos se funden en una misma causa."

Así avanzamos, entre banderas rojas y marrones, preparando una mentira devastadora. Y así, la ciudad se dirige a un nuevo acto de su trágica obra, con un "ataque justificado" contra los místicos que ni

siquiera comprenden el alcance de la conspiración que se cierne sobre ellos.

Capítulo 25 El Otro Ultimátum

“El agua puede sostener la vida, pero también escupirla al abismo si se contamina de miedo.”

Mi nombre es Irene Casal, y soy Comandante del Ejército Azul en el Palacio de Agua, el bastión que suministra el recurso más preciado de la ciudad: el agua potable. Desde que el Clan del Comercio amenazó con suspender sus rutas y los indicios de una guerra abierta se volvieron insoportables, el Palacio se ha convertido en una encrucijada. Cada facción quiere asegurarse de que no nos alineemos en contra suya —o bien, desea arrastrarnos a su bando para usar la sed como arma.

Sin embargo, nosotros hemos mantenido por décadas una posición de guardianes: controlamos el líquido vital y, en teoría, lo distribuimos con imparcialidad. Pero los últimos sucesos, las conspiraciones, los ataques velados, han hecho que el Código de Supervivencia se desvanezca como una gota en el desierto. Ahora, un

ultimátum acecha: o nos sumamos a la ofensiva que algunos planifican, o seremos aislados y asediados, como tantas otras torres.

En el Piso 5, donde se encuentra la Sala de las Válvulas Principales, mi gente trabaja sin pausa, revisando los medidores de presión y los conductos de purificación. El agua corre en grandes tuberías, gorgoteando como arterias que bombean la vida de la ciudad. Sin embargo, el ambiente se siente espeso: cada soldado Azul, cada ingeniero, cada técnico, teme que en cualquier momento llegue un ataque coordinado para arrebatarnos el control del suministro.

Desde hace días, la tensión escaló a un nuevo pico. Recibimos visitas de emisarios de la Torre Roja, insinuando que les conviene apoyar su inminente “purga” contra la supuesta torre culpable del asesinato. Al mismo tiempo, oficiales de la Torre Marrón nos enviaron mensajes con un tono amenazante, sugiriendo que si no cooperamos con la “nueva era de orden,” quedaremos fuera del pacto. Añadamos a ello a las Torres Gemelas y la Catedral, todas exigiendo o temiendo algo distinto. Es un laberinto diplomático donde cada paso puede sellar el futuro.

El Palacio no es sólo un edificio es un símbolo y un poder. Mi Ejército Azul —una fuerza de soldados entrenados para proteger los tanques, tuberías y sistemas de bombeo— se ha mantenido independiente, a fin de que el agua no se use como moneda de chantaje. Pero hoy, mis superiores me presionan para tomar posición. Si no ofrecemos una

postura clara, las otras torres nos verán como enemigos o nos tratarán de manipular.

En una reunión de alto mando, me enfrento a la mirada severa de los capitanes. Uno de ellos, Capitán Baeza, me habla sin rodeos:

—Comandante Irene, la ciudad se divide en bloques armados. Los Rojos y Marrones se alían, el Clan del Comercio deja de abastecer a media urbe, la Catedral y otras torres se encierran. Nos exigen una respuesta: ¿de qué lado estamos?

No hay un lado “correcto.” El agua debería ser neutral, pero la neutralidad agoniza bajo el fuego de las amenazas.

Llegó un mensajero con un sobre sellado: una carta de la Torre Roja y la Torre Marrón conjuntas. Difícil creer que quienes se odiaban mutuamente hace meses, ahora firmen un documento común. Al abrirlo, leo:

“Al mando del Palacio de Agua:

Instamos a unirse a nuestra cruzada contra la torre culpable que sabotea la ciudad.

Necesitamos su cooperación para asegurar que no se desate un caos en el suministro.

Si se niegan, nos veremos obligados a tomar acciones para salvaguardar el bien común.”

La amenaza es sutil, envuelta en la retórica de “bien común.” En esencia, dicen: “o estás con nosotros, o te enfrentamos.”

Convoco a mis capitanes y jefes de sección en el Piso 8, donde antes se llevaba la contabilidad de suministros. Les expongo el ultimátum. El capitán Baeza maldice por lo bajo. La ingeniera jefe, Rocío Fernández, sugiere que concedamos una respuesta ambigua para ganar tiempo. Otros opinan que no hay tiempo que ganar: si nos ven flaquear, podrían atacarnos de inmediato para amedrentarnos.

—Comandante, interviene Baeza, ¿estamos listos para resistir un asedio si nos negamos a su ofensiva?

—Tenemos muros sólidos y una fuerza decente, pero un cerco prolongado sería devastador. Podrían cortarnos vías de abastecimiento y, sin comercio, nuestro armamento es limitado.

La tensión se refleja en cada rostro: el Palacio, si se aísla, podría sobrevivir un tiempo gracias a su reserva de agua, pero la comida y otros recursos no surgen de la nada. Y en una guerra larga, el desgaste sería letal.

Mientras mis oficiales debaten, yo reflexiono sobre la idea de aliar al Palacio con una cruzada que, en lo profundo, no consideramos justa. Nadie ha presentado pruebas fehacientes de quién mató al comerciante. Lo que dicen de que la Torre Sufí lo encubrió me suena

a falacia. El plan de asaltar otras torres y derramar sangre me repugna: el agua se concibió para sostener la vida, no para erigirse en cómplice de un genocidio.

Pero si nos negamos, seremos la próxima ficha en el tablero de conquistas rojas y marrones, o de otras facciones que quieran dominar la sed. Mi responsabilidad es proteger a mis soldados y salvaguardar el agua para la ciudad, incluso de la ciudad misma.

Durante la noche, decido caminar sola por los pasillos húmedos donde rezuman las tuberías. Oigo el burbujeo del líquido que ha mantenido a tantos con vida. Pienso en la contradicción: el agua debe ser universal, mas la guerra convierte todo en un botín.

Recuerdo los días en que el Palacio era sinónimo de esperanza, cuando la tormenta biológica cesó y se restableció la purificación. Fuimos un templo para el recurso vital. Ahora, me siento una guardiana atrapada entre hienas que rodean la presa.

Al pasar por la compuerta sur, me topo con un enviado del Hotel Majestic, un diplomático con ojos vidriosos, que suplica una breve entrevista. Acepto, con recelo. Me confiesa que ha oído rumores de la inminente ofensiva, y que el Majestic teme quedar aplastado en la contienda. Me pide que el Palacio se mantenga al margen, o que intente mediar. “La música, la poesía, la belleza se esfuman si el agua se vuelve arma,” dice con dramatismo.

Lo escucho, comprendiendo que su ruego no soluciona mi dilema. Me despido de él con cordialidad, sintiendo que la ciudad está repleta de súplicas desesperadas, mientras los ejércitos se posicionan.

Hacia el amanecer, Baeza me entrega la propuesta final de nuestro estado mayor: o apoyamos la ofensiva y aseguramos que el agua fluya sólo para los aliados, o declaramos la neutralidad y nos arriesgamos a ser sitiados. Ambos caminos son oscuros.

Apoyar: seríamos cómplices de un acto violento y cínico, quizás exterminando torres inocentes. Pero aseguraría el resguardo del Palacio, al menos hasta que los aliados se vuelvan contra nosotros.

Neutralidad: un ideal noble, pero en este clima de “o estás con nosotros o contra nosotros,” la neutralidad equivale a ser el siguiente blanco.

El tiempo apremia: la supuesta ofensiva podría empezar en días o incluso horas.

Decido convocar a mis capitanes y les comunico mi resolución: no firmaremos una adhesión inmediata, pero responderemos con dureza a cualquier agresión. Es un punto medio suicida, tal vez, pero me rehúso a mancharme las manos en una cruzada sin pruebas. Baeza me mira:

—Comandante Irene, no podemos dar media respuesta cuando ellos exigen un sí o un no.

—Lo sé, contesto, con la voz inflexible—, pero no es mi misión convertir el agua en arma de conquista.

Baeza asiente con resignación. Conozco sus dudas: ¿alcanza el honor para mantener vivo al Palacio de Agua en un mundo que se aboca a la matanza?

Firmo un documento escueto, con sello azul. Es nuestra contestación:

“El Palacio de Agua no apoya ninguna ofensiva sin evidencias claras del culpable.

No nos uniremos a una masacre basada en rumores.

Defenderemos nuestro suministro y nuestra gente contra toda agresión.

—Comandante Irene Casal, Ejército Azul.”

Lo envío con un mensajero de confianza, aunque sé que podría ser interceptado. Así, lanzo mi ultimátum personal: si vienen a forzarnos, será el fin de la concordia hídrica y el comienzo de un asedio feroz.

Ahora, espero la respuesta. Siento un vértigo: si Rojos y Marrones concretan su alianza, podrían cercarnos, estrangulando nuestras rutas de abastecimiento. ¿Seremos capaces de resistir? ¿O cederemos para evitar que el agua se contamine con sangre?

Camino por los corredor, acariciando el metal de las tuberías, preguntándome cuántas vidas dependen de estas corrientes cristalinas. El líquido que fluye por los ductos no elige bando, pienso con amargura. Pero en la guerra humana, todo se politiza.

Mientras tanto, me aferro al deber de mantener el agua corriendo para todos, incluso si ello significa desatar la ira de los poderosos. Y si ellos nos aíslan, la sed y la desesperación serán nuestra última batalla. Aun así, prefiero un asedio digno a ser una marioneta en la mayor matanza anunciada.

Capítulo 26 El Concilio de la Catedral

“Donde la fe pretendía unir, la violencia irrumpe, quebrando el eco de la plegaria.”

Soy yo de nuevo el Hermano Abel. Tras la militarización que emprendimos semanas atrás, muchos nos ven ya no sólo como un

refugio de oración, sino como un actor influyente en el inminente conflicto.

En un intento de no perder el camino de espiritualidad, el Prior Rafael y otros líderes eclesiásticos decidieron organizar un “Concilio Sagrado” en la Catedral: una reunión abierta a representantes de diferentes torres para intentar frenar la escalada de violencia. Desde que el Concilio Fallido en las estaciones de Retiro naufragó, nadie ha osado convocar a otro gran encuentro. Sin embargo, nuestra orden confía en que, si hay un lugar donde aún retumbe el rezasgo de la divinidad, es bajo nuestras bóvedas góticas, a los pies del pararrayos que simboliza la conexión con lo alto.

En la nave principal de la Catedral, los viejos bancos se han reacomodado para crear un gran semicírculo, con un altar improvisado en el centro. Encima de ese altar, un crucifijo metálico oxidado recuerda la fe de antaño, ahora rodeado de escopetas y fusiles apostados en las esquinas, vigilados por monjes guerreros. Es una imagen que me parte el corazón: la cruz y las armas conviviendo, la religión mezclándose con la violencia . Pero quizás sea la única manera de prevenir un desastre mayor.

Las torres invitadas son La Torre Roja, la Torre Marrón, el Palacio de Agua, las Gemelas, el Majestic y otras facciones que no asistieron. Se sabe que el Clan del Comercio boicotea cualquier encuentro mientras no se aclare el crimen de su mensajero, pero el Prior Rafael

no pierde la esperanza de que alguno de sus delegados aparezca a último momento.

Mientras tanto, la atmósfera en la Catedral se tensa: soldados con sotanas, monjas con rostros serios, una atmósfera de salmos cruzado con recelos.

Por el gran pórtico, van entrando los representantes: oficiales marrones de gesto hosco, comunistas rojos con banderas discretas, delegados del Majestic con vestimentas coloridas. También aparece alguien del Palacio de Agua, con un semblante preocupado y la chaqueta azul llena de insignias. Nos asalta la ausencia del Clan del Comercio y de la Torre Fantasma —que es más leyenda que realidad —, así como la sospechosa incomparecencia de la Torre Sufí.

El Prior Rafael, investido con una capa blanca y dorada, recibe a cada grupo con un saludo solemne, pidiéndoles que dejen sus armas en la entrada. Algunos obedecen a regañadientes, otros fingen entregar sólo una parte de su arsenal. En este mundo, nadie se desprende por completo de la posibilidad de la violencia.

Los representantes toman asiento en semicírculo, mientras monjes y monjas custodian las puertas. La luz tamizada de los vitrales rotos baña el recinto con una claridad onírica. El Prior alza las manos y entona una breve plegaria:

—“Oh, Señor, que un día prometimos recibir a través del rayo, ilumina las mentes de quienes aquí se sientan. Que no sea la bala, sino la razón, la que ponga fin a la discordia.”

Algunos ruedan los ojos otros guardan silencio reverente. Yo, desde un lateral, asisto con anhelo de que esta vez la palabra triunfe donde antes fracasó.

Apenas se abre la sesión, estallan acusaciones:

La Torre Roja reprocha la cobardía de torres “que encubren al asesino.”

La Marrón exige que el orden prime y se subleven contra las “torres herejes” que atentan contra la ciudad.

El Palacio de Agua reitera su neutralidad, recibiendo críticas de ambos bandos que quieren arrastrarlo a su causa.

El Majestic intenta, con discursos floridos, abogar por un acuerdo humanista.

El Prior Rafael intenta moderar:

—Hermanos, recordemos que estamos en un Templo de Fe. Les ruego mesura y escuchar antes de acusar.

Pero la tensión se caldea: rojos y marrones se miran con complicidad mal disimulada; en cambio, las Gemelas mantienen un mutismo

calculador, al acecho. La certeza de un inminente ataque sobre la Torre Sufí flota en el aire, aunque nadie lo menciona abiertamente.

El Prior, en un tono que mezcla la unción religiosa con la retórica diplomática, expone un plan de reconciliación:

1 Una tregua temporal de tres semanas, tiempo durante el cual se formarían comisiones de investigación para el crimen del comerciante.

2 Restablecer el acceso a los corredores neutrales para el Clan del Comercio, rogando su participación activa.

3 Permitir a la Catedral oficiar como “garante espiritual” de la no agresión, ofreciendo mediación en caso de disputas.

—Así, concluye el Prior, si de verdad alguien busca la paz, no habrá excusa para no firmar. Y si alguien ansía la guerra, quedará en evidencia.

Yo, desde mi posición, observo los rostros. Varias torres intercambian miradas incrédulas, y una risa seca se escapa de la delegada marrón:

—¡Tres semanas! —dice—. ¿Quién puede vivir de ilusiones por tanto tiempo?

La discusión sube de tono. Los comunistas rojos alegan que la Catedral retiene armamento en sus criptas y exigen transparencia. Los marrones exigen a su vez que rojos y caníbales sean sometidos a un registro. El Majestic suplica no convertir la reunión en una carnicería de insultos. El Palacio de Agua se cruza de brazos, temiendo enredarse en una trampa.

Por mi parte, siento un hormigueo en la nuca: la atmósfera se vuelve eléctrica, como si un trueno se agitara en silencio. Miro las sombras de la bóveda alta imagino que, si ahora bajase el relámpago divino, no habría paz ni epifanía: sólo la histeria colectiva.

De pronto, suena un estruendo sordo, muy cerca de la zona del altar lateral. Podría ser un derrumbe menor, pues la Catedral sufre grietas. Sin embargo, el pánico cunde al instante. Soldados y representantes se levantan, algunos sacan armas escondidas, se escuchan gritos:

—¡Es un atentado!

—¡Cuiden al Prior!

Se produce una conmoción. En la polvareda, alguien lanza un objeto que rueda por el suelo: parece una granada artesanal. Yo me quedo helado; la multitud se dispersa en direcciones opuestas, y un monje salta sobre el artefacto, intentando arrojarlo lejos. El tiempo se vuelve lento, mis oídos zumban.

El artefacto explota con un estruendo que sacude las vidrieras. El monje que lo había interceptado sale despedido, hiriéndose contra las bancas. Un aullido se extiende en la nave principal, la gente corre despavorida. El Prior Rafael lanza un grito pidiendo calma, pero es inútil. El polvo lo envuelve todo, me ciega la vista. Se oyen disparos sueltos: tal vez guardias del altar disparan contra una sombra que no identifican.

—¡Retirada! —grita la delegada marrón, arrastrando a su gente.

—¡Malditos, nos emboscaron! —vocifera un comunista.

La confusión absoluta anula toda posibilidad de diálogo. La explosión deja escombros en el suelo, y un incendio leve empieza a lamer las cortinas raídas de una capilla lateral.

Veo cómo las facciones corren hacia las puertas, luchando por no ser aplastadas en el tumulto. Las Gemelas se protegen con maniobras militares, cubriendo su retirada con disparos de advertencia. El Palacio de Agua se marcha invocando su neutralidad. El Majestic intenta ayudar a algunos heridos, pero la avalancha humana no distingue compasión. Un conato de pánico se traga todo, y en la sucia penumbra sólo el rayo de polvo iluminado por las antorchas deja ver siluetas frenéticas.

En medio de ese caos, me esfuerzo por acercarme al altar. Distingo al Prior Rafael, con la sotana rasgada y una herida en la frente. Se arrodilla junto a uno de los monjes que cayó malherido por la

explosión. Un hilillo de sangre le corre por la sien, y su mirada, cargada de rabia y dolor, se alza hacia lo alto:

—Dios mío, expresa con la voz atónita, ¿por qué nos has abandonado?

La escena me parte el alma: el hombre que confiaba en la fuerza del rayo divino ahora ve derramar sangre en su santuario. Una burla atroz de lo sagrado.

Cuando el humo se disipa, quedan unos pocos heridos, varios bancos destrozados, y la cúpula de la Catedral retumbando con ecos de la explosión. ¿Quién orquestó este atentado? ¿Fueron conspiradores rojos o marrones que buscaban un pretexto para una nueva ofensiva? ¿Una facción minoritaria que quería sabotear la mediación? ¿O acaso un loco fanático que cree que la Catedral traicionó la fe?

No lo sabremos de inmediato: ya nadie se queda a investigar. El Concilio se deshace, otro consejo que termina en ruinas.

Con el corazón tiritando, ayudo a cargar algunos heridos hacia las sacristías. Miro a un costado y veo que la capitana del Palacio de Agua —una mujer con semblante decidido— sale con su guardia a toda prisa, sin despedirse. Más allá, el delegado del Majestic se lleva a uno de sus compañeros gravemente lesionado. No hay un solo acuerdo firmado, nada que alivie la inminente guerra.

En la puerta principal, descubro rastros de sangre en los escalones. Pienso: “si la Catedral del Sur, supuesto pilar sagrado, no logró traer paz ni un segundo ¿qué esperanza queda?”

El sol se alza con un matiz rojizo, como herido. Me quedo junto al Prior, que murmura oraciones casi sin voz. Sostengo sus manos, y siento la culpa de un fracaso colectivo. La Catedral quiso mediar, pero la violencia irrumpió como un espectro inevitable. Ni la fe ni la palabra parecieron bastar cuando un artefacto explosivo retumbó entre los muros consagrados.

Ahora, las torres regresan a sus recintos con la ferocidad de quien ha sido atacado, o cree serlo. Sin un acuerdo, los bandos se endurecen, y la sed de venganza crece. El Concilio de la Catedral se convierte en otra muesca en la lista de intentos infructuosos por salvar la ciudad de la masacre.

Cierro los ojos un instante y rezo en silencio, intentando hallar consuelo en mi fe. Pero sólo me responden los gemidos de los heridos y el olor a sangre que impregna las piedras. Afuera, un cuervo grazna en la torre, recordándonos que la paz es un espejismo que se rompe con un simple estruendo.

Así se sella la suerte de un nuevo intento de diálogo. Y yo, Hermano Abel, me pregunto si volveremos a ver la luz del rayo divino o si la ciudad se consumirá antes en el fuego terrenal de la guerra que cada día avanza un paso más.

Capítulo 27 Estalla la Guerra Pactada

“Donde la pólvora lame los muros, las banderas ondean sin consuelo.”

Me llamo Tara y soy una soldado raso de las Torres Gemelas del Oeste, las estructuras que se alzan unidas por puentes de metal y que durante años forjaron una sociedad matriarcal de francotiradoras nocturnas. Crecí escuchando que nuestro deber era vigilar la noche, proteger nuestra gente y disparar sólo para defender, nunca por venganza injustificada. Pero hoy… hoy la guerra irrumpe en plena luz del día, con estandartes flameando en calles neutrales que se convierten en campos de batalla.

Llevo un casco abollado que ha pasado por varias manos y un rifle de asalto ligero, las manos me sudan un poco a pesar del entrenamiento. La Guerra Pactada estalla, una contienda limitada por acuerdos bélicos que prohíben arrasar edificios, pero que permiten matar a los combatientes en zonas neutrales. Un absurdo “código de honor” que finge salvaguardar la civilización mientras la sangre corre entre adoquines. Las torres llevan sus estandartes, sus

escuadrones, sus ritos. Y nosotras, las Gemelas, no somos la excepción.

Todo empezó con la noticia de que la Torre Roja y la Torre Marrón avanzaban juntas contra la Torre Sufí, acusándola de encubrir al asesino del comerciante. Al mismo tiempo, otros bandos —la Catedral, las Gemelas, el Hotel Majestic— se alistan para defender, atacar o simplemente sobrevivir en la refriega. El Palacio de Agua ha rechazado públicamente unirse, pero sus soldados también preparan defensas. Una coalición difusa, enemiga de nadie y de todos.

Las Gemelas, orgullosas de su matriarcado y su puntería letal, decidieron no esperar a ser blanco, se desplegaron con francotiradoras y patrullas diurnas. Yo, soldado raso, me encuentro en un pelotón que avanza por una avenida semidestruida, con estandartes azul oscuro y plata ondeando entre nosotras. Mi escuadra está compuesta casi en su totalidad por mujeres con la mirada endurecida, temerosas y valientes a la vez. Nadie dice una palabra de más: la guerra no da margen a la retórica inútil.

Avanzamos con precaución. Los disparos resuenan más allá de una esquina, y un puñado de combatientes de la Torre Roja se asoma con fusiles. Se arma un intercambio breve y brutal: ráfagas de balas que impactan en muros, y un par de cuerpos que caen. Reconozco el grito de una de mis compañeras al recibir una esquirla en el brazo. Me acerco para ayudarla, la sangre tiñe mi guante. Pero en la adrenalina no hay tiempo para lágrimas aplico un torniquete

improvisado y la animo a retroceder mientras otras compañeras devuelven el fuego.

En medio del estruendo, asomo mi rifle y disparo a un rojo que se destaca apuntándonos con un lanzagranadas. No sé si lo hiero o sólo lo disperso, pero su figura se encorva y desaparece. El corazón me late desbocado: Ésta es la guerra pactada, esta danza de muerte “permitida” en las calles neutrales. Qué ironía llamarla “pactada,” cuando la codicia y el pánico anulan todo rastro de acuerdo.

Los bandos se reconocen por sus estandartes e insignias:

El estandarte marrón con un águila estilizada.

El rojo, con el puño y la hoz.

Nosotras, las Gemelas, con una luna doble atravesada por un rifle estilizado.

Los caníbales, con huesos colgantes en sus lanzas.

La Catedral, con cruces doradas el Palacio de Agua, con la gota sobre un fondo azul

Antes de iniciar cada choque, se intercambian gritos de pertenencia, unos dirigen oraciones o consignas políticas, otros celebran tambores o cánticos. Me pregunto en qué momento la ciudad sucumbió al ritual de la violencia, disfrazándola con símbolos y banderas. Pero entonces un proyectil me roza la oreja y me ancla a la realidad: debo pelear, o morir.

Avanzamos hacia una intersección grande, donde confluyen las fuerzas rojas y marrones. Ellos atacan sin piedad, parece que la Torre Sufí está acorralada un par de cuadras más adelante. Algunas tropas de la Catedral y el Majestic intentan auxiliar a los sufíes, y un tiroteo confuso se produce en el centro. Los gemidos de heridos se mezclan con la metralla. Paredes astilladas, vidrios rotos por doquier. Nosotras, desde un flanco, disparamos para cubrir el repliegue de civiles que huyen.

De pronto, veo a un fascista marrón, corpulento, que embiste con un grupo armado. Grita algo sobre “orden y limpieza,” blandiendo una ametralladora. Tiro una granada de humo para desorientarlos. Otro escuadrón de Gemelas se apoya en los tejados, intentando ganar altura para francotirar.

La guerra pactada prohíbe demoler torres o usar artillería pesada contra edificios, pero acá, en la calle, todo vale: lanzagranadas, fusiles, subametralladoras. Muero de odió y dolor al ver la destrucción absurda.

En un instante, me quedo a cubierto tras un auto volcado con una compañera, Aranza. Ella tiene un corte en la frente, la sangre le resbala por la mejilla, y respiramos agobiadas por el humo. Nuestros pulmones escuecen. Compartimos una mirada de impotencia: ¿por qué luchamos? Defendemos nuestra autonomía, dicen las comandantas. Pero me pesa la inutilidad de matar a gente que ayer podía ser tu aliada.

—¡Tara! —me llama Aranza—. Estoy harta de este absurdo.

—Sobrevive. Luego pensaremos en la sinrazón, respondo con voz afónica, sin poder ofrecerle otra salida.

El fuego se extiende a un par de edificios abandonados, creando cortinas de humo. Entre los escombros, veo a soldados rojos y marrones reuniéndose a paso firme. Su alianza, nacida de la conspiración, extiende la guerra a cada esquina. Sufíes y Majestic se retiran, mermados. La Catedral, con sus monjes armados, intenta mantener una línea de resistencia. Hay un informe de que el Palacio de Agua ha enviado un contingente pequeño, más por obligación que por deseo. Nosotras, las Gemelas, luchamos en grupos dispersos, cada escuadra con su táctica de francotiradora y apoyo cercano.

A veces, me parece oír cantos tribales de los caníbales, que arrasan a quien hallen débil para robar cuerpos y rituales. Es un infierno en miniatura, con sus propios fuegos y caos. La guerra, al final, es la peor devoradora.

En ciertos tramos, los bandos enfrentados ejecutan lo que se conoce como “Rito de Honor”: si un soldado desafía a otro a duelo personal, se forma un círculo de soldados que dejan un espacio para el combate uno contra uno. He sido testigo de una escena semejante: un comunista alto retó a un capitán marrón, acusándolo de crímenes pasados. El resto del pelotón se apartó en un margen, mientras los dos se dispararon con pistolas de bajo calibre, bailando entre balas. Al final, el capitán marrón cayó, herido en el estómago, y el

comunista tampoco salió ileso. En este mundo enfermo, hasta el duelo se ritualiza con cánticos y miradas fieras.

Yo no me acerco a esas locuras: disparo cuando es preciso, protejo a las mías, rezo en silencio.

Cae la tarde, y la avenida antes llena de vehículos oxidados se vuelve un campo salpicado de cuerpos y humo. Mis botas chapotean en charcos de agua estancada mezclada con sangre. Nunca pensé vivir algo tan cruel. Me topo con una monja de la Catedral, muerta con el rosario en la mano. A un costado, un fascista marrón, fallecido con los ojos abiertos, sin entender quizá cómo su orden no lo salvó de las balas. Es una ironía infinita, la torre prometía proteger, pero la muerte iguala a todos.

Siento náuseas. Guerra pactada, se llama. Como si los códigos y los ritos enaltecieran la matanza. Yo lo llamo un festival macabro que los sobrevivientes contarán con lágrimas o furia.

Mis comandantas ordenan la retirada hemos sostenido el frente lo suficiente para cumplir con nuestra consigna de “defensa sectorial.” La Torre Roja y la Marrón avanzan más allá, adentrándose en la zona de la Torre Sufí. Al fondo, se escuchan explosiones y las plegarias desesperadas de los derviches. No sé si tendrán alguna esperanza contra esta coalición de fuego. Nosotras preferimos no morir en un campo de ruinas que no es nuestro.

Corro junto a Aranza por callejuelas llenas de cascotes. Cada bocanada me duele. Llevo una granada de humo en la mano buena,

por si aparece algún grupo hostil. Pero las balas se desvían hacia otros frentes. La guerra se fragmenta en docenas de escaramuzas simultáneas.

Logramos llegar a un punto de reunión improvisado, donde otras Gemelas se reagrupan. Algunas traen heridas, otras han perdido un brazo o un ojo, otras vienen arrastrando cuerpos de compañeras caídas. El mando nos ordena replegarnos a nuestras torres unidas por puentes. Ahí, organizaremos la siguiente fase. Nadie sabe si la guerra pactada durará días, semanas o meses, ni cuántas muertes costará.

Mientras me siento a tomar aire, veo los estandartes manchados de sangre y me invade una mezcla de impotencia y sinsentido. Toda esa charla sobre códigos de honor y ritos de duelo no me quita la imagen de cadáveres tirados, ni el sabor amargo de la pólvora en la boca. Me limpio la frente, llena de hollín y sudor, y cierro los ojos un segundo.

La guerra pactada ha estallado, y no es sino un eufemismo para la misma carnicería de siempre, vestida con banderas y promesas de no demoler torres. Pero ¿qué queda de los rascacielos si las calles, su base, son devoradas por la violencia? Me pregunto si sobreviremos a la noche, si cada disparo que suena en la lejanía nos acerca al derrumbe final.

Me levanto, ajusto mi rifle y sigo a mis compañeras. La noche es larga, y la matanza recién inicia.

Capítulo 28 Revelaciones en Edificio Aconcagua

“Los insectos tienen ojos múltiples a veces ven lo que los humanos ignoran.”

Mi nombre es Leila, y soy la niña insectista del Edificio Aconcagua, donde nutrimos y experimentamos con insectos comestibles, creando biotecnologías a partir de sus propiedades.

Hasta ahora, hemos permanecido al margen de la guerra abierta que cunde en las calles. Aun así, los conflictos nos alcanzan: los disparos, las conspiraciones, la violencia rampante. Y un escalofrío mayor atraviesa los corredores de Aconcagua: se han descubierto armas biológicas manipuladas con nuestro know how, sin que la directiva lo aprobara. Alguien parece haber urdido un plan, usando insectos como vectores letales. Eso pone en jaque nuestra reputación y la misma neutralidad de la torre.

En el Piso 7, donde se investiga la manipulación genética de insectos, hay un silencio tenso. Algunos biólogos y técnicos se miran con recelo. Hace unas semanas, notamos la desaparición de larvas

experimentales con venenos sutiles —armas biodegradables que en teoría estaban bajo llave. Ahora, con la guerra pactada y la escalada de locura, tememos que un traidor o infiltrado usó nuestro trabajo para sembrar caos.

Mis insectos, mis queridas cucarachas entrenadas, llevan días alertándome de comportamientos anómalos en las grietas. Se agrupan inquietas en las esquinas, como si presintieran la presencia de alguien ajeno. Sé que mis bichos sienten lo que nadie más ve.

Soy una niña de 8 años —según el calendario post colapso—, pero en Aconcagua me tratan como una experta en insectos. Paso más tiempo con mis bichos que con humanos. Mis cucarachas, a las que llamo “mis hijas,” aprenden a responder a mis chasquidos y a explorar rincones. Yo las educo con pequeñas recompensas, las guío con feromonas sutiles, y ellas me sirven de ojos y oídos en los ductos de ventilación y en pasadizos estrechos. Me han dado más cariño y lealtad que muchas personas.

En estos días, las he enviado a rastrear cualquier señal de armas biológicas o movimientos sospechosos. Y ellas han vuelto con mensajes que yo interpreto según su patrón de antenas y sonidos.

Hace una semana, descubrí un matraz roto en el Piso 10, donde se realizan pruebas de feromonas para el control de insectos. Alguien —que no era del personal autorizado— lo manipuló hallé huellas de un producto tóxico mezclado con polen infectado. Esa mezcla puede crear un arma “limpia,” capaz de propagar fiebres o matar en

contacto. Asustador. Avisé a mi madre, la jefa de sección, pero ella me pidió silencio para no alarmar a todos. Decidió investigar por su cuenta, temiendo la reacción de la directiva.

Una conspiración interna se volvió más fuerte cuando un par de drones de Aconcagua también desaparecieron. Alguien estaba robando tecnología de dispersión que, unida a los insectos modificados, podría usarse como arma biológica letal. Me sentí traicionada ¿quién emplearía mi hogar, mi Edificio Aconcagua, para semejante crimen?

Como si fuera poco, la guerra en las calles neutrales se acerca a nuestras inmediaciones. Se oyen balaceras a unas cuadras. Aconcagua defiende sus muros con trampas de insectos y un ejército discreto, pero el tiempo de la neutralidad se agota. Unos mecen que la Torre Roja y la Marrón podrían querer “nuestras armas verdes,” mientras otros temen que seamos el próximo objetivo si se descubre la manipulación de larvas venenosas.

Ando con mi rebaño de cucarachas entrenadas, intentando calmar mi pánico. ¿Acaso alguien de dentro vendió nuestro conocimiento a los conspiradores? ¿Sería cierto que manipulamos armas biológicas ligadas al disparo inicial que mató al comerciante?

Una noche, mientras me ocultaba en el laboratorio del Piso 5, mis cucarachas me enviaron señales inusuales: agitaron sus alas, frotaron patas en un ritmo que identifico como “alerta de intruso.” Las seguí por un ducto hasta un habitáculo semisecreto, donde hallé

restos de ropas y algunas piezas de metal. Entre ellas, un cartucho de bala y un emblema roto de la Torre Roja.

Pero lo verdaderamente impactante no fue el cartucho, sino un dispositivo que recordaba un dron de control de insectos y, junto a él, un diario de notas manchado de sangre. Releí los pasajes con mi pequeña linterna: hablaban de “la necesidad de matar al mensajero para culpar a otras torres,” mencionaban la “arma silenciosa” y “liberar larvas en caso de emergencia.” ¿Acaso esto es prueba de que un traidor de la Roja conspiró para asesinar al comerciante, usando tecnología de Aconcagua?

Recordé las consignas de mi madre “No te metas en política.” Pero esto era más grande que la política. Era la verdad del crimen que desató la guerra.

Justo entonces, mis cucarachas se agruparon, agitando antenas con un patrón que yo interpreto como “tenemos un testimonio.” Ellas me mostraron algo en la memoria de la feromona que guardan —un rastro que detectaron el día que el comerciante cayó. Según su movimiento, rastrearon a un individuo con ropas mixtas (parte roja, parte marrón) merodeando un pasadizo en Aconcagua, cerca de un arsenal biológico, y luego huyendo hacia la calle la misma mañana del crimen.

Mis cucarachas vieron quién disparó. O al menos, saben que esa persona manipuló un mecanismo de ascensor clandestino y salió con

un arma en la mano. El rastro feromonal coincidía con el cartucho que hallé.

De pronto, toda la historia encaja un infiltrado mezcló las tecnologías de Aconcagua, manipuló larvas y venenos, y disparó al comerciante para desencadenar la confusión. Se vistió con emblemas contradictorios, o usó símbolos falsos para inculpar a la Torre Roja, la Marrón o cualquiera. Un crimen perfecto.

Recojo el diario de notas y el cartucho, y lo escondo en mi ropaje. Esto es la prueba. Mi Edificio Aconcagua, tan centrado en la vida ecosistémica, fue usado como base de un proyecto de muerte. La culpa me abrasa, aunque sé que no soy responsable. Debo entregar esta evidencia a alguien confiable, alguien que pueda detener la locura.

Pero, ¿a quién acudir? El Clan del Comercio se niega a creer en nada sin pruebas, las torres principales se acusan mutuamente, y la guerra ya estalló en las calles. El Palacio de Agua, tal vez, o la Catedral No lo sé. Sólo sé que debo salir de aquí y exponer la verdad.

Pero al mismo tiempo soy una niña todavía.

Mientras preparo mi huida, en los pasillos suena la alarma: un contingente de soldados rojos asedia las inmediaciones, presuntamente en busca de “armas biodegradables.” Temen que Aconcagua abastezca a sus enemigos. El pánico se disemina entre científicos y agrónomos. En los invernaderos, las larvas y grillos chillan al sentir la adrenalina. El director de Aconcagua ordena a

parte de nuestro ejército repeler la incursión. Ya no somos neutrales si disparan contra nosotros.

Yo aprovecho la confusión para escabullirme, guardando con celo mi hallazgo. Las cucarachas se apiñan en mis mangas y bolsillos, listas para ayudarme. Siento miedo: si me atrapan, podrían acusarme de espionaje o robo. Pero es la única forma de que la verdad sobre el asesino salga a la luz.

Antes de marcharme, me detengo en el invernadero principal, donde crecían hongos y se criaban mantis gigantes. Es un bosque miniatura, con humedad controlada. Miro las hojas brillantes, las criaturas que siempre amé. Mi corazón se encoge: ¿volveré alguna vez? Cuando el caos culmina, quizás no quede nada de Aconcagua tal como lo conocí.

Las sirenas de alarma retumban, y se oyen disparos. Soldados rojos han logrado penetrar uno de los accesos. Me maldigo por la violencia insensata. La ciencia de Aconcagua, que pretendía alimentar gente con insectos y crear soluciones ecológicas, ahora ve cómo un arma biológica surge de nuestras entrañas, usada por conspiradores para sembrar la discordia.

Escapo por un corredor lateral, con mis bichos adiestrados guiándome a través de un conducto secreto que usamos para canalizar agua subterránea. Tengo el diario y el cartucho, la prueba de que el disparo al comerciante se conectó a un plan mayor, con

infiltrados que mezclaron tecnología de Aconcagua y símbolos rojos o marrones. Tal vez sea la pieza que demuestre la manipulación.

Ahora, con el viento soplando un vaho putrefacto desde la calle, me lanzo a la aventura, con la esperanza de hallar a alguien que difunda la verdad. Ni sé si me creerán, o si llegaré viva a contarlo. Pero mis cucarachas me dan valor: ellas vieron al asesino, y yo confío en su instinto.

Mientras corro, pienso en la ironía: una niña y sus insectos, quizá el eslabón que ponga fin a la guerra. O tal vez, un grito más en el rugido ensordecedor del colapso. Pero no me rendiré. Llevaré la verdad hasta sus últimas consecuencias, pues sólo así podemos limpiar el nombre de Aconcagua y darle un respiro a esta ciudad agonizante.

Capítulo 29 El Cruce de Testimonios

“La ciudad grita en mil voces la verdad se arrastra entre murmuraciones y silencios.”

Nosotros, los Cronistas Silenciosos, hemos decidido salir de nuestras sombras una vez más, pese al peligro, para recabar declaraciones urgentes en esta hora crítica. La guerra pactada azota las calles, los bandos combaten con estandartes y ritos de duelo, y a la vez, emergen conspiraciones internas y armas biológicas se enredan. Las torres se defienden, se atacan y se excusan. Acá presentamos, sin añadir juicio ni censura, los testimonios que recogimos en las últimas veinticuatro horas, con la esperanza de que su colisión revele la verdad ocultada por el fuego y la mentira.

1 El Soldado de la Torre Roja

“¿Creen que somos los culpables del disparo contra el comerciante? ¡Falso!

Me llamo Borya sirvo en la brigada de vanguardia. Juro por la memoria de nuestros mártires que la Roja no se mancharía con semejante crimen absurdo.

Dicen que conspiramos con la Marrón, sí, nos aliamos ahora en la guerra, pero no asesinaríamos a un mensajero, ya que ni siquiera sabíamos dónde hallarlo.

Lo que queremos es justicia revolucionaria si la Torre Sufí encubrió al asesino, debe pagarlo.

¡La ciudad necesita un golpe de autoridad, no medias tintas!”

El hombre que declara esto, con la voz lenta y el ceño lleno de resentimiento, nos observa de reojo. Al final de su testimonio, empuña un puño cerrado y repite con dogmatismo: “No somos perros traidores. Que la historia lo escriba.”

2 La Oficial de la Torre Marrón

“La muerte del comerciante fue un crimen contra el orden.

Yo, Teniente Adler, afirmo que no descansaremos hasta aplastar a los responsables. Muchos nos culpan a nosotros, tachándonos de fascistas asesinos.

Pero si fuésemos los asesinos, ¿habríamos esperado tanto? Habríamos declarado la guerra de inmediato.

Ahora, la Roja comprende que el caos se extiende y coincide con nuestra visión. La Torre Sufí, la Catedral, incluso el Palacio de Agua… todos titubean, ponen obstáculos.

Si la ciudad va a sobrevivir, necesita mano firme.

Ese disparo sirvió de detonante, pero no fuimos nosotros quienes lo apretamos.”

La teniente golpea su placa con un dedo. “El orden no se negocia, Cronistas,” enfatiza antes de retirarse con un ademán severo.

3 Un Monje Guerrero de la Catedral

“La Catedral quiso apaciguar las iras, mas nos han atacado con bombas en pleno concilio.

Hermano Ezequiel y Prior Rafael sangran en sus vestiduras. ¿Acaso creen que la fe no sufre?

No supimos quién disparó primero, pero la bala contra el comerciante fue el detonante.

Ahora, cada facción se enreda en su propia violencia, y nosotros, que alzamos el crucifijo, dudamos de nuestra misión.

¿Quién se beneficia de esta guerra? Alguna mano sacrílega teje los acontecimientos.

Si el Cielo calla, y el rayo no trae la luz, ¿seguiremos matando en su nombre?”

El monje, con los ojos hinchados de desvelo, cierra su salmodia con una sentencia: “Que Dios nos ampare si la sangre no se detiene.”

4 La Francotiradora de las Torres Gemelas

“Soy Bruma, soldado de día y noche.

Atacamos, defendemos, retrocedemos. ¿Cuál es la causa exacta? Nadie lo sabe.

Quieren culpar a Sufí, a Aconcagua, a cualquiera. Pero mis disparos sólo ven siluetas: rojas, marrones, azuladas…

El comerciante muerto… fue un error imperdonable. Si hubiéramos sabido la verdad, habríamos disparado contra el verdadero criminal.

Mis jefas dicen que la Guerra Pactada sólo protege los edificios, no la vida humana.

Cronistas, escriban esto: la ciudad se desangra, y nuestras balas no distinguen pecadores de inocentes.”

Después de expresar esto, Bruma enciende un cigarrillo y mira el horizonte, con la mano con cicatrices en su fusil.

5 El Delegado del Hotel Majestic

“Nuestro arte se marchita entre escombros.

Soy Absalón, orador del Majestic. Nos sumergimos en el delirio bélico sin quererlo.

Varios culpan al Majestic de difundir propaganda errática, otros nos acusan de smuggling emocional. ¡Idioteces!

Decimos la verdad: nadie sabe quién disparó al comerciante.

La acusación de que la Torre Sufí lo encubrió es una patraña. Hace poco, la Sufí pedía paz a gritos. ¿Por qué sabotea la propia paz?

En la última escaramuza, vimos morir a inocentes. ¿Y luego dicen que es guerra pactada? ¡Es una farsa cruel!

Apelo a la humanidad de quienes escuchan, devuelvan la cordura antes de que las artes mueran con la pólvora.”

Absalón extiende un manuscrito con poemas de su autoría, rogando que lo conservemos para la posteridad.

6 El Comandante Azul del Palacio de Agua

“Habla el capitán Mena, segundo al mando tras la comandante Irene Casal.

Recibimos ultimátums de rojos y marrones, nos piden la llave del agua para su cruzada. No cederemos, pero tampoco buscaremos la guerra en vano.

El disparo al comerciante… no fue el Palacio. ¿Por qué habríamos de matar al que también garantiza recursos que transportamos?

Nuestra comandante se mantiene firme: no nos sumaremos a ofensivas sin pruebas, y si nos atacan, defenderemos hasta la última gota.

La ciudad no entiende que el agua no toma bando si la contaminan con odio, pereceremos todos.

Cronistas, anoten: es el fin si no parán pronto.”

El capitán traga saliva, consciente de que sus palabras suenan ingenuas en un clima tan feroz.

7 El Mensaje Clandestino de la Torre Sufí

Hemos obtenido un fragmento de un sufi herido, sin nombre:

“Nos asedian, arguyendo que escondimos al asesino. ¡Mentira!

Su danza y su fuego destruyen nuestros umbrales místicos.

¿Acaso no nos creían devotos de la paz? El que mató al comerciante quizás busca que el odio arrase con todo.

Dicen que vendrán con las banderas rojas y marrones, soldados en un mismo yugo. A nosotros sólo nos queda rezar.

¿Dios? ¿Amor? ¿Poesía? Se rompen bajo el estruendo.

Nadie nos escucha.”

El sufi se retira, tosiendo sangre, sin poder contarnos más.

8 Un Anónimo en la Torre Caníbal

“Dicen que somos monstruos carnívoros, pero no nos manchamos de sangre inocente. Nuestro rito es comer a quienes mueren, no matarlos a traición.

El comerciante… no lo tocamos. ¿Por qué matar un puente entre torres si su carne no es parte del rito?

No nos atribuyan esa bala. Lo que sí, si hay guerra, comeremos los despojos. Créanlo. Y no pidan piedad después.

La carne fluye de la guerra, nosotros no la provocamos, la aprovechamos.

Cronistas, pongan en su libro: el caníbal no dispara primero, sólo devora lo que la estupidez humana produce.”

Su sonrisa es un filo tétrico, pero no detectamos mentiras.

9 El Conspirador en Aconcagua (anónimo)

Hemos encontrado un esbozo de confesión dentro de un cuaderno hallado en un pasillo:

“La niña insectista investiga. No entiende mi misión.

Robé larvas con veneno y modifiqué el dron. Lo usé para vigilar al comerciante. Y disparé sin piedad.

Los insectos me ayudaron a escabullirme.

No siento culpa: la ciudad necesita un detonante para romper su anquilosamiento.

Pronto culparán a la Sufí, a la Roja, o a quien sea. La guerra es mi creación.

Si alguien halla estas líneas, sabrá que todo fue planeado para sembrar el terror y que se devoren entre sí.”

Firmado sólo con un garabato ilegible.

10 El Clan del Comercio (un último recado)

“No tenemos más palabras.

Habla Yelín, sustituto de Darien Montalvo, quien partió en busca de la verdad.

El abastecimiento está detenido, la violencia es total. El asesino sigue suelto, y nadie asume la culpa.

Nosotros clamamos, si en verdad hallan al culpable, que se le entregue a la justicia. Si no, cada torre sufrirá su propio derrumbe en la sed y en la hambruna.

La balanza se partió. Que los Cronistas lo registren: la civilización se despeña porque se niega a ver la verdad.”

El tono amargo cierra su declaración, y la desesperanza brilla en sus pupilas.

Hemos escuchado todas estas voces en un lapso frenético de un día, arriesgando la vida en pasillos minados y calles incendiadas. Cada testimonio se contradice y se complementa, revela nuevos pliegues o mantiene el secreto. La verdad casi asoma en medio de su polifonía, como un insecto atrapado en telas de araña:

Alguien confiesa haber usado larvas y drones de Aconcagua.

El instrumento para culpar a la Torre Sufí o a otros.

Rojos y Marrones cooperan en la guerra, mientras juran no ser los autores directos.

El Clan del Comercio se retira, empujando a un colapso mayor.

Las Gemelas, la Catedral, el Majestic, el Palacio de Agua se desgastan en la pugna.

Si el lector observa con atención, verá emerger una figura que planificó el asesinato para detonar el caos, valiéndose de símbolos falsos, de armas biohíbridas, de ascensores clandestinos. Pero cada facción, en su ceguera, ignora que quizás todos han sido títeres de esa sombra sin nombre.

Nosotros, Cronistas Silenciosos, no emitimos sentencia. Sólo escribimos el coro de testimonios recogidos con premura, y los depositamos en nuestro archivo, un baúl de voces que el futuro —si llega— podrá descifrar. Entre los escombros y la sangre, un tenue hilo de verdad se revela: la conspiración vino de adentro, de alguien que anhela una destrucción tan metódica como irónica.

Mientras el fuego crepita en las calles, cerramos esta crónica con la esperanza de que, de tantas palabras, la ciudad al fin entienda que su verdugo ha estado entre sus muros desde el principio.

Así finaliza nuestro polifónico registro. La guerra ruge sin freno, las torres se hunden en su odisea de recriminaciones, y el asesino —o asesinos— se regocija en la niebla. De ello quedará constancia en nuestro siguiente capítulo, si es que sobreviven Cronistas para

narrarlo. Por ahora, hemos cumplido: la verdad casi asoma, aunque cada quien la interpreta según su fe, su odio o su ansia de poder.

Capítulo 30 El Verdadero Culpable

“Cuando el velo cae, el caos no se disipa, sino que muestra el rostro de la traición.”

Me llamo Arán, y soy un ingeniero renegado de la Torre Del Plata que desde hace semanas seguía los rastros de un conspirador: huellas de un ascensor clandestino, armamento biohíbrido de Aconcagua, insignias falsas de la Torre Roja y la Marrón. En los últimos días, mientras la guerra se desplegaba en las calles neutrales, hallé documentos filtrados y testimonios que apuntaban a un acto calculado para derrumbar el pacto social. Mis hallazgos coincidieron con los de la niña insectista que escapó de Aconcagua con evidencia decisiva.

Hoy, en medio de la confusión mortal, emergí desde los subterráneos para revelar la verdad a quien quisiera oírme, aunque la mayoría de las torres estuviera sumida en la refriega. Siguiendo indicios, terminé en un antiguo salón de archivos en la periferia, donde algunos delegados y testigos se habían refugiado buscando un cese

al fuego inmediato. Entre ellos, un puñado de Cronistas Silenciosos, exiliados del Clan del Comercio y soldados heridos de las Gemelas. Ahí expuse los resultados de mi investigación.

1 El Diario del Conspirador

—Aca —dije, alzando la libreta manchada de sangre—, están las notas de alguien que se movía entre torres, robando tecnología de Aconcagua, ascendiendo de forma clandestina en la Del Plata, y disfrazándose con insignias rojas y marrones para desviar sospechas.

Se produjo un cuchicheó de asombro. El texto, hallado en Aconcagua, revelaba un plan meticuloso:

Robar larvas venenosas de los laboratorios agro-biotecnológicos.

Manipular un dron para vigilar al comerciante y atacarlo en el momento oportuno.

Usar símbolos ambiguos (un brazal rojizo, un tatuaje marrón falso) para sembrar culpas cruzadas.

Disparar al mercader en zona neutral, garantizando la caída del pacto.

El diario lo confirmaba: fue un asesinato planeado como excusa de una conflagración general, con la intención de forzar a las torres a devorarse entre sí.

2 El Nombre Prohibido

En un recoveco de las páginas, figuraban las iniciales “B. A.” Y en una parte tachada, se leía el comienzo de un nombre: Basilio, Basileu, Basil… No estaba claro, pero confirmaba una identidad parcial. Junto a ello, otra pista: “Fui criado en las sombras de un anexo de Aconcagua” y “recibí instrucción clandestina en Del Plata.”

Tiempo atrás, se hablaba de un estudiante brillante que desertó de la Torre Del Plata tras robar planos de ascensor y se guareció en Aconcagua, donde aprendió a manipular larvas e insectos. Algunos afirmaban que vestía ropas rojas con detalles marrones, proclamando un ideal: “la ciudad entera debe reiniciarse.” Nadie sabía su paradero exacto. Hoy, ante la prueba del diario, su existencia adquiría forma real.

3 El Impacto en los Testigos

La confesión era un bombazo: ni Roja ni Marrón ni la Sufí ni ninguna torre mayor fue la asesina directa del comerciante. Fue un individuo —tal vez con pocos cómplices— que quiso desencadenar la guerra. Todo un “loco individual,” sí, pero con los conocimientos y recursos suficientes para engañar a todos.

—¡No puede ser! —exclamó un soldado rojo, intentando negar la implicación.

—¡Te apuesto que es un invento para cubrir a la Torre Sufí! —bramó un miliciano marrón.

Sin embargo, los documentos eran demasiado precisos en la descripción de las armas de larvas y de la ruta del ascensor clandestino, coincidiendo con las investigaciones del Clan del Ascensor y la niña insectista de Aconcagua.

4 Reacción de Shock

Mientras leía pasajes del diario en voz alta, se armó un torbellino de reacciones:

Un oficial comunista cayó de rodillas, maldiciendo la manipulación que llevó a su torre a unirse con la Marrón. “Nos usaron. No fue la Roja. Pero ¿cómo paramos la guerra?”

Un teniente fascista de la Marrón se negaba a creerlo. Gritaba que el diario era falso. “Esto es una estratagema sufi para desviar culpas.”

La representante caníbal en la sala soltó una risa amarga: “Nos matamos por una mentira de un solo loco. JaJa. Inevitable, la carne era su destino.”

Alguien del Majestic estalló en lágrimas, comprendiendo que tantos habían muerto por un crimen vacío. “¿Cómo detener ahora la espiral?”

El caos en la sala reflejaba la realidad exterior: la guerra ya sin freno. Y la verdad llegaba tarde.

5 El Pasado de Basil

En un anexo final del diario, Basil (o “B.”) confesaba su convicción de que la ciudad se pudría en sus rascacielos y pactos frágiles. Quería un “reset total,” ver a las torres devorarse para, con suerte, edificar algo nuevo. No era leal a la Roja ni a la Marrón, había tomado elementos de ambas ideologías para sembrar sospechas mutuas, usando la ingeniería de Del Plata y la biotecnología de Aconcagua.

Ese disparo fue el golpe maestro: la bala que mató al comerciante y rompió el último atisbó que sostenía la precaria paz.

6 La Huida del Culpable

Se rumoreaba que Basil se escabulló antes de que estallara el primer gran tiroteo, quizás dejando rastros adrede para que torres enteras se masacraran. Nadie sabía si seguía en la ciudad, o se ocultaba en

la Torre Fantasma (que algunos dicen no existe), o deambulaba bajo los túneles como un profeta de la destrucción.

El soldado rojo preguntó:

—¿Lo atrapamos y hacemos que pague?

El miliciano marrón juró que lo buscarían sin piedad. Pero ¿qué importaba ya? La guerra se libraba sin vuelta atrás, detenerla requería más que descubrir a su autor. El plan conspirativo había triunfado: la urbe se hallaba en confrontación directa.

7 Reacciones Encontradas

Mientras varios se negaban a creerlo —suponiendo que era imposible que un solo individuo generase semejante caos—, otros veían en ello algo “inevitable,” como si la ciudad hubiera estado lista para encenderse a la menor chispa. El caníbal resumió:

“Es que la ciénaga ya apestaba. Basil sólo lanzó la antorcha.”

La mujer del Majestic ansiosa dijo:

“¡Qué absurdo! ¿Tanta masacre porque un fanático quiso iniciar un ‘reset’? Estábamos al borde del abismo.

Cronistas, escriban que la humanidad es su peor enemigo.”

En medio del bullicio, un enviado de Aconcagua corroboró que la niña insectista había dado su testimonio a los Cronistas: “Ella decía que sus cucarachas vieron al sospechoso manipular las armas. Nadie la tomó en serio. Ahora se confirma.” Por su parte, un joven de Del Plata reconoció la sustracción de planos de ascensor y drones. El cerco sobre Basil se cerraba, pero en vano: ya había cumplido su cometido.

La reunión en ese oscuro salón se disolvió en el desconcierto. El fuego del conflicto se extendía por la ciudad, y aunque se difundiera la verdad de Basil, pocas facciones detendrían la ofensiva en curso. Sus comandantes creerían que era un truco más. O ya habían ido demasiado lejos en la sed de sangre.

Un silencio pesó al final. Se reveló el culpable, y aun así, todos se sabían prisioneros de una guerra que tomaba vuelo propio, alimentada por rencores históricos, fanatismo y anhelos de poder. La bala que mató al comerciante fue sólo la justificación la hoguera llevaba tiempo gestándose.

Con el diario, las notas y los testimonios, la identidad del asesino emergió clara: Basil, un traidor sin torre fija, un loco individual con

acceso a varias ciencias y un plan mayor: crear el caos. Ni la Roja ni la Marrón, ni Aconcagua ni la Sufí tomaron la decisión de matar al mensajero. Fue un golpe maestro que usó el resentimiento latente.

Algunos aceptan la realidad con lágrimas y furia; otros se aferran a la conspiranoia, negando la evidencia, alegando que Basil no pudo actuar solo. En ambos casos, la guerra prosigue.

Los Cronistas Silenciosos, testigos de la devastación, anotamos cada palabra en nuestros pergaminos: el culpable apareció, pero la ciudad no se detiene. Como si la revelación fuese un espectro que llega tarde, cuando las calles ya arden y las balas ya dictan la ley. Basil, en su locura, logró lo que deseaba, hundir el pacto en sangre. Y nosotros, sin poder revertir la tormenta, sólo narramos el fin de esta mascarada.

El verdadero culpable surgió a la luz. Y la luz, en lugar de alumbrar la salvación, sólo delineó la silueta de un infierno irreversible.

Capítulo 31 El Derrumbe, La Gran Ruptura

“Si ni las torres resisten, ya nada detendrá la furia total.”

Me llamo Nadia Gálvez, y pertenezco al Clan del Ascensor, aquella cofradía neutral que, hasta hace poco, mantenía los pasadizos verticales en cada rascacielos. Mi labor era asegurar que las poleas y los cables funcionasen, y así sostener la comunicación entre los pisos

de cualquier edificio. Creía en la sacralidad de no destruir torres —ese pacto que marcaba el límite último de la guerra—. Pero hoy lo veo romperse delante de mis ojos, como un cable reventado que precipita todo a su fin.

No lo habría creído si no lo presenciara en carne propia: una torre significativa, un símbolo de la resistencia postcolapso, acaba de caer o ha sido saboteada. Su estructura colapsa con un estruendo sordo, rompiendo la noche y sacudiendo el aire. Hasta hace unos días, era la morada de cientos de sobrevivientes, con su propio credo y función. Tal vez fuera la Torre Sufí, o la Torre del Libertinaje, o quizás la Torre Aconcagua lo cierto es que se trataba de un baluarte que nadie imaginaba ver en ruinas.

En medio de un bombardeo de proyectiles o de explosivos colocados en su base, la torre cede como un gigante herido: hierros retorcidos se tuercen, muros enteros se agrietan, y un rugido sordo acompaña el desmoronamiento. La silueta del edificio se desploma con lentitud macabra, como si el hormigón llorara. Cuando el impacto final retumba, un polvo espeso se alza al cielo, cubriendo las cuadras circundantes, enseguecciendo a los testigos. La gente corre, grita, cae de rodillas, incapaz de creer lo que ven: un pilar más de la civilización derribado.

Desde que existe memoria tras el Gran Fin, había una única ley inviolable: “No se destruyen edificios.” ¿Por qué? Porque sin ellos, sin esas torres que resistieron el colapso, nos convertimos en tribus

errantes sin refugio ante el clima brutal. Eran nuestras últimas catedrales de la especie, el caparazón que protegía de las tormentas de arena, del hielo o del calor extremo. Romper una torre equivalía a suicidarse colectivamente, pues sin muros, la humanidad se exponía a la intemperie de un planeta imprevisible.

Pero ahora alguien —tal vez la alianza Roja Marrón, tal vez un bando desesperado, o la conspiración de Basil— ha traspasado ese umbral. La torre no fue destruida por casualidad, sino atacada a conciencia. Esto no es una simple escaramuza: es la ruptura total del último tabú.

Presencio la escena a unas calles de distancia, mirando la polvareda que cubre la luna. Mi respiración se corta y mis pensamientos energen sin sesar. Junto a mí, algunos soldados del Hotel Majestic y de las Gemelas —replegados tras un muro— claman de horror: “¡Han derribado la torre! ¡El pacto está muerto!”

Mientras la nube de polvo se dispersa, se oyen sirenas y gritos que resuenan. Vecinos y refugiados huyen con las pocas pertenencias que rescataron. Los escombros incandescentes vibran. Entre el caos, un anciano se aferra a un trozo de baranda, llorando con un lamento que hiela la sangre. Un olor agrio a hormigón fracturado y cable eléctrico quemado invade el ambiente.

—Si cayeron ellos, susurra una mujer del Majestic junto a mí, con los ojos vacíos, nada nos impedirá destruirnos mutuamente.

Es la frase que recorre a todos: la puerta infernal se ha abierto. Si la prohibición de no tumbar torres se rompe, ya no hay límite. ¿Qué queda para salvar?

Me acerco a un grupo de testigos que vieron el ataque. Algunos dicen que un comando fascista colocó cargas explosivas en los cimientos, otros aseguran que fueron los comunistas quienes asaltaron la torre con lanzacohetes, o que un dron cargado con larvas venenosas socavó las estructuras. Otros más culpan a la caníbal, a la sufi, o incluso a la propia torre saboteándose. La confusión es absoluta, cada uno de ellos arrastra su propia teoría, pero la única verdad clara es que la torre se ha derrumbado.

Entre escombros, alguien grita pidiendo auxilio para un herido atrapado. Me apresuro para ayudar, a pesar del miedo en mi. Saco con cuidado un pedazo de muro, y un paramédico improvisado —quizá del Palacio de Agua— atiende a un joven casi asfixiado por el polvo. Se escuchan lamentos, toses, rezos. Me invade una punzada de impotencia: la humanidad, sin torres, ¿qué destino le queda?

Como integrante del Clan del Ascensor, recuerdo que esa torre tenía un ascensor central que yo misma revisé un par de veces. Ver sus cables retorcidos y su eje derrumbado me produce una tristeza honda. Era nuestra misión conectar pisos, culturas y esperanzas. Ahora, todo yace hecho añicos.

Si un edificio de tal importancia ha sido arrasado, otros podrían correr la misma suerte. Y la guerra pactada, que hasta ahora salvaba

las torres de ser blancos directos, se vuelve una farsa: si uno se atrevió, los demás lo imitarán, por sed de venganza, por terror, o por conveniencia. En un par de días, la ciudad podría convertirse en un cementerio de rascacielos caídos.

Poco a poco, las facciones rivales enteradas del colapso se agitan como avisperos. El rumor se extiende con voracidad: han destruido una torre. Dicen que la palanca final ha sido accionada, que la paz no es ni un espejismo ya. “Si ellos lo hicieron, ¿qué nos detiene a nosotros?”

Oigo a un comunista vociferar: “¡Derribemos la Marrón!” A un matón fascista replicar: “Borrémos la Roja!” Alguien del Majestic llora: “No, por favor… ¡ya basta!” Pero el horror se alimenta de sí mismo. El Clan del Comercio, replegado, no hará nada por mediar. El Palacio de Agua se cierra. La Catedral, herida, no consigue imponer su llamada a la cordura. El “si cayeron ellos, nada nos impide destruirnos mutuamente” se repite como una sentencia fatal.

Me adentro entre los escombros humeantes, cuidando de no pisar cables eléctricos. Hay grietas por doquier, fuego que lame algunos muros colapsados. El aire es casi irrespirable, me lacera la garganta. Veo cadáveres semienterrados. Quisiera llorar, pero un nudo en la garganta me lo impide. Pienso en lo que significaba ese edificio para tantos: un refugio, un dogma, una identidad. Arrasado.

—¡Ayuda! —escucho una voz lejísima bajo un cascote. Corro con un par de voluntarios para remover piedras, pero el calor y la falta de

herramientas nos desesperan. Algunos heridos languidecen sin auxilio médico. En la confusión, no existen brigadas organizadas: cada uno rescata lo que puede.

Al atardecer, me llega la noticia de que mi clan, al enterarse del derrumbe, ha decidido retirarse de la ciudad. Dicen que si la prohibición de no demoler torres ya no se respeta, no hay sentido en mantener ascensores que serán destruidos o saboteados en cualquier momento. Varios hermanos recogieron poleas y planos, y se marcharán hacia algún lugar ignoto fuera de la ciudad. Ya no ven futuro en las alturas condenadas.

Cuando me entero, siento un dolor vacío: mi misión de vida se esfuma. Quisiera seguir, pero no puedo dejar a los heridos. No sé qué haré: un clan en diáspora, una urbe que se hunde. Me debato en esa desolación.

El sol se hunde en un cielo manchado por la profanación. El paisaje de la ciudad parece un álbum de ruinas inconclusas, con un edificio menos y la esperanza de un pacto reducido a cenizas. La gente repite con voz sombría:

“Si se atrevieron a tumbar esa torre, no hay freno para el infierno.”

He visto miradas de odio que anhelan devolver el golpe, demoliciones futuras que se planean en los foros ocultos. La guerra pactada se vuelve absoluta, sin fronteras ni salvaguardias. Cada torre sufre, temerosa de ser la próxima.

Yo, Nadia Gálvez, me quedo en el crepúsculo, junto a un fogón sobre unos escombros que antes fue un vestíbulo. Siento que el fin de la ciudad se acelera. Si los muros no son sagrados, ¿qué lo es?

Quizás mañana, otro rascacielos caerá. O tal vez, antes del amanecer, todos decidamos hacer estallar lo poco que queda en pie. ¿Cuál es la diferencia cuando el pacto se quiebra, y la civilización se abandona a su suerte?

A lo lejos, un cuervo grazna, posado en una viga que sobresale de la nube de guerra. Una imagen que se queda grabada en mi memoria: la torre derrumbada, el polvo alzándose, y el ave carroñera que observa, impasible, el derrumbe de la última ley que nos quedaba.

Capítulo 32 El Cisma

Soy Aksel, y he contemplado la ciudad desde la perspectiva de múltiples torres —sin ser parte plena de ninguna—, observando esta espiral de violencia crecer como un cáncer. Tras el derrumbe de un edificio sagrado y la ruptura del pacto que prohibía la destrucción de torres, la ciudad se cinde en dos bandos irreconciliables:

1 Los que exigen restaurar el pacto, apelando a la cordura, a la tradición, a la supervivencia: la Catedral humillada, parte del Palacio de Agua, un segmento del Hotel Majestic, algunas Gemelas e incluso ciertos restos de la Torre Del Plata.

2 Los que quieren quemarlo todo, convencidos de que la civilización es un fraude: la alianza Roja Marrón en su fase más fanática, los caníbales en su visión de la carne final, un sector enloquecido de Aconcagua que venera la mutación extrema, y la Torre Negra que ansía una monarquía forjada sobre ruinas.

En medio de esas llamas, he alcanzado una perspectiva singular: veo la guerra como un “reset” definitivo, y siento en mi interior una mezcla de vértigo y cruel fascinación. Es como si, en el fondo, la ciudad necesitara pulverizarse para renacer de las cenizas. No sé si eso me hace un traidor ante la esperanza, o un visionario ante la farsa que se volvió la civilización.

Las calles evidencian el cisma:

Por un lado, se alzan banderas blancas o azules con consignas de “restaurar el Código de Supervivencia,” pidiendo alto al fuego, intentando convencer a la gente de reconstruir las torres sin derribarlas más.

Por otro, patrullas sedientas de destrucción, que pintan muros con frases como “El fin es hoy,” “Derrumbemos la ciudad,” y clavan

estandartes rojos, marrones u oscuros en las ruinas, proclamando “¡No más pactos inútiles!”

El sonido de tiroteos y bombardeos locales retumba a toda hora. La “guerra pactada” se desmorona en una contienda sin reglas. El aire huele a cemento quemado y al humo de incendios que nadie se molesta en sofocar. Avanzo entre edificios a medio demoler, contemplando los restos de un mundo que se quiebra.

Encuentro a un grupo de soldados de la Catedral y del Majestic montando un improvisado puesto de socorro. Un sacerdote me grita con fervor:

—¡Ayúdanos a convencer a la gente de que la destrucción no es camino!

—¿De verdad crees que aún hay tiempo? —murmuro, con escepticismo en la voz.

El hombre insiste en su fe:

“Si unimos fuerzas, el Palacio de Agua, la Torre del Ascensor, los Redentores del Comunismo pacífico, y otros dispuestos a la concordia, todavía podemos frenar el derrumbe total.”

Pero en mi fuero interno, ya no veo salvación posible. La ciudad arde, y me asalta un presentimiento de que sólo quedara muerte. Me alejo sin prometer ayuda.

Más adelante, unos radicales rojos y marrones pasan con carretillas cargadas de explosivos, coreando cantos marciales y jurando que “renaceremos cuando los escombros cubran esta falsa civilización.”

Uno me observa y suelta con crueldad:

“O te sumas, o pereces. Arde la ciudad, y sólo los fuertes dominarán el nuevo orden.”

Su arrogancia me irrita, pero dentro de mí, una parte observa con extraña condescendencia: ¿Y si tienen razón en que esta urbe podrida ya no merece una segunda oportunidad? No contesto y me hago a un lado. Ellos me ven como un posible recluta, pero no me obligan. No todavía.

Tiempo atrás, creía ingenuamente en los pilares de la civilización. Pero tras ver la manipulación, el asesinato del comerciante, la conspiración de Basil, el derrumbe de torres simbólicas, y la matanza diaria, me es imposible ignorar la decadencia irreparable que anidaba desde el principio. La ciudad era un castillo de naipes, con ideologías enfrentadas, pactos frágiles y rencores añejos. Bastó una pequeña cosa para despertar sus ambiciones.

¿Es la guerra un “reset” que la humanidad necesita? ¿Renacerá algo de la devastación? No estoy seguro si es esperanza o un nihilismo vestido de utopía. Pero me siento extraño, sin lágrimas, sin horror: sólo un vacío que me dice que quizás arrasar sea el único destino.

Por todas partes se libran combates dispersos. No hay frentes definidos, sólo un mosaico de escaramuzas y bombardeos improvisados. Veo un destacamento de la Torre Gemelas combatiendo con un grupo de anarquistas caníbales que pretenden dinamitar un cruce subterráneo. Oigo noticias de la Roja y la Marrón marchando contra las ruinas de la Sufí, y la Catedral intentando congregar voluntarios para salvar edificios de las llamas.

Los altos rascacielos que antes dominaban el horizonte lucen heridos, con ventanas reventadas, fachadas ennegrecidas. Uno se pregunta si cada torre acabará como la que ya vimos caer, enterrando sus habitantes en la nada. El aire se hace irrespirable, los escombros cortan el paso en cada avenida.

En una esquina derruida, me topo con un “delegado” del Clan del Comercio, harto y sin productos que ofrecer. Se lamenta: “Sabíamos que todo colapsaría si no esclarecían al culpable. ¡Nadie quiso escucharnos!”

Me muestra un panfleto que algunos circulan: “Nueva Tregua Universal, un último llamado.” Lo lee con sarcasmo:

“Convocamos a una asamblea inmediata en el Campamento Abierto, para detener la ruina. Firma: ciertos grupos del Palacio de Agua, la Catedral, y otras facciones menores.”

—¿Crees que funcione? —le pregunto, mirándolo fijamente.

—No, me contesta con una risa triste. El cisma es total: la mitad de la ciudad ansía la destrucción. No pararán ahora.

Mientras los proyectiles silban a la distancia, reflexiono: si la guerra escaló a la destrucción de torres, no hay marcha atrás. Quienes se mantienen en la idea de “restaurar el pacto” no comprenden que el tiempo de la concordia expiró con la primera demolición. Ahora, las facciones destructivas llevan ventaja moral, o amoral, arrastrando a muchos con su discurso de “renacer tras los escombros.”

Siento la fatalidad de que un gran “reset” se cierne sobre la urbe entera.

Camino entre escombros con la indiferencia de un fantasma. Veo cómo niños hurgan en basureros, cómo un sacerdote de la Catedral agoniza en la acera, sin asistencia. Quisiera ayudar, pero me paralizo al pensar que es sólo un retazo de un tejido demasiado desgarrado para remendar.

Cae la noche, y la ciudad se ilumina con destellos de explosiones y fogatas. El cielo se tiñe de un rojo sucio, reflejando los incendios que

avanzan por barrios abandonados. Se rumora que la Roja y la Marrón se disponen a asaltar el Palacio de Agua —o al menos cortar su distribución—, mientras la Catedral convoca a un ramillete de torres para defender la última reserva hídrica. Mi curiosidad premia al presenciar esta inminente batalla decisiva, preguntándome si ahora sí veremos la destrucción total.

Me siento sobre un montículo de cascotes, mirando el horizonte urbano lleno de quejidos y gritos. Una parte de mí asiste a este crepúsculo con extraña serenidad: la civilización nos había fallado mucho antes del disparo asesino. Durante años, se arrastraban rencores, ideologías irreconciliables, conspiraciones. ¿Es tan descabellado pensar que destruirlo todo sea el único final posible? Tal vez la ciudad debía morir para que algo nuevo nazca.

No me jacto de esa idea. Me invade un dolor profundo al imaginar a miles muriendo. Pero la fe en la reconstrucción me suena ingenua: ¿qué reconstruir cuando el odio mutuo es más hondo que cualquier cimiento?

En un callejón, unos Cronistas Silenciosos me detienen, pidiéndome mi testimonio. Les relato, impasible, cómo veo la guerra como un reset definitivo. Ellos me miran con mezcla de curiosidad y horror. Apuntan en sus cuadernos, sin juzgar. Me explican que han oído a otros balbucear la misma resignación, mientras aún hay quienes luchan por salvar el pacto.

—No confío —les digo— en que nada se salve. Este cisma es total: la mitad del pueblo clama paz, la otra mitad aúlla destrucción. Ni uno ni otro se impondrá sin aplastar al rival.

Los Cronistas asienten, mudos, y siguen su camino, atrapando historias y consignas en pergaminos que quizá nadie leerá si la ciudad perece por completo.

Sigo avanzando entre ruinas, guiado por un presentimiento de que el fin está más cerca que nunca. La ciudad, dividida en dos, lucha por su alma, si es que quedaba un alma que salvar. Cada explosión, cada bala, perfora la idea de un futuro compartido. Mientras tanto, mis pasos me llevan a un risco de hormigón desde donde observo un vasto incendio devorando calles.

El cisma está consumado. Un bando lucha por el “pacto,” otro por la “ruina.” No imagino una reconciliación. Más bien veo la rueda del destino girar sin compasión, aplastando lo que encuentre. Y yo, Aksel, sin pasión ni ternura, atestiguo esta orgía de violencia con la oscura intuición de que todo renacerá o morirá en este reset definitivo.

La medianoche caería pronto. Y con ella, quizá el derrumbe final. O tal vez, el amanecer traiga otro día de masacre. Lo cierto es que ningún puente une ya a los dos bandos, y la ciudad se parte como un antiguo camino.

Capítulo 33 El Archivero, Cronista Final

Me llamo Aldo Bersaglia, y soy el Archivero mayor de los Cronistas Silenciosos. Cuando empecé esta tarea, lo hice con la inocente convicción de que reunir testimonios serviría para entender la sombra que cernía sobre nuestra ciudad. Imaginé que, si conocíamos cada voz—cada verdad fragmentaria—, quizá prevendríamos la catástrofe. Mas al final, he presenciado la espiral que arrastró a las torres a la ruina, y me descubro tan indefenso como todos.

No fue fácil recolectar estos relatos:

Viajé a la Torre Del Plata, escuché la frialdad de sus genetistas y su obsesión con la mutación.

Me infiltré en Aconcagua, donde una niña insectista casi me reveló la conspiración que nadie creía.

Trepé con cuidado las escaleras de la Catedral del Sur, sintiendo el bullicio de sus rezos que se mezclaban con fusiles.

Conversé con soldados de la Torre Roja, con oficiales de la Torre Marrón, con caníbales ritualistas, con la diplomacia del Hotel Majestic, con nómadas exiliados, con la férrea milicia del Palacio de Agua

Incluso me atreví a merodear la Torre Fantasma (si es que existe).

Y, por último, cuando la guerra pactada dio paso al colapso total, arriesgué el pellejo para oír fragmentos de confesiones finales.

Cada capítulo que integran esta crónica se nutrió de esas pesquisas incansables. A veces me escondía bajo ruinas; otras, me fingía mensajero para ser aceptado en cada bando. Mi misión no era juzgar, sino anotar. Llamé a esto “tejer la polifonía.” Pero la música que emergió resultó más trágica de lo que nunca soñé.

Estas páginas narran cómo un único disparo—contra un mensajero del Clan del Comercio—rasgó el pacto sagrado de no tocar ni al comercio ni a las torres. Desde entonces, la furia escaló, mezclándose con conspiraciones de laboratorio, armas biológicas, traiciones entre rojos y marrones, caníbales que sólo esperaban la carroña, y la búsqueda inútil de un culpable que resultó ser un infiltrado sin escrúpulos. Tantos gritos, tantas balas, para acabar demoliendo nuestras más firmes columnas.

He contemplado en primera persona el dolor de un anciano que vio su torre derrumbarse en cuestión de horas, la impotencia de francotiradoras que defendieron puentes, la devoción perdida de monjes que rezaban por un dios ausente. He escuchado la niña insectista lamentarse: “Mis cucarachas lo vieron todo, pero nadie atendió.” Y supe de Basil, el conspirador, quien anhelaba un reset sangriento. La ciudad, repleta de fisuras invisibles, se rindió a su propia ferocidad.

En un principio, fui un simple Cronista, uno más de la hermandad que resguardaba testimonios en cuadernos. Sin embargo, a medida que el caos avanzaba, mis hermanos me eligieron Archivero mayor, confiándome la misión de hilvanar esta sinfonía final. Cada párrafo que habéis leído—cada escena de tiroteos, cada confesión oscura—es una hebra de la trenza que me propuse componer, esperando que el significado total brillase bajo la luz de su conjunto.

Pero he aprendido, con el paso de cada capítulo, que la verdad no salva a nadie cuando la rabia anida en todos. Con la torre prohibida ya derrumbada, el frágil pacto de no destruir edificios se deshizo como una telaraña al viento. Las sectas, ideologías y tribus no buscan esclarecimiento, sino victoria. Y en ese fragor, mi crónica se vuelve testamento, no redención.

Desde mi refugio en el ala semicolapsada de una antigua biblioteca, contemplo dos futuros:

Un mañana de vacío, donde torres arrasadas y calles intransitables cubran los últimos vestigios de civilización. Podría ser el reset que Basil anhelaba: la extinción de la urbe y el surgimiento de tribus de carroñeros, sin dioses ni esperanzas.

O un remanso improbable, donde el cansancio y el horror detengan la mano del hombre. El Palacio de Agua, la Catedral, ciertas facciones del Majestic o de las Gemelas, tal vez se unan para imponer una tregua duradera. Es un escenario tenue, no imposible, pero muy difícil de alcanzar con la sangre ya tan derramada.

No me corresponde emitir un juicio ni un desenlace categórico. Los Cronistas no dictamos veredicto, sólo dejamos constancia.

Las torres se alzaron tras el Gran Fin como guaridas contra las tormentas y el caos climático, una forma de elevarnos por encima de las ruinas. Eran torres para protegernos de la destrucción que golpeó al mundo, dando refugio a los supervivientes. Mas en ellas, el hombre recreó sus rencores, forjando torres ideológicas que segregaron sectas, fascismos, comunismos radicales, religiosidades extremas. Se formaban nuevos dogmas en su interior: la xenofobia, la manipulación, la codicia del agua, la transgresión genética sin escrúpulos. En vez de un recinto de salvación, cada edificio devino un castillo feudal, esperando su ocasión de imponerse.

El colapso no fue sólo estructural, sino moral: la bala que asesinó al comerciante y la demolición de un edificio cardinal sellaron la suerte de la ciudad. Como si la altura que nos resguardaba también nos aislara en nuestra propia soberbia. Hoy esos muros se vienen abajo. Cuando lo pienso, me embarga una tristeza inmensa y la certeza de que no aprendimos de las catástrofes pasadas.

He reunido estas crónicas, testimonio a testimonio, en un volumen que guardo en una caja de metal, esperando que, si la urbe finalmente colapsa, alguien lo encuentre. Tal vez en un siglo o un milenio, hallarán estos pergaminos y sabrán que no fuimos víctimas de la naturaleza, sino de nuestros propios demonios. De la verticalidad convertida en trampa, del odio disfrazado de banderas.

No es un final cerrado: la guerra sigue, y de la noche de explosiones podría emerger un atisbo de cordura, o la ciudad podría arder en un purgatorio sin retorno. No poseo el don de la profecía. Sólo archivamos lo ocurrido, y dejamos las puertas abiertas a cualquier posibilidad: un derrumbe total o un tímido renacer.

“Eran torres para protegernos de la destrucción,

Y en ellas creamos nuevos horrores.”

Así reza la última frase que inscribo en mi bitácora. Cuando yo, Aldo Bersaglia, la escribo, siento que un grito queda atrapado en la garganta: el de una humanidad que quiso trascender pero se consumió en su propio laberinto vertical. Si esto es el fin o un nuevo comienzo, recae en quienes vivan —o mueran— en los próximos días. Yo, por mi parte, concluyo mi trabajo. Las voces han sido hiladas, la crónica se ha escrito, y mi conciencia sólo anhela la tregua de un silencio que, ojalá, no sea el silencio absoluto de las ruinas.

Solo resta poner nombre a esta obra.

Y sera Edificios.

Fin de la Crónica.